

MANUEL PEREDA DE LA REGUERA

INDIANOS DE CANTABRIA



INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA
DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER

INDIANOS DE CANTABRIA

Director y autor:
MANUEL PEREDA DE LA REGUERA

Depósito Legal. SA. 113. 1968

Imprenta Provincial
Avenida Valdecilla, s/n.
Santander-1968

MANUEL PEREDA DE LA REGUERA

Académico correspondiente de las Reales Academias de la Historia,
de Bellas Artes de Valladolid, de Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba
Consejero de número de la Institución Cultural de Cantabria
Cronista honorario de Trasmiera

INDIANOS DE CANTABRIA

PROLOGO

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO DE ESCALANTE Y HUIDOBRO

Presidente de la Exema. Diputación Provincial de Santander
Presidente de la Institución Cultural de Cantabria

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

SANTANDER 1968

***D**ESDE la creación del mundo el hombre está en trance de emigración. Comenzó ésta en el Edén, mejor dicho, cuando nuestros primeros padres hubieron de abandonarlo, condenados a ganar el pan con el sudor de su frente. Y continuaremos emigrando hasta la consumación de los siglos en busca de la felicidad que entonces perdimos, y que no recuperaremos sino con el retorno al Paraíso.*

A nuestros paisanos que siguen esa corriente universal en el tiempo y en el espacio, nosotros los montañeses, tierra de emigrantes, dimos en nombrarlos, cuando de América volvían tras largos años de estancia en ella, «Indianos». Fue Pereda quien retrató, y deformó a la vez, la imagen del «indiano». Y es seguro que esa pintura perediana del indiano emigrante ha quedado estereotipada como tópico.

Pero ya es tiempo de saltar por encima de la identificación del indiano con ese cuadro

decimonónico de un hombre rudo y laborioso que, luego de haber luchado años y años en oscuros trabajos, en almacenes o ingenios de Méjico o Cuba, llega a su pueblo, perdida la juventud, acartonada el alma, para admirar a sus paisanos con sus riquezas y al observador imparcial con el contraste entre sus «posibles» crematísticos y los de índole más elevada.

Desde luego, la emigración en la Montaña comenzó mucho antes de que se descubriera América. Díganlo, sino, los «foramontanos», que con pluma tan brillante dibujó —casi me atrevería a decir «inventó»— nuestro gran Víctor de la Serna. Nunca me cansaré de repetir que el castellanismo de los montañeses no es de fuera a dentro, sino de adentro afuera, puesto que para nacer en Castilla hubo de iniciarse un movimiento desde las montañas de Cantabria hacia el gran vacío de los grandes páramos góticos, tierra de nadie o tierra, para moros y cristianos, de conquista.

Ante el nuevo mundo americano, nuestro emigrante, antes que «indiano», fue conquistador. Pereda de la Rueguera cita a algunos de los montañeses que descubrieron, castellanzaron y poblaron las tierras de allende el mar.

Debe reflexionarse sobre este hecho importante al evocar a nuestros emigrantes, al dedicarles un emocionado recuerdo. No nos limilemos a aquellos que emigraron y siguen siendo montañeses, sino a los que lo fueron y hoy son, o lo son sus descendientes, perua-

nos, chilenos, venezolanos, mejicanos, hijos, en fin, de las tierras españolas de América, de Filipinas.

Antiguamente la vida caminaba por el mundo y por la historia con la pausa y andadura de los medios de comunicación. Hoy galopa y fulge como la ráfaga de luz, vía satélite. La emigración puede ser ahora más que en la distancia en la convivencia. En nuestros años cabe estar separado por miles de kilómetros y estar ahí mismo. Hoy puede vivirse a más lejanía espiritual del vecino que del antípoda. Todo el toque estriba en el empeño que pongamos en usar de los medios que el ingenio humano ofrece a nuestro espíritu, para que éste, por esos canales materiales y mecánicos, deslice las ansias de su afecto.

Por eso, la Diputación Provincial de Santander ha querido poner en marcha la idea de abrir los brazos a la exaltación, a la memoria y al recuerdo de nuestros emigrantes, intentando que su gesto llegue a ser permanente y alcance a vínculos de permanencia verdadera; que cree masa, actualidad y presencia a través de los siglos y de las distancias.

Pereda de la Reguera ha acertado a recapitular en estas páginas noticias y datos de algunos emigrantes que dejaron la impronta de su paso por la historia de los descubrimientos, de las conquistas o de la generosidad hacia los que permanecieron en el terruño que los vio nacer.

La Corporación que presido, con este libro y con un monumento en Peña Cabarga que

simboliza el abrazo de despedida y de recepción al que se va y al que retorna —abrazo que comprende al que triunfó en el empeño de abrirse paso por el mundo y al que sucumbió en la empresa—, ha querido que, plantado entre el cielo y el mar, se eleve aquel testimonio de que la vieja tierra de Cantabria no olvida a sus hijos, bien retornen a ella, bien queden lejos en cualquier condición.

Pero, recuerdo escrito y obra en roca y en cemento, a caballo sobre el mar, carecerían de sentido si no comprendiéramos el auténtico mensaje que deben encerrar. Que la única emigración que separa es la de los espíritus que dejan de sentir y de pensar al unísono. Y que por eso, más unidos que nunca en nuestra historia, en el amor a nuestra patria y en la fe en Dios, los montañeses de Cantabria hemos de seguir acogidos a nuestra Iglesia, aferrados a nuestra vieja España, convencidos de nuestra alta misión en el mundo y dedicados a la exaltación de nuestra tierra y de sus valores.

PEDRO DE ESCALANTE Y HUIDOBRO

LA historia es como un río, cuyo cauce se forma y engrandece al recibir la corriente de sus afluentes y de los mil arroyos que le son tributarios.

La historia de una región determinada viene a ser para la historia patria como uno de esos afluentes. Sin embargo, hemos de pensar que el río empieza a tener esa jerarquía en el punto donde se unen las dos primeras corrientes, pues hasta allí ambas pudieran considerarse como afluentes. La distinción geográfica soluciona esta incógnita aplicando el bíblico derecho de la primogenitura. Y da su nombre al mayor, al de más largo recorrido, al que más profundiza en la lejanía, y su fuente es tenida por el nacimiento del río.

Quien conozca los ribereños caminos de la historia de Cantabria no puede considerar a esta región como un simple afluente de la historia de España. Su nacimiento, con destacada civilización, surge ocupando privilegiadamente la cumbre de la prehistoria, y su cauce, a partir de entonces, en las sucesivas etapas históricas, aporta el caudal originario que señala y afirma inamovible el curso del majestuoso río. No es tampoco extraña a esta tierra, siempre materna, de Cantabria, esta

similitud hidrográfica de la historia. Cantabria siempre, en toda época histórica, se nos presenta como una tierra pobre. Una tierra agotada en entregas continuas. También es como el río, que cede sus aguas al gran cauce que se ha de abrir espléndido en otros horizontes.

La tierra, con la delimitación regional, pero con el amplio sentido que ampara, significa un conjunto de factores y de circunstancias que siempre enlazan de forma inseparable al hombre con el territorio de donde es originario. La historia es el reflejo de esta tierra, de esa vinculación de tierra y hombre, o de ese hombre cuando, con el sentir de su tierra o con el peso inevitable de su influencia o de su mandato, irrumpe con su caminar fuera de la frontera de su territorio.

El hombre, aun entonces, sigue haciendo la historia de su tierra. No importa dónde. La tierra propia es un dulce bagaje que lleva consigo y que, casi siempre, le obliga a superarse en su trabajo, en su sacrificio, en su heroísmo.

La historia de Cantabria, para ser cabecera de río, para haber señalado importantes caminos a la patria, tuvo que hacer a sus hombres caminantes. Caminantes de mar y de tierra. Caminantes de pluma, espada o de perdón. Hay que volver un poco los ojos a la historia para comprender cómo aquellos hombres que la hicieron, caminantes, fueron portadores del patrimonio de Cantabria, repartido generosamente en sus mismos hijos, en entregas continuas, sucesivas, que empobrecieron la castigada tierra.

Cantabria siempre fue tierra noble e hidalga. Ya lo era cuando la nobleza y la hidalguía aún no se confirmaban en pergaminos ni se ostentaban en pétreos blasones. Una tierra generosa para entregarse en sus hijos, para sembrar y hacer valer sus virtudes, que fueron el germen que hizo nacer el pulso vital de la patria.

Ello tiene, a nuestro juicio, una extraña y cumbre valoración. La característica racial que preside la historia de nuestra tierra es su firme sentimiento de independencia y de libertad, que encumbra y glorifica su espíritu guerrero. Por ello, pueden escribir uno de los más heroicos capítulos de la historia, enfrentándose durante muchos años a la gran fuerza del imperio romano, que no halló entre sus picachos camino seguro para sentar sus plantas y pasear su empañado triunfo.

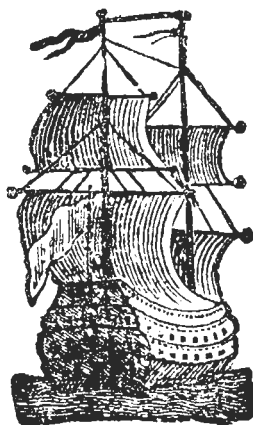
Sin embargo, ante estas luchas Cantabria se abre ya para prestar ayuda a sus vecinos. Y es temida. La historia nos ofrece sobradas citas, como la derrota que en el año 137 antes de Jesucristo sufrieron los romanos por levantar el sitio de Numancia ante el simple rumor de que llegaban los cántabros en auxilio de los sitiados.

Este mismo espíritu de raza que se mantiene patente en numerosas rebeliones contra Roma continúa vivo y en análogo enfrentamiento contra los reyes visigodos, que han de someter al pueblo cántabro y enfrentarse con sus sublevaciones. Estas llegan a obligarles a aflojar la dependencia con la designación de un duque, de estirpe cántabra, para el gobierno del territorio. Pero este enfrentamiento, este sentimiento vital del pueblo cántabro, no es obstáculo tampoco para que abra sus fronteras y ampare al visigodo cuando los árabes invaden la Península en rápida correría.

También este espíritu es el que hace posible detener la invasión e iniciar la Reconquista, que lleva a sus hombres a ajenos caminos.

Pero no es eso todo; cuando la naciente monarquía quiere seguir rutas que toman ley y color de restauración, el pueblo cántabro vuelve a enfrentarse, no ya con las armas, pero sí con la fuerza de su espíritu racial. Y de este enfrentamiento, de esta disidencia, surge el idioma y surge Castilla, que en mar-

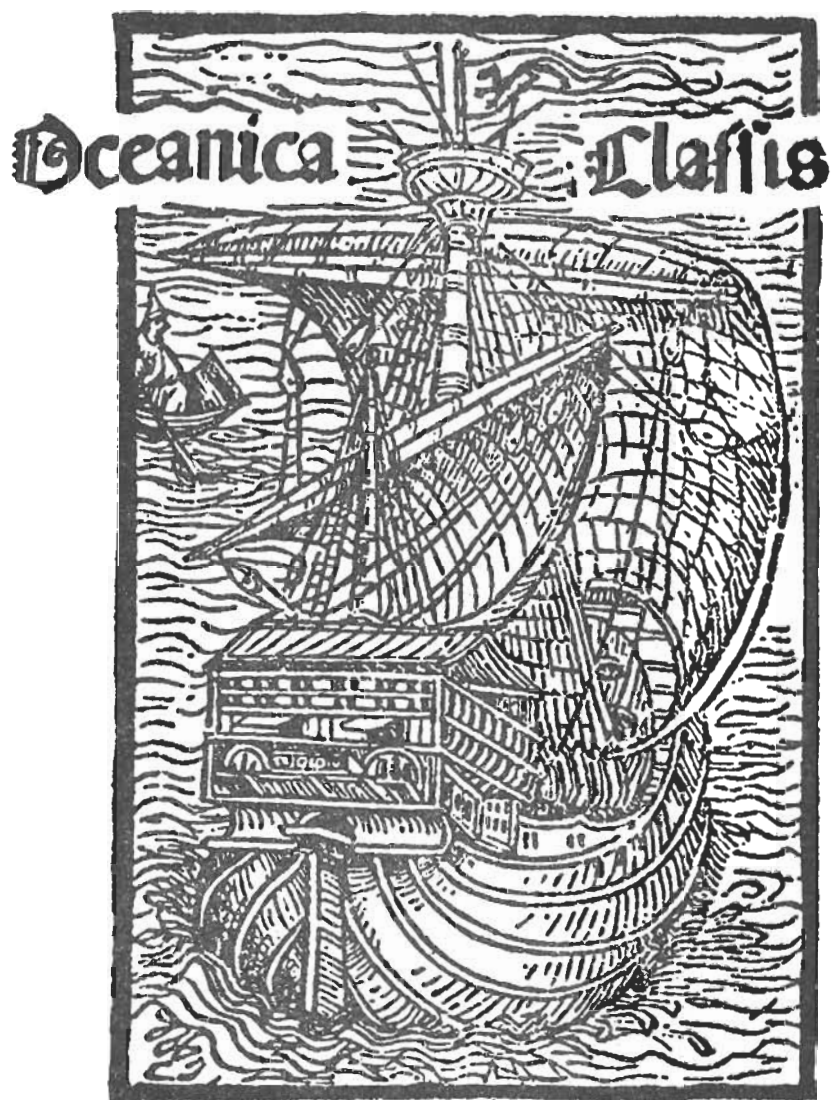
cha, como potente cuña, ha de penetrar y adueñarse de los campos góticos y ha de constituir una fuerza, un nuevo espíritu, que será el nexo de unión de la patria. Es un movimiento que inicia con sus hombres la andadura más transcendental de la historia. La nobleza y las lanzas abren el abanico de los caminos hispanos, afirmándolos con sus victorias. Sus hombres truecan las cimeras por las coronas. Sus condes son casi reyes. Con ellos se afirma el nuevo reino y de sus estirpes ha de nacer la nueva realeza.



CANTABRIA ha abierto definitivamente sus fronteras y ha sembrado de hombres los territorios que ya se llaman castellanos. Sus hijos se han hecho caminantes y así continuarán a lo largo de la historia. Pero aún va a pesar sobre ella otra circunstancia transcendental. Cantabria tiene por norte la mar. En los puntos cardinales de su geografía y en su espíritu, abierto ya a la andadura y a los horizontes. Así, casi afianzada solamente su castellana empresa, se lanza al norte azul de su frontera. Es un momento importante para la historia. Si los límites raciales del primitivo pueblo cántabro se abrieron antes, con espíritu reconquistador, hacia una tierra que durante centurias había sentido ya una unidad bajo el dominio extraño, ahora iba a abrirse en surcos gloriosos hacia países y gentes de acusadas características diferenciales.

A nuestra vista de hoy fue como el caminar antes por las tierras de España, curtiéndose en ausencias y sacrificios, para salir después al mundo por la aventura de los rumbos siempre nuevos y entonces desconocidos de los océanos.

El giro marinero de Cantabria, con la fuerza de lo inevitable, es transcendental para sus hombres y para el casi isleño



*La nao capitana «Santa Maria», propiedad
del marino de Cantabria Juan de la Cosa.*

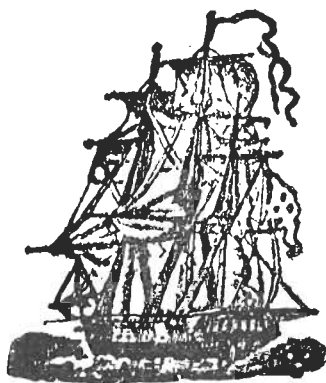
Grabado del siglo XVI (Biblioteca Nacional)

territorio hispano. De él nace la marina de Castilla, y sus hombres y sus barcos encabezan las empresas cunbreras de la Reconquista, son sostén del reino y trazan arriesgadas derrotas, señalando tierras nuevas en sus descubiertas. Son muchas las centurias en las que el hombre se ha hecho a salir de la tierra materna. Hasta hay antecedentes históricos remotos, pues datan de antes de Jesucristo, cuando los cántabros, haciendo profesión de las armas, sirven a Aníbal en sus campañas de Italia o aparecen luchando, siempre con bélico renombre, ya en las guerras de las Galias al servicio galo o en el sitio de Jerusalén.

Desde la iniciación de la Reconquista la actividad del hombre de Cantabria ha de desenvolverse, por mar y tierra, fuera de sus fronteras. La guerra y las armadas les obligan a nuevos horizontes. Después, la ruta del comercio y los dispares caminos abiertos, como rosa de los vientos, en la vasta geografía del imperio.

La emigración, como destino, se hace así con los siglos. Y llega a ser un destino obligado y familiar para el hombre de Cantabria, que aspira a elevar su condición económica y social. Y no son sólo marinos, hombres de armas o religiosos y letrados, sino también profesionales destacados los que trabajan por todos los caminos de la patria y de fuera de ella. Así van por las tierras de España los maestros canteros, los grandes arquitectos, desde la época del románico hasta el siglo XVIII. En toda la mitad occidental de nuestra geografía son ellos los que erigen los grandes monumentos arquitectónicos. Rara es la obra importante en la que no tuvieron intervención los maestros montañeses. Y así van también los campaneros, montando su taller al pie de cada campanario y dejando su nombre en las campanas. Y los maestros vidrieros, poniendo luces multicolores en la paz de las catedrales. Y los imagineros, pintores, decoradores y tantos otros artífices, de los cuales pudiéramos citar sin esfuerzo un millar de nombres.

Todos llevan como meta el retorno, pero van dejando por los caminos su arte y su genio. Algunos no han de volver e incluso han de pasar oscuramente, siendo sus hijos quienes han de hacer patente esa contribución cántabra. Valgan como ejemplo los nombres de Lope de Vega, Calderón de la Barca y Francisco de Quevedo, tres figuras de la cumbre de nuestra literatura, que fueron hijos de montañeses que marcharon a la corte en busca de mejores acomodos.



EL descubrimiento de América abre el más importante cauce a la corriente migratoria montañesa. En él intevienen sus marinos, sus hombres de guerra y aventura. La nave capitana parece ya una avanzada montañesa, pues los más de sus hombres —como escribe el propio Cristóbal Colón— son de las tierras costeras de Cantabria. Y son muchos los que en viajes sucesivos van asentándose en los nuevos territorios. Ello hubiera bastado, de no existir en el espíritu y en la necesidad de los hombres de Cantabria esa tradición andarina, para que iniciaran esta nueva corriente.

El error colombino al identificar las nuevas tierras, y la importancia de este movimiento, va a dar un nombre peculiar a los emigrantes a este continente. Un nombre que se aurcolarà con el prestigio del éxito y de la riqueza. Un nombre lleno de sugerencias: indiano.

El emigrante montañés mantiene siempre su vinculación a la tierra. Por eso las Indias, para el hombre que quedó en Cantabria, no son una tierra ignorada. Conoce a través de sus parientes o de sus convecinos sus excelencias y sus peligros, y oye una y otra vez, como una invitación, las posibilidades de



Imagen de Santa María del Puerto, de Santoña, bajo cuyo amparo, y con su nombre en la nao capitana, se descubrieron Las Indias.

trabajo y de prosperidad que brindan. Cuando el ausente es un cercano pariente, la emigración a las Indias toma fuerza de sucesión en los destinos de las familias y hasta de los más próximos amigos del núcleo de donde partió el navegante, que quedó allá asentado con ánimo de fortuna. Por ello, estas tierras de Cantabria, tan vinculadas con los hombres de mar a las descubiertas, habían de ser destacadamente tierras de indianos.

Son los marinos los que han de traer las primeras noticias, despertando interés en los afanes de superación de quienes las escuchan. Sus vivos relatos deciden las primeras partidas, abren la primera andadura, que ha de quedar vinculada a aquel núcleo por lazos familiares de amistad o vecindad. Ya no han de partir los emigrantes a la soledad de un territorio desconocido, sino al amparo del pariente o del amigo de siempre que les ofrece, con su apoyo o a su lado, la panorámica tentadora de unas tierras exuberantes de riquezas y de posibilidades.

Los lazos de la sangre afianzan las rutas y hermanan los pueblos. Siempre hay una fuerza superior que se acusa en esta vinculación, incluso entre las regiones de una misma unidad política. Cantabria tiene también otro ejemplo en el jándalo, el emigrante a tierras andaluzas. Jandalismo vivo aún y con antecedentes remotos, quizá partiendo de 1262 y 1264, en que Alfonso VIII pobló Cádiz y Puerto de Santa María trasladando a aquellas tierras 300 familias montañesas de nuestras villas costeras, cuya relación y apellidos nos es conocida.

También nos son conocidas, publicadas por diversos historiadores, las listas de pasajeros a Indias desde los viajes colombinos. No sería tarea difícil hacer la relación de los miles de montañeses que eligieron la filiación de indianos. Sin embargo, ante la magnitud territorial de los nuevos reinos, siempre nos parecería pequeña esta relación a la hora de valorar el renombre y la siempre viva vinculación de la tierra de Cantabria al nuevo continente. Sólo el conocimiento de la labor destacada de los hombres, de su espíritu de trabajo, de sacri-

ficios y de superación, que fue siempre el más importante y casi único bagaje que llevaron aquellos emigrantes, que principalmente se iban a dedicar a la industria y al comercio, puede conducirnos a comprenderlo admirativamente. Ello justifica plenamente la acusada manifestación de su presencia y prueba la existencia de una constante de virtudes raciales, que hace posible la transcendental preponderancia montañesa en esta grandiosa empresa.



INDIANO es el nombre con el que en Cantabria se designa a todo aquel que emigró al continente hispano americano, «a las Indias», aunque también por extensión se aplique a los emigrantes a Filipinas y a países de América del Norte.

El término indiano en su acepción vulgar parece designar solamente al hombre pobre que emigró en busca de fortuna. Pero junto a este hombre, carente de medios, que marchaba muchas veces enrolado en los barcos para costearse el pasaje, fue también el hombre de letras, el artífice, el guerrero o el religioso. Todos, con sus conocimientos o con sus deseos, van a buscar en las nuevas tierras la prosperidad, van a intentar el logro de sus aspiraciones, colaborando en el engrandecimiento de las nuevas tierras y haciendo historia.

Entre las circunstancias de cada uno, ya lo hemos apuntado, hay una constante en la que destaca, con el afán de superación y la laboriosidad, el amor a la tierra. Se ha hablado mucho de la fuerza de la sangre, de ese sentimiento, de esa atracción desconocida que surge en nuestro espíritu y nos acusa una vinculación con otros individuos, a veces incluso desconocidos hasta aquel momento. Y es una fuerza real, imperiosa, que mueve nuestros sentimientos, que dirige nuestras

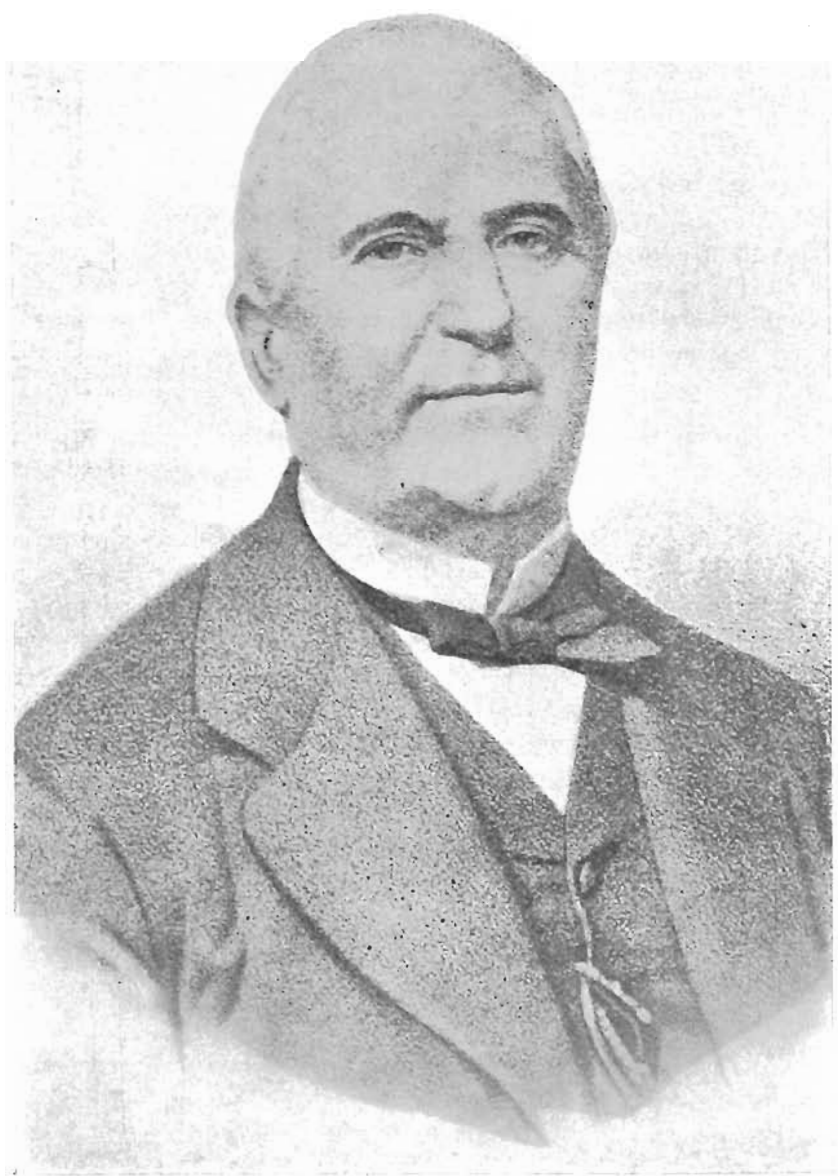
acciones y que nos obliga, si son precisos, a grandes sacrificios. Sin embargo, el hombre está también sometido a la atracción de otra fuerza, con más distanciada vinculación, que arrastra vivamente hacia el lugar donde nacimos. Es la atracción de la tierra, extraña y potente, tan fuerte como la atracción de la sangre. Esta fuerza se manifiesta tenazmente en el sentimiento del indiano.

Uno de éstos, Fernando Velarde, el cantor del nuevo mundo, lo reflejó nostálgicamente en sus versos

¡Oh patria!, si supiera que nunca volvería
debajo de tus robles por fin a descansar,
en medio de estas ondas audaz me lanzaría
y al menos, ¡ay!, mis huesos llegaran algún día
en tus riberas, tristes, por fin a reposar.

El terruño es la meta del indiano, es el último deseo, el premio a las fatigas del quehacer de toda una vida de incontenidas añoranzas.

La anécdota que quiero recordar surgió en la confianza de amigos junto al indiano. Comentaban esa misteriosa atracción de la tierra y decía uno de los contertulios que los indianos son como los salmones, que, emigrantes también, siempre vuelven al río donde nacieron. Entonces comentó uno de ellos: ¿Cómo sabremos si lo que vamos a comer es un salmón y no un indiano? Es fácil, repuso otro: Si al cortarlo la sangre es roja, es salmón; si es negra, es indiano. El comentario, irónicamente intencionado y celebrado como graciosa ingeniosidad, lo hemos recordado muchas veces, porque encierra una realidad que supera la torcida intención y nos recuerda esas usuales exclamaciones aldeanas: «me pone la sangre negra» o «me está quemando la sangre». Y así es, porque el indiano cuando regresa al terruño es el hombre que ha dejado allá lo mejor de su vida. Que ha quemado la sangre en la lucha diaria, en el sacrificio continuo, en los diarios sin-



Don Juan Manuel de Manzanedo, Duque de Santoña.

sabores, de mayor monta que los que mueven a las exclamaciones aldeanas que nos resultan familiares. Que ha quemado su sangre en la diaria nostalgia del recuerdo y del retorno, en la alegre tristeza de las noticias que llegan; alegres porque saben y le dicen de la tierra, y tristes porque le hacen recordarla con el dolor de la lejanía.

Del recuerdo de la tierra el indiano hace un culto y jamás la olvida en su ventura. Podríamos citar numerosísimos ejemplos. A ellos se debe la existencia de muchas de las escuelas rurales y muchos de los magníficos templos que contemplamos en los más apartados lugares. Son dos las preocupaciones que se manifiestan en el indiano: la religión y la promoción cultural de su pueblo.

Ambas son un claro exponente de su superación, pues los más no recibieron en su infancia ni siquiera la iniciación en las primeras letras. Por citar algunos nombres, recordemos a Juan Manuel de Manzanedo, huérfano, de pobre hogar y aprendiz de herrero en su infancia, quien funda en Santoña, su villa natal, un instituto que era uno de los mejores en su tiempo; Ramón de Herrera, quien de niño ayudaba a sus padres cargando escajos para vender en las tejeras, funda las escuelas de Mortera y de Liencres y la iglesia parroquial de Mortera, su pueblo; Juan Manuel González Cossío, de Santotís, quien fundó y dotó la escuela de Tudanca, donando 50.000 pesos para la capilla de Capuchinos de Guadalupe y 10.000 para el Santo Cristo de Burgos; Juan del Río, quien en 1620 hace fundaciones en las iglesias de Socabarga y San Miguel de Heras y crea una beca perpetua para enseñar a un estudiante, y tantos otros, como José de la Puente Peña, que erige la iglesia parroquial de Muriedas, su pueblo natal, y reedifica el convento de Jesuitas de Santander.

Este indiano, que en California había reunido una gran fortuna, no sólo puede servirnos de ejemplo por el recuerdo a su tierra y su deseo de mejorar la vida y la religión en ella, sino porque la preocupación religiosa toma en él un sentido

universal, a través del cual encauza su amor al prójimo que le lleva a realizar grandes obras. Así en el año 1720 había fundado ya nueve misiones y enviado grandes sumas para la redención de cautivos.

Entre sus muchas fundaciones hizo un hospicio de Franciscanos en Argel, una casa-cuna en Macao, un asilo de indios boholanos en Filipinas, envió grandes cantidades de dinero para conservación y ornato de los Santos Lugares, hizo una casa de ejercicios en México y varios colegios, como los de Caracas y La Habana, y templos, como el de San José de Tacubaya, y la iglesia y colegio de Manresa o el colegio de misioneros que inició en el castillo de Javier, en Navarra.

Esta preocupación por el bienestar del prójimo necesitado, acudiendo a su remedio, forma parte de esa constante que califica al indiano. Preocupación que unas veces se traduce en las tierras americanas, en protección a sus paisanos o a cualquier español. Como la que dispensaba Dionisio José de Velasco y Gutiérrez Valle, de Santallana de Soba, establecido desde 1795 en Veracruz, donde fue vicecónsul de España, conocido como «el padre de los españoles», porque acogía en su casa a cualquier español que, necesitado, solicitase su ayuda. Otras veces esta protección se produce en beneficio de la misma tierra natal, como la fundación sanitaria Casa de Salud Valdecilla, que en instalación y prestigio fue una de las más importantes de Europa, costeada por don Ramón Pelayo de la Torriente, marqués de Valdecilla, quien realizó asimismo otras muchísimas obras benéficas.

No hay indiano que no haya dado muestras de esta preocupación protectora. Cuando menos, como ya hemos dicho, prestando apoyo a los miembros de su puebla natal o de su familia. Preocupación que constituye una de las virtudes que hicieron posible la potencia de esta emigración, que iba arrastrando uno tras otro a los componentes más o menos próximos de cada familia.

De esa vinculación familiar a hispanoamérica nos parece interesante citar como ejemplo a los Gutiérrez del Otero y Martín Campos, familia compuesta por los hermanos Juan, Isidro, Raimundo, Pedro, Carlos, Simón y Joaquín, naturales de Aja. No sabemos quién fue el primero en emigrar, iniciando la vinculación familiar a las nuevas tierras, pero sí conocemos que Isidro fue varias veces alcalde de Cuzco, donde tenía sus negocios, y fue muerto por los indios cerca de dicha capital. Raimundo fue coronel de milicias en Cerubamba, tomando parte en la pacificación del Perú en 1780. Juan fue también alcalde de Cuzco y sobre él informó a la corte del virrey don Manuel Amat que era uno de los hombres más celosos y de mayor capacidad del reino, solicitándole la merced del hábito de alguna Orden. Este mismo contribuyó con importantes donaciones en dinero y efectos para cubrir las necesidades del reino, y siendo teniente coronel de milicias murió juntamente con su hermano Pedro, en el cerro de Picho-Picho. Su hermano Simón fue uno de los que acudió a aquel lugar, logrando poner en fuga a los rebeldes. Juan prestó también a las arcas reales importantes cantidades de dinero cuando fue necesario, y en alguna ocasión, encontrándose sin dinero efectivo, ofreció sus alhajas en garantía de las cantidades que urgentemente se precisaban. Simón y Joaquín regresaron a España, pasando a residir a Cádiz.

Este patriotismo de Juan Gutiérrez del Otero no representa un caso singular entre los indianos, sino un acentuado sentimiento, que forma parte de la constante racial que los identifica. El gran amor a la patria chica nunca excluye en el indiano su amor a España. Muchos ejemplos pudiéramos citar con nombres concretos, como ya el mencionado Ramón de Herrera y Saucifrián, primer conde de la Mortera, quien regaló a España, en unión de Pedro Sotolongo, el casco del cañonero «Cuba Española». Manuel González de Cossío, primer conde de la Torre de Cossío, que puso siempre su



Don José Escandón, Conde de Sierragorda.

capital al servicio de la patria. Así, en 1761 entregó 15.000 pesos para uniformar a su costa la compañía de milicias de Matepec y 50.000 pesos y 4.000 cargas de harina para atenciones militares. En 1764 prestó a la Real Hacienda 31.000 pesos. En 1768 donó 30.000 pesos y gran cantidad de medicinas y alimentos para remediar la epidemia de viruela en San Francisco. En 1783, 12.000 pesos para uniformar el ejército y 6.000 para la reconstrucción de los fuertes de Veracruz. Francisco de Valdivieso y Mier, de Santillana, conde de San Pedro del Alamo, que da a Felipe V 4.000.000 de reales durante la guerra de Sucesión y le presta sin interés 13 millones más. Isidro Gutiérrez de Cossío, de Novales, conde de San Isidro, quien, después de lograr una cuantiosa fortuna en México, Panamá y Perú, se arruinó al servicio de la campaña de Filipinas y de la guerra de la Independencia. Servando Gómez de la Cortina, de Cosgaya, conde de la Cortina, cuyas donaciones y gastos al servicio de España fueron tantos que en la «Historia de México», de Alemán, se dice que parecían exceder en lo que es posible para la fortuna de un particular. Otros, como Angel Calderón Santibáñez, de Toranzo, que se asoció con su paisano José de Tagle, más tarde marqués de Casa Tagle, para formar una compañía de corso y combatir a las naves corsarias holandesas que señoreaban las costas, apresando dichos navíos; Fernando de la Riva Agüero, que reedificó a su costa la plaza y fortaleza de San Juan de Puerto Rico y puso junto a las armas reales las de su casa, y hasta aquel Francisco Laso de la Vega, de Secadura, que de soldado en Flandes, a las órdenes de Ambrosio de Espínola, llegó a ser por sus méritos capitán general de Chile y quien en su testamento, en el que no olvidó a los indios de Arauco, Lavanié, San Cristóbal y otros, dejó 1.000 pesos de ocho reales, como donación y gracia al Rey «para ayuda de los gastos de las guerras que ha de sostener con sus enemigos».

INDIANOS, ya lo hemos anticipado, no son solamente los emigrantes que se dedicaron a la industria o al comercio, sino todos aquellos que con cualquier profesión o en cualquier servicio desarrollaron en «las américas» una actividad, colaborando en la acción civilizadora, aportando a ella su esfuerzo, con sus virtudes o sus conocimientos.

Indianos son ya aquellos primeros conquistadores, fundadores de pueblos, que abrieron las rutas de la civilización por la geografía inhóspita y hostil de lo desconocido. Muchos de ellos eran hombres de Cantabria. Hombres, los más, que ante la historia participaron anónimamente. Algunos immortalizaron su nombre con hechos heroicos, y esta circunstancia nos ha permitido conocerlos y saber de aquella iniciación, ya con tono familiar, de la emigración montañesa en los tiempos de la conquista.

Sirvanos de ejemplo aquel conquistador del Perú llamado Alonso de Alvarado-Montoya y González de Ceballos y Miranda, nacido en Secadura, en la Merindad de Trasmiera, a quien acompañaron sus hermanos Hernando y Pedro, «El Mozo». Y junto a estos otros de la misma estirpe, Gar-

cía y Hernando de Alvarado, también conquistadores de aquel reino, que más tarde pasaron a Chile, los cuales eran naturales de Colindres y Laredo. Y Juan, que mereció ser cantado por Alonso de Ercilla en su Araucana:

Era caudillo y capitán de España
el noble montañés Juan de Alvarado.

Y Hernando, también citado en el mismo poema:

«Hernando y Juan, entrambos de Alvarado».

O Juan de Escalante, capitán de nao y de ejército, que acompañó en Méjico a Hernán Cortés, asistiendo con él a la fundación de Veracruz, ciudad de la que fue Escalante primer regidor y alguacil mayor, y que murió a manos de los indios en la batalla de Almería. Y Pedro de Escalante, sin duda hermano de Juan, que también combatió en Méjico con Hernán Cortés y de quien se decía que era «rico y galanteador y buen religioso franciscano», pues de todo tuvo, ya que terminada la conquista se hizo religioso, ingresando en aquella Orden, donde llevó vida ejemplar.

Después, pasada la época de los descubrimientos y conquistas, fueron muchos los montañeses que se dedicaron en América al servicio de las armas. Y no es extraño encontrarnos entre ellos con hombres que se alistaron como simples soldados y alcanzaron por sus méritos las más altas graduaciones. Como Angel de Peredo, nacido en Queveda, hermano de aquel ilustre jerónimo, Fray Diego de Peredo, que fue prior del monasterio de Monte Corbán. Sobre él existía un manuscrito, que citó Mateo Escajedo, que se titulaba «De las virtudes en grado heroico de Angel de Peredo, el militar que de soldado raso llegó a los primeros puestos

de la milicia». Y así fue, porque Peredo llegó a ser gobernador y presidente de la Audiencia de Tucumán y capitán general de Chile y Perú.

O como aquel Nicolás de Arredondo y Pelegrín, nacido en Bárcena de Cicero en 1726, que a los 17 años se alistó como cadete en las Reales Guardias Españolas y combatiendo en las campañas de Italia ascendió, por su valor, a capitán de fusileros. Trasladado a Cuba, llegó a ocupar el cargo de gobernador, después presidente de Charcas y posteriormente fue nombrado virrey de Buenos Aires. También su tío, Manuel de Arredondo, fue indiano, ocupando el cargo de regente de la Audiencia de Lima y consejero de su majestad.

Por citar otro montañés que con análogas circunstancias llegó también al más alto cargo, pues fue virrey de Nueva España, mencionaremos a Francisco Cagigal de la Vega, nacido en Hoz de Anero en 1691, quien de muy joven intervino en la guerra contra los austriacos y se distinguió en Marruecos, Portugal y Cuba. Por sus méritos ascendió a general de los Reales Ejércitos y fue consejero de S. M. en el Real y Supremo Consejo de Guerra. En Cuba fue gobernador de Santiago y gobernador y capitán general de la isla, pasando después a ser virrey y capitán general del Reino de Méjico y presidente de la Real Audiencia. Se decía de él que a los 70 años aún tenía coraje y valor para desenvainar la espada.

Pero junto a estos destacados militares no hemos de olvidar en nuestro recuerdo a tantos otros que sin alcanzar tan altos puestos supieron dejar en tierras de América su juventud o su vida, como aquel Juan de Grijalba, natural de Laredo, que sirvió, según decía en su testamento en 1635, en la Armada Real del Mar Océano durante 17 años, ocupando desde la plaza de marinero a artillero, condestable, maestro de jarca y capitán. Estuvo a las órdenes de Oquendo y fue a morir en Lima, en el puerto del Callao. O los capi-

tanés de tierra, por citar algunos, José y Mariano Ortiz de la Peña, hermanos, naturales de la Busta, en el valle de Soba, que combatieron valerosamente durante la guerra de la Independencia, defendiendo Iguala y Tierra Caliente, en Méjico.

Tampoco podemos dejar de mencionar, como indianos, a aquellos marinos que estuvieron al servicio de los nuevos reinos, facilitando con su labor la gran empresa civilizadora, guardando y defendiendo sus costas o escoltando las travesías de nuestros barcos. Recordaremos como ejemplos a Felipe González de Ahedo, hijo de humildes pescadores de Santoña, nacido en 1727, quien empezó de niño a conocer el mar, dedicado a las faenas de la pesca y, casi niño, se alistó como grumete en la Marina española y de quien se dice que quizás fuera el marino español que más viajes hiciera a América, en época en que los ingleses eran más temidos que los temporales. Ahedo luchó contra los ingleses en Cartagena de Indias y en el Callao, y también en Cabo San Vicente y en el sitio de Gibraltar. Y a Blas Clemente de Barreda y Campuzano, nacido en Santillana del Mar en 1710, que llegó a ser uno de los más destacados generales de la Marina española del siglo XVIII y quien a los treinta años luchaba también en Cartagena de Indias contra los ingleses, a las órdenes de Blas de Lezo y Sebastián Eslava, en el célebre combate en el que los ingleses perdieron nueve mil hombres y gran cantidad de navíos, pese a tener tanta confianza en su triunfo que el almirante inglés Vernon había mandado de antemano troquelar unas medallas en que apareciera Blas de Lezo arrodillado entregándole su espada junto a una leyenda que decía «La soberbia española abatida por el almirante Vernon».

Pero no son sólo militares profesionales los que participaron con altas graduaciones en la milicia o en los hechos de armas, ya sean navales o terrestres. Ejemplo de ello nos

lo ofrece Gaspar de Quijano Velarde y Ceballos, natural de Somahoz, en el valle de Buelna, nacido en 1713, quien emigró al Perú, dedicándose al comercio en Lima, donde hizo una gran fortuna, llegando por su prestigio a ser alcalde de la ciudad. En el año 1739 sirvió en la Armada española con el grado de capitán de mar y guerra, cargo que desempeñó sin sueldo alguno, y no sólo eso, sino que a su costa carenó el barco en que servía, empleando en ello más de treinta mil pesos.

Los cargos públicos, como esta alcaldía de Lima, es frecuente verlos ocupados por nuestros indianos, hecho natural si atendemos al prestigio que alcanzaron y a las dotes que les hicieron llegar a fundar grandes empresas. Como ejemplos citaremos también al santanderino Juan Calderón, quien a principios del siglo XVII emigró a América, haciendo una gran fortuna y donde fue corregidor de la ciudad de Panamá. A Cayetano López de la Peña, de Santa María de Soba, quien a los treinta años, en la primera mitad del siglo XVIII, era corregidor en el Virreinato del Perú y por el 1790 se retiró a Méjico, a la aldea de Istepexi, cercana a Ojaca, donde se dedicó a la minería. O aquel Ventura Santelices y Venero, nacido en Escalante, y hombre de letras que en 1723 estaba de colegial mayor del Viejo, en 1730 provisor de Cuenca y once años después profesor de Salamanca, el cual marchó a América, siendo nombrado gobernador de Potosí e intendente de la Casa de Moneda de dicha ciudad, pasando a ser miembro del Consejo de Indias en 1760. Los hombres de letras, como el citado, también tuvieron en la emigración la posibilidad de destacar en su labor. Algunos, recién estrenada la licenciatura, partían buscando el amplio horizonte de los prósperos países donde se trabajaba intensamente por alcanzar, en pocos siglos, el nivel de civilización y cultura de la vieja España, que entonces era tanto como decir de la vieja Europa.



*Don Casimiro del Collado, poeta indiano,
cantor de Hispanoamérica.*

Como cita podemos consignar el nombre de Fernando de la Torre y Heras, nacido en Novales, quien después de estudiar en España latinidad y retórica emigró al Perú, junto a sus parientes los condes de San Isidro. En Lima cursó Filosofía en el Colegio de San Ildefonso y ambos Derechos en el Seminario de San Carlos, de donde fue vicerrector y catedrático. En el año 1812 se graduó en Cánones en la Universidad de San Marcos y en 1815 se doctoró en ambos Derechos en la de San Felipe, de Chile, que revalidó después en la de Lima. Fue abogado de las Reales Audiencias de Chile y Lima. Auxiliar del presidente de Chile, secretario del Real Tribunal de aquel Consulado y en 1818 asesor general de la Asesoría del Virreinato.

También fueron literatos y poetas, como aquel Fernando Velarde, ya citado, que emigró a América, donde su vida fue una continua lucha con la adversidad. Fundó un colegio en Lima, que solamente le dio prestigio, pues en él se educaba la mejor gente de la ciudad. Allí publicó su libro «Flores del Desierto» y en Nueva York «Cánticos del Nuevo Mundo», después de vivir en Méjico como periodista. O el santanderino Casimiro del Collado, nacido en 1821, quien después de estudiar en Villacarriedo emigró a América, logrando una destacada posición y prestigio de notable poeta, cantor de Hispanoamérica y de su añorada tierra natal. De él decía Menéndez Pelayo que en su segunda época estaba al nivel de los mejores líricos españoles. O aquel Angel Ventura Calderón, nacido en San Martín de Toranzo en 1701, y emigrante al Perú, donde hizo una gran fortuna. La casa de este montañés fue el centro donde se reunían los escritores y figuras más sobresalientes del mundillo literario limeño. En 1730 imprimió a su costa la «Historia de España vindicada», de Pedro Peralta, prologando su obra.

Sería enojoso dar cuenta, con citas, de aquellas profesiones que desempeñaron en América nuestros paisanos,

entre las que no podían faltar aquellas tradicionales que tanto prestigio han dado a la Montaña, y muy especialmente a alguna comarca de ella, como los arquitectos, entonces maestros canteros, trasmeranos. Ellos, que ostentaban la supremacía de este arte en España, tuvieron que ser los que realizaron el injerto hispano de la arquitectura colonial. Por ello, no es extraño encontrar nombres como Juan Miguel de Agüero que, como maestro arquitecto, dirige en 1585 las obras de la catedral de Mérida de Yucatán, o Juan de Liendo, que dirigió la conocida iglesia catedral de Santo Domingo.

Sin pretender continuar con citas de indios dedicados a determinadas profesiones, no queremos olvidar, por el interés que ofrece su recuerdo en el espectacular momento de nuestra cirugía, a un indiano de corta estancia en América, Ramón de la Sota y Lastra Agüero, nacido en Santander en 1832, quien recién licenciado en Medicina en Cádiz en 1856, se trasladó a Méjico, ya que al año siguiente habría convalidado su título en dicha ciudad, donde residió durante algún tiempo y donde ejerció su profesión. De regreso a España, fue uno de los fundadores de la escuela libre de medicina sevillana, donde desde 1870 explicó una cátedra hasta su jubilación. Fue el primero que efectuó en Europa, en 31 de mayo de 1887, la intubación de la laringe y en España, después del doctor Rubio, la extirpación total de la misma.

El emigrante montañés que no llevaba consigo títulos o experiencia profesional para determinada dedicación se establecía en el comercio o en pequeñas industrias, que rápidamente hacía florecientes; otros se dedicaban a la agricultura y ganadería, e incluso a buscadores de minas. De estos últimos es interesante citar a Juan de Santelices, natural de Escalante, quien se avecindó en Potosí, y dedicado a los negocios de minería hizo una cuantiosa fortuna. Ocupó en dicha ciudad los cargos de alcalde ordinario y capitán de milicias.



Don José María de Céspedes, Arzobispo de Santiago de Cuba.

Fue propietario de numerosas minas de plata, hombre generoso, que contribuyó en varias ocasiones a los gastos que originaba la guerra contra los ingleses. Le fue otorgado el título de marqués de Santa María de Otaví.

Otro minero, de interesante cita, fue Francisco Antonio Pérez de Soñanes, nacido en Abadilla de Cayón en 1741 y emigrante a Méjico en 1778, donde fue corregidor de Moravatio, Xacona, Zamura y otras localidades y alcalde mayor de Estaquaco. Este indiano, de regreso a España, al hacer escala en Cuba, supo de un fracasado intento de encontrar minas de plata en Méjico, en lugares que él conocía. Ello le llevó a pensar en hacer personalmente un intento y regresó a Méjico, con tan buena fortuna que dio con importantes yacimientos que en poco tiempo le dieron uno de los más importantes capitales de Nueva España. Por su patriotismo y generosidad Carlos IV le otorgó en 1793 el título de conde de la Contramina.

Ya hemos comentado la manifiesta preocupación religiosa de nuestros indianos. Preocupación que llevaban arraigada desde la infancia, como herencia de paz y de esperanza por la andadura hacia el velado horizonte de un futuro distante de su tierra y de su familia. Pero en este sentimiento no han de sufrir la nostalgia de la lejanía, pues son muchos los paisanos que llevan junto a ellos el acento nativo en las palabras de consuelo y de perdón. Los hombres religiosos de Cantabria también se hacen indianos, también conquistadores. Ellos van a mantener la fe entre los que emigraron y han de sembrarla en las nuevas tierras, en gigantesco esfuerzo, para dar unidad al espíritu de los hombres de la hispanidad.

Muchos de ellos, como sus paisanos en los diferentes quehaceres, sobresalen como elementos rectores de la iglesia e incluso en el gobierno de los nuevos reinos. Otros al frente de las parroquias o de los monasterios, como Fray



El Ex^{mo.} y Ill^{mo.} S.^r D.
D. JUAN DOMINGO GONZALEZ.
DE LA REGUERA.

Marcelo Caballo, dibujo y grabó en Lima.

Retrato del Arzobispo de Lima (1871).

Pedro de la Cotera, natural de Comillas, que en el año 1742 era prior del monasterio benedictino de Montserrat en el Perú.

El lebaniego Diego González de Lamadrid, nacido en Potes en 1529, quien del Obispado de Badajoz pasa a ser arzobispo de Lima. Gregorio Molleda, que en 1740 era arzobispo de las Charcas y tenía en su secretaría al comillano Juan González de la Reguera, nacido en 1726, quien pasó de la secretaría en 1728 a ocupar la silla episcopal de Mizque y en 1871 designado arzobispo de Lima, donde realizó una gran obra. Don Antonio de la Riva y del Mazo, natural de Renedo de Piélagos, quien en 1765 ocupó la silla arzobispal de Santa Fe de Bogotá, en Nueva Granada. Juan María de Cos, nacido en Terán, valle de Cabuérniga, en 1838, quien fue arzobispo de Santiago de Cuba, de donde pasó a ocupar el Arzobispado de Madrid-Alcalá. Agustín Alvarado y Castillo, natural de Llampias, que en el siglo XVIII era arzobispo de Santa Fe de Bogotá y virrey de Nueva Granada, alto cargo que también había tenido en el siglo XVII otro religioso montañés, el lebaniego Francisco de Otero y Cossío, nacido en Turieno en 1640, capitán general, virrey y arzobispo de Nueva Granada, y que erigió la capilla del Lignum Crucis en el monasterio de Santo Toribio de Liébana.

Y por citar también un curioso personaje religioso, recordaremos al sacerdote santanderino Manuel Bárcena, que emigrante a Méjico, donde se licenció en Cánones en 1793, fue gobernador del Obispado de Mechoacán y formó parte del Consejo de Regencia presidido por Iturbide en 1821. Su firma sellaba el acta declarando la independencia del Estado mejicano. Publicó un folleto titulado «Manifiesto al mundo sobre la justificación de la independencia del Estado mejicano».

LA partida a América no supone nunca para el emigrante un futuro seguro, ni un retorno próximo, ni siquiera posible a su voluntad. Muchos no harán fortuna y algunos no lograrán ni la posibilidad de reunir el importe del pasaje de vuelta. El emigrante parte casi siempre con pocos años y la vida se les ha de abrir plenamente en las nuevas tierras. Y con ello los años le acuciarán imponiéndole sus exigencias.

La labor del indiano es como una escalada, desde el rasero más bajo del llano a la cima que aspira alcanzar. Es la labor de toda una vida, y el hombre no puede sacrificar al trabajo, aun cuando para él suponga el éxito y la riqueza, toda su vida hasta el punto de renunciar a las más íntimas exigencias humanas, como son el amor y la familia.

No hemos de pensar en aquel a quien la suerte le permite, a los pocos años, visitar la tierra natal, donde va a encontrarse con el recuerdo femenino de su juventud, o donde va a afianzar el amoroso encuentro preparado, o surgido de recuerdos, del familiar consejo y de la nostalgia e intencionada correspondencia. Son muchos los deseos y recuerdos que a otros se les han de borrar ante el correr de los años;

el recuerdo de la pasada juventud, de la muchacha que ya hizo mella en su ilusión y que sabe que aún está allí, en el pueblo lejano. La vida aleja el soñado horizonte y los años le exigen el calor y la paz hogareña, que ha de buscar allí donde se encuentre.

El emigrante montañés no tiene prejuicios de sangre. De ahí que la vinculación hispanoamericana tenga que subsistir en contra de toda circunstancia. Porque es una vinculación indestruible no sólo por la labor civilizadora, que llevó consigo la religión y la lengua, sino porque está realizada indisolublemente con la propia sangre.

La segregación racial nunca tuvo eco en el sentir de los emigrantes. Así, no es extraño encontrarse muchos datos sobre emigrantes que allí hicieron o rehicieron sus familias.

Entre los más antiguos que hemos hallado, es curioso mencionar a aquel Juan Ortiz de Matienzo, avcindado en Panuco, que en una declaración decía que era natural de las montañas, hijo de Diego Bárcena y de Isabel de Matienzo, y que fue a Nueva España al servicio de su majestad a la campaña de los valles de Oxitipa. Que estuvo con el marqués en la isla, donde perdió un ojo, y que le fue dada la encomienda del pueblo de Xaltepec «y que es casado y tiene en su poder cuatro hijos del primer marido y de su mujer, con la cual ovo los indios que al presente tiene».

Este trasmerano, de los tiempos de las conquistas, no tiene inconveniente, ni aún entonces, la época en que se iniciaba el mestizaje, en denominar a sus hijos indios y éstos son hermanos de sangre de otros indios legítimos que también viven al amparo del emigrante. Así, con hombres como este «indiano» que nos parece humilde, se iba afianzando la hispanidad en los territorios de Nueva España.

Pero sobre estos casos concretos que hemos citado, por referirse a hombres de las primeras travesías, de las des-

cubiertas y conquistas, sobresalen anudando nuevos lazos, fijando herencias de sangre, multitud de montañeses. Ya hemos comentado que el emigrante, en muchos casos, fue el desheredado, el hombre que en su tierra se hubiera visto limitado económicamente a una vida oscura, pero siempre fue el hombre decidido, de natural inteligencia, laborioso, capaz de sobresalir y destacar donde las posibilidades naturales, y aun a costa de grandes sacrificios, le permitieran su desenvolvimiento. Pero muchas veces el éxito de una empresa precisa de más años que los que ofrece la vida humana. El emigrante ha de crear allí su familia y ha de buscar allí su compañera. Casi siempre sigue soñando con el retorno, que al correr del tiempo se hace más difícil. Y lo deja patente en sus cartas, en sus testamentos. Como el de Juan de la Torre, un emigrante de Ampuero que en 1589, cercana su muerte, pues fallece al año después, dice al testar que «si moría en Méjico se sepultase su cuerpo en la iglesia del monasterio de Santo Domingo, de d'cha ciudad, en la capilla de los montañeses». No sólo se traduce de esta lacónica cláusula su pensamiento en el soñado retorno, sino el presente recuerdo a su patria chica y el deseo, al menos, de ser sepultado junto a sus paisanos en la capilla que le recuerda la tierra natal.

El sueño del retorno a la patria chica queda perdido en la realidad imperiosa de la vida y de la familia, y han de ser los hijos, nacidos los más en la nueva tierra, los que logren el deseo del emigrante, los que consigan llegar a la meta que se fijó el indiano. Y son ellos los que representan otras de las grandes fuerzas de la vinculación hispanoamericana, pues quedan dando fe de los valores y de las virtudes de sus ascendientes. Son las estirpes gloriosas que vincularon las tierras con el espíritu de la raza. Apellidos y sangre montañeses que quedaron al servicio de la historia de las naciones hermanas.

Como ejemplos de la importancia de estas estirpes, citaremos a los López de Santiago, de San Pedro de Bedoya, en Liébana, de donde era Domingo López de Santiago, que emigró a la Argentina en 1756 y de quien fue hijo Vicente López y Planes, quien estudió Filosofía y Derecho y destacó como poeta y publicista, y entre otros cargos fue catedrático de Economía, capitán de Patricios, miembro de la Asamblea Soberana, diputado por Buenos Aires, y reemplazando interinamente a Rivadavia ocupó la Presidencia de la República. El hijo de éste, Vicente López Rioja, fue periodista, catedrático, historiador, filólogo y novelista, siendo considerado como una de las más destacadas personalidades de la América hispana de su tiempo. Sus actividades no fueron obstáculo para que, en diversas épocas, desempeñara cuatro carteras ministeriales. Su hijo, bisnieto del emigrante lebaniego, Lucio Vicente López y Lozano, fue también ministro, interventor nacional y, como su padre y abuelo, catedrático y escritor de gran prestigio. Fue el autor de la conocida novela «La gran aldea».

El linaje de José de Tagle Bracho y Pérez de la Riva, nacido en Ruiloba en el siglo XVII, que emigró al Perú al amparo de su tío, prior del Consulado de Lima, el primer conde de Casa Tagle de Trassierra. El nieto de José de Tagle, José Bernardo de Tagle y Portocarrero, fue gran mariscal del ejército peruano y primer Presidente de la República del Perú.

La estirpe de Pedro Andrés García de Sobrecaza y García de Bustamante, nacido en Camargo en 1718, geógrafo y alférez de la expedición de Pedro Ceballos: fue su hijo, José García Terreira Bustamante, estadista, diplomático y cuatro veces consejero de Estado de la Argentina; su nieto, Rafael García y Aguirre, ministro plenipotenciario en Washington, París, Madrid y Viena; su bisnieto, Manuel José García Mansilla, fue contralmirante de la armada Argentina y di-

rector de la Escuela Naval, quien tuvo entre sus hijos a Damián, diplomático, enviado especial a la Santa Sede, y a Eduardo, diplomático también y notabilísimo músico.

La descendencia de Pedro Santiago de Concha, nacido en Heras, cuyos hijos fueron: Pablo, capitán y autor de la obra «De praefectos militares annonae»; Gregorio, corregidor de Ampa; Tomás, predicador de Carlos II, del emperador Leopoldo y del duque de Baviera, en Viena, y José, oidor de Lima, escritor, capitán general de Chile y fundador del valle de Quillota.

Los descendientes de Ignacio Javier de la Cárcova y Rubalcaba, nacido en Liérganes en 1771 y emigrante a la Argentina, entre los que destacó su nieto, Celedonio de la Cárcova, pintor notable y fundador de la Academia Nacional de Bellas Artes de dicho país.

La estirpe de Agustín Iglesias y Cotillo, nacido en Santander en 1613 y emigrante a Méjico, padre del famoso político José Iglesias Calderón y abuelo del ilustre publicista Francisco Iglesias.

O la estirpe de Domingo Ortiz de Rozas y García de Villasuso, nacido en Rozas en 1683, que fue capitán general del Reino de Chile y de las provincias de Río de la Plata, entre cuyos descendientes destaca Juan Manuel Rosas (Rozas), nacido en Buenos Aires en 1793, que fue Presidente dictatorial de la República Argentina.

Como cita de interés, sobre la abundancia de linajes montañeses en América y con referencia concreta al Perú, recordemos el poema «Vida de Santa Rosa», que el conde de la Granja dedicó a la primera santa que dio Hispanoamérica. Antes, como dato curioso, recordemos también que Santa Rosa fue ahijada y protegida de un indiano, Gonzalo Pérez de la Maza, natural de Ogarrio, a cuyo amparo y en su casa

murió. En el mencionado poema se citan apellidos de personas ilustres, destacando los Ampuero, Agüero, Alvarado, Bedoya, Campuzano, Calderón, Castillo, Espina, Hoznayo, Pereda, Ríos, Vivas, Polanco, Maza, Marroquín y otros, todos ellos de estirpes montañosas, apellidos que se han hecho familiares en Hispanoamérica, y muchos sobresalientes, se llamen Mier o Sota Ruiz, en Méjico; Lastra, en Chile; Pereda, en la Argentina; Lafuente, en Paraguay; Quevedo, en Venezuela; Acebedos, en Colombia, o Bustamantes, en Cuba.

La vinculación de los descendientes de indianos con la tierra originaria de la estirpe se mantiene con orgullo de raza, y es frecuente que se manifieste en el deseo de conocerla e incluso de plasmar en ella el recuerdo o el deseo del emigrante. Recordemos como ejemplo a los hijos de Pedro de Santiago Concha, ya citados, Pablo, Gregorio y José, limeños de nacimiento, quienes en el año 1763, recordando la tierra natal de su padre, Heras, hicieron donación de alhajas y fundaron y dotaron la iglesia de dicho lugar, fundación que se recordaba en un cuadro que existía en la iglesia de San Miguel. De nuestros días podemos citar a Eutimio Falla, nacido en Cuba y fallecido en Madrid en 1963, hijo del indiano Laureano Falla, quien realizó numerosas obras en Anero, pueblo natal de su padre, entre otras la restauración de la iglesia y la ampliación de un pabellón a la escuela de niños.

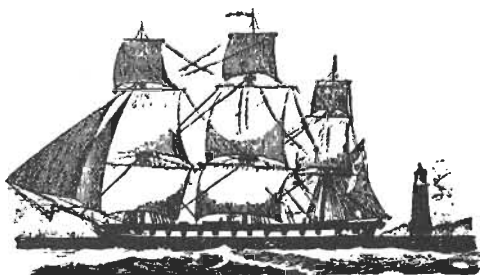
Entre los muchos descendientes de montañoses que han de venir a las tierras de España podemos citar a otro personaje interesante de inconfundible origen y apellido montaños: Mariano Ceballos, mestizo, sin duda hijo de algún montaños emigrado a Río de la Plata en principios del siglo XVIII, pues era considerado como limeño. Este personaje ganó gran popularidad en España, donde era conocido por «el indio Ceballos» o «el indio que montaba los toros». Era un rejoneador que ejecutaba la suerte de la manera más difícil y



Mariano Ceballos, «el indio que montaba los toros».
(Grabado de Francisco de Goya)

valerosa que se le ocurría. Practicaba la suerte a espada y algunas veces a puñal, como hizo en Puerto de Santa María en 1770. En 1777, en el mes de noviembre, actuó con Costillares y Pepehillo. Y no siempre lo hacía a caballo, luciendo su habilidad de buen jinete, pues en la plaza de Pamplona, en 1778, donde también actuó en los dos años siguientes, ensegó un toro ensillado y desde él picó y dio muerte a otros dos. Ceballos fue a morir en la plaza de Tudela sobre el año 1780 ó 1783.

Esta figura es doblemente interesante porque Goya, quien le vio ejecutar su extraña suerte, impresionado por ello inmortalizó su recuerdo en dos de los grabados de la conocida serie de la tauromaquia.



EL retorno del indiano a la tierra natal ha quedado patente en la fisonomía de los pueblos. Los indianos de los siglos XVII y XVIII son los que edifican en los más apartados lugares, en los pueblos más recónditos de la Montaña, las magníficas construcciones que hoy nos hablan de los años, quizás, más prósperos de la vieja Cantabria.

El regreso al solar materno, al pueblo mínimo, que para el indiano siempre ha de tener una grandiosa valoración, va unido al deseo de afincarse definitivamente en él, haciendo o rehaciendo sobre la casa humilde o el solar de sus mayores una más importante construcción. Así surgen, labradas por el esfuerzo del emigrante, las más bellas muestras de nuestra arquitectura típica. A ellos se debe no sólo su florecimiento, sino la posibilidad de que nuestra arquitectura reafirmara sus peculiaridades y que nuestros artífices, al amparo de las fortunas forjadas en América, consiguieran su más alto esplendor enriqueciendo bellamente sus características diferenciales.

El prestigio y la fortuna logrados por el emigrante mueven su orgullo de raza. Saben que la Montaña es tierra

de hidalgos, cuna de la nobleza de España, y que raro será el apellido de solar montañés que no pueda acreditar con títulos heráldicos su ascendencia. Y ello le mueve a sacar a la luz su ascendencia y sus armas. Y es el indiano el que origina esa atmósfera peculiar de la época, que hace renacer el casi olvidado arte de la miniatura, resurgiendo, sobre vitelas con barrocas hojarascas, en las armas que timbran las ejecutorias. Y con ellos, las piedras armeras que parecen sellar imprescindiblemente toda casona solariega y en las que las licencias y la fantasía de los maestros canteros sirvieron más a la graciosa ostentación que a la fidelidad de los pergaminos, ya adulterados con la exageración interesada de los reyes de armas.

El indiano mueve también con ajetreo inusitado el quehacer de las Chancillerías, y se multiplican los farragosos expedientes de probanzas para afianzar hábitos de caballero o cimentar debidamente los títulos y coronas logrados como premio a servicios al Rey o a la patria, suficientes para no indagar la limpieza de sangre que el indiano, dando fe del espíritu de su propia tierra, hacía buscar.

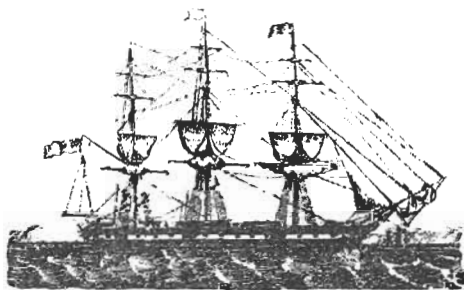
Si cierto es que la Montaña ha sido cuna de la nobleza española, pues como decía el buen Íñigo López de Santillana (P. Guevara, siglo XVI) «en esta nuestra España era peregrino o muy nuevo el linaje que en la Montaña no tenía solar conocido», o reafirmaba Cervantes cuando escribía «hidalgo como el Rey porque era montañés» (Cap. XLVIII, parte 2.^a), también es cierto que ninguna otra región española originó el ambiente de ostentosa emulación de origen y nobleza que movieron principalmente nuestros indianos. Movimiento que llevó la heráldica como tema fundamental al arte en todas sus manifestaciones: desde la prensa a los reposteros, desde la orfebrería a la forja, desde la vajilla y cristales al mueble y desde las fachadas de las casonas, con las variantes de colocaciones y formas singulares, al límite



Don Antonio López y López, Marqués de Comillas.

de las propiedades, en los cruceros, o al de los caminos, abriendo la entrada en bellas portaladas que parecen proyectadas, no para enriquecer la entrada, sino para soportar y mostrar el familiar escudo de armas a quienes no alcanzaban a contemplar el que ostentaba el edificio.

Esta tierra pobre y aireada como tal durante siglos en nuestra literatura (Jorge de Montemayor, Diego de Hermosilla, el Padre Sigüenza, Ambrosio de Morales, Mateo Alemán, Lope de Vega, Tirso de Molina, Vicente Espinel, Vélez de Guevara, Diego de Carvajal, Antonio Hurtado de Mendoza, José Cadahalso, Mesonero Romano, Duque de Rivas, etc., etc.), sufriendo la crítica que entraña el divorcio de pergaminos y talegas, la existencia de un orgullo de linaje, de raza, donde faltaba el dinero, es lógico que mostrara esta reacción cuando sus hombres, los indianos, logran hacer fortuna, y que con su acentuado amor a la tierra éste sirva para que, por primera vez, pueda engalanar su fisonomía y, de acuerdo con su tiempo, viva una época de esplendor.



LA emigración montañesa al continente americano, principalmente, es un hecho que con gran importancia subsiste en nuestros días. Los lazos de sangre de las estirpes montañesas mantienen y renuevan esa íntima vinculación de las tierras de Cantabria con Hispanoamérica. Las empresas comerciales o industriales fundadas por montañeses de anteriores generaciones reclaman la presencia de sus allegados, quienes al organizar allá su vida crean nuevas familias y renuevan los vínculos más indisolubles de la hispanidad.

Raro será el municipio montañés que no cuente en la hora actual con algún indiano entre sus hijos. Sin embargo, no todos reflejan análogamente esa tendencia migratoria, pues hay zonas o Ayuntamientos que, por el número de sus emigrantes, destacan como acusadas tierras de indianos. Es curioso comprobar, ante relación detallada de estos últimos años, cómo Ayuntamientos de poca entidad y alejados de zonas marineras, que pudieran parecer más vertidos hacia estos rumbos, reflejan esta potencia migratoria. Ayuntamientos como el de Tresviso, situado entre las cumbres lebaniegas, que cuenta actualmente con un centenar de emigrantes,



Don Ramón Pelayo de la Torriente, Marqués de Valdecilla.

o Val de San Vicente, con análogo número. O los de Reinosa y Villacarriedo o Ribamontán al Monte, que tienen medio centenar de indianos asentados hoy en tierras de América.

También es curioso comprobar, a la vista inequívoca de nombres y direcciones, cómo se acusa aún esa vinculación, de zona a zona, a que nos referíamos en otro lugar. Cómo la emigración se hace sucesión a través de la relación familiar o de vecindad, con un rumbo determinado, que hace que se produzca hacia el país donde se asentó el familiar o amigo que fue cabeza de la corriente migratoria.

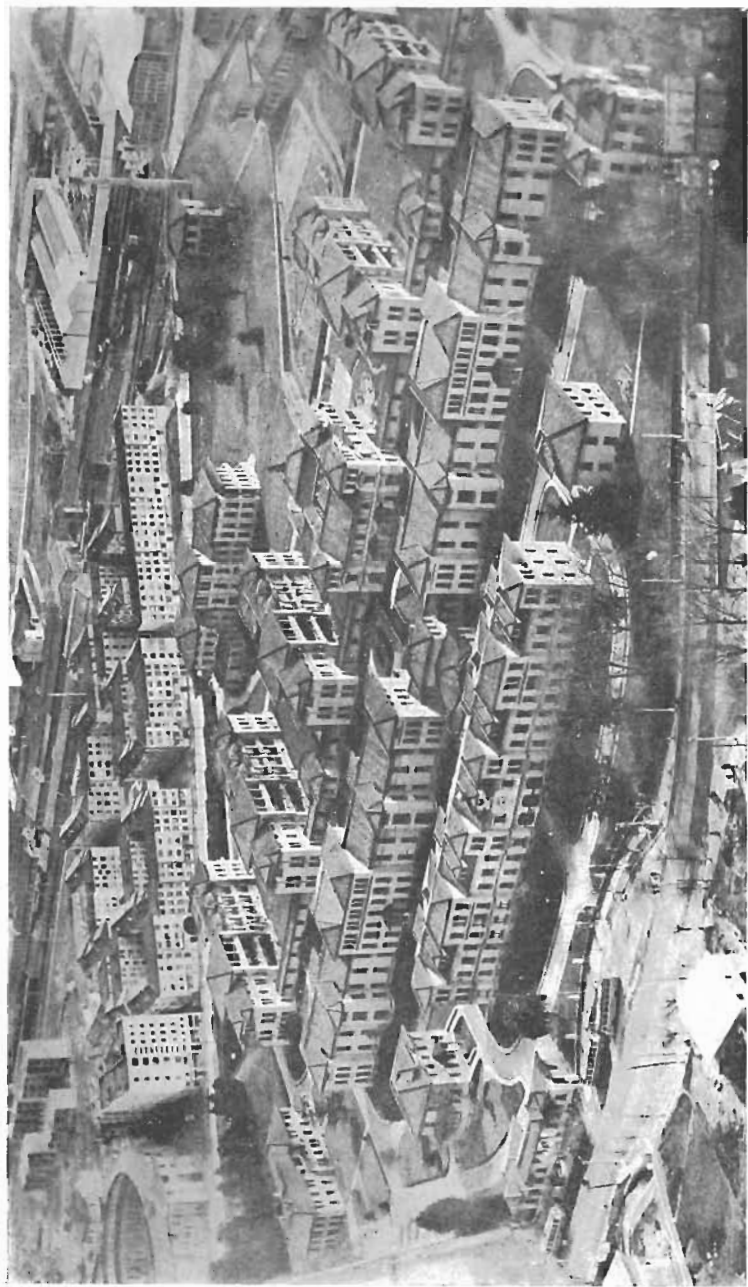
Recordemos, como ejemplo, que de los ochenta y seis emigrantes actuales que conocemos del Ayuntamiento de Guriezo un ochenta por ciento son emigrantes radicados en la Argentina, país donde también están asentados treinta y dos de los treinta y seis emigrantes del Ayuntamiento de Liendo, mientras que, por ejemplo, los de Ampuero, una veintena, y los veintinueve de La Cavada, o los doce de Arenas de Iguña de quienes tenemos noticia, en su totalidad están asentados en tierras de Méjico.

Ello no indica que la emigración abriera su cauce en una sola dirección, pues los emigrantes de una misma zona que la iniciaron, facilitaron caminos migratorios a diversas tierras que en un tiempo formaron unidad de imperio con España.

Por ello, en cualquier país americano existen hoy numerosos emigrantes montañeses. Así, del Ayuntamiento de Ribamontán al Monte, los hay en diversos lugares y estados de Norteamérica, tales como Detroit, Newart, Los Angeles, Florida y Nueva Orleáns, y en Méjico, Argentina, Venezuela y Uruguay. O el de Val de San Vicente, que tiene a más de noventa emigrantes nacidos en su Ayuntamiento asentados en Venezuela, Méjico, Argentina, Cuba, Uruguay, Chile y Estados Unidos.

La trayectoria biográfica del indiano se repite a través del tiempo, y hoy como ayer el indiano siente la atracción de la tierra y acusa ejemplarmente su preocupación por el vivir de sus paisanos, acudiendo con su ayuda generosa a mejorar su medio de vida.

Sería interesante, y hasta justo, finalizar este ligero estudio con una relación de todas aquellas obras que los indianos contemporáneos han efectuado en nuestra provincia, pero ello llevaría a una larga lista ajena a nuestro propósito. No obstante, debemos de citar a aquellos que consideramos destacados por la importancia de sus obras o por alguna otra circunstancia de especial interés. Notas que hemos de encabezar por el marqués de Valdecilla, Ramón Pelayo de la Torriente (1850-1932), que, aparte de su gran fundación, la Casa de Salud que lleva su nombre, realizó innumerables obras, entre ellas, en 1911, la escuela de niños y niñas de Asón, los grupos escolares de Orejo, Setién, Elechas y Pontejos (1923). Su sobrina, doña María Luisa Pelayo, marquesa de Pelayo, fundadora de la Casa de Maternidad y Jardín de la Infancia de Santander. Santiago Galas, de Ru'loba, quien fundó el Preventorio infantil que lleva su nombre; el Hogar del Jubilado, en el Asilo-Hospital de Torrelavega (1960), e hizo importantes donativos para instituciones benéficas, como la Casa de Salud Valdecilla, etc. Eusebio Gómez García, que construyó a su expensas la iglesia de Santa María de Cayón, con un presupuesto de cuatro millones y medio. Francisco Garrido Pérez, que construyó la iglesia de Somahoz, en Buelna. Román Sánchez López, que fundó en 1919 el Asilo de Nuestra Señora de la Misericordia de Novales. Florentino Pino Pascua, de Oreña, que costó el monumento a Cristo Rey erigido en dicho lugar. Benedicto Ruiz Campo, de Ajo, quien donó dos escuelas y viviendas para maestros, el alumbrado público de Ajo, el camino de la iglesia y traída de aguas. Los hermanos Carranchedo, de Bárcena de Pie de Concha, que hicieron a su costa



Vista panorámica de la Casa de Salud Valdecilla.

la traída de aguas de Cobejo, el alcantarillado de la plaza, restauraron la parroquia, construyeron puentes, donaron una finca para construcción de la casa del médico y subvencionan anualmente las fiestas patronales del pueblo. Celedonio Moya Pardo, que construyó a sus expensas el grupo escolar del pueblo de Socobio (Castañeda) en 1923. Y tantos otros que sentimos no mencionar.

Sobre estos citados que realizaron obras, sufragadas personalmente, en un lugar determinado, casi siempre su pueblo natal, existen en la provincia numerosas realizaciones efectuadas con el dinero que los indianos aportaron colectivamente. Así, los de San Vicente de la Barquera en 1921 contribuyeron a la construcción de la escuela, en 1929 a la construcción de la carretera y en 1958 a la reparación de la iglesia. Los de Selaya contribuyeron a la instalación del repetidor de Televisión, en 1964, y al alumbrado público de la Avenida de los Indianos, que une Selaya con Villacarriedo. Los de Rasines aportaron ochenta mil pesetas para las escuelas y doscientas mil para la restauración del retablo de la parroquia de San Andrés. Y los de Arredondo, en 1963, aportaron quinientas mil pesetas para la reparación de la iglesia parroquial, de igual manera que, en 1922, se había hecho la traída de aguas con fondos recaudados entre los emigrantes.

Hay pueblos, como el citado de Arredondo, en el que los indianos realizan, no ya colectivamente como en los casos mencionados, sino individualmente, las obras que constituyen la aspiración o la necesidad más apremiante. En este citado valle de Arredondo tenemos un claro ejemplo de la aportación del indiano al bienestar de la comunidad, ya que son muchos los nombres de emigrantes vinculados a las más importantes realizaciones. Así, Miguel Gutiérrez Solana, antepasado del gran pintor, construyó ya en 1860 la iglesia parroquial y su torre, que costó entonces la suma de 750.000 rea-

les vellón, donando asimismo la Casa Ayuntamiento, con dos escuelas de niños y dos de niñas y cinco viviendas para maestros y secretario. Antonio López García hizo en 1927 la fundación que lleva su nombre, dotándola con 250.000 pesetas, para destinar sus intereses entre los pobres del Ayuntamiento. Sixto Ortíz, que en 1945 creó la fundación de su nombre, con 750.000 pesetas, fundación hoy destinada a colegio. Domingo Trueba Barquín, construyó la Casa de Salud de Bustabladillo (Arredondo), en cuyo lugar en 1907 Antonio Trueba Barquín, en unión de Manuel Pardo y Francisco Maza, hicieron las escuelas y traída de aguas.

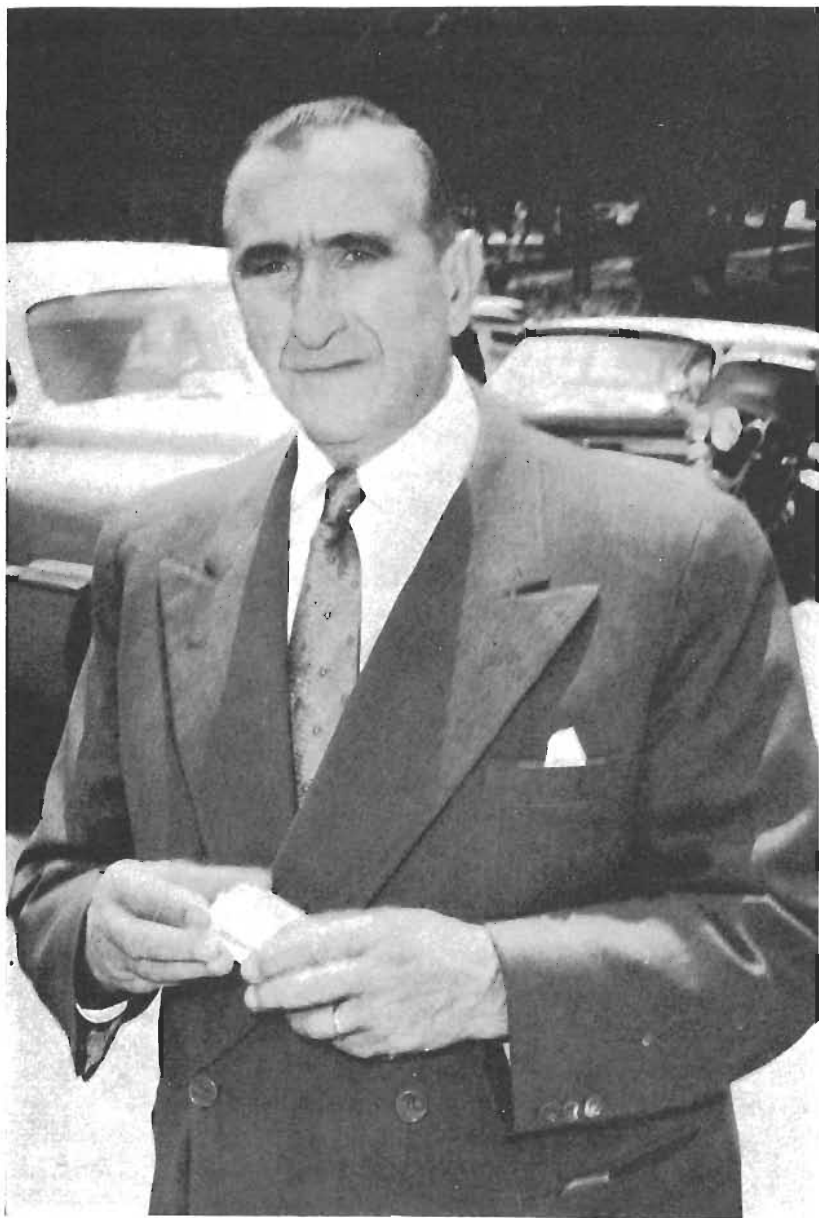
En el Ayuntamiento de Soba, también son muchas las obras sociales realizadas por los emigrantes. De ellos citaremos a Jerónimo Sainz de la Maza, que edificó la Casa Consistorial y el Colegio de San Pedro de Soba, y las escuelas de la Veguilla y de Asón, también del mismo Ayuntamiento. Tomás Ortiz Mier, que hizo a su costa las escuelas de la Revilla y la carretera al barrio de Elguero. Los hermanos Gorriti Gutiérrez, que hicieron la plazuela, la fuente y los lavaderos de San Martín de Soba. Los hermanos Saiz Pardo, que repararon la iglesia de Villar e hicieron la electrificación de Villar y la carretera al barrio de Bárcena. Los hermanos Elizondo Pérez, que construyeron la carretera que desde Villar conduce al barrio del Río e hicieron la plazuela del pueblo de Rozas. Y otros, como los señores de Mier, que construyeron la fuente y lavadero del pueblo de Rozas e hicieron una fundación para arreglo de la iglesia y pago del sacerdote.

El Ayuntamiento de Villacarriedo es otro que merece ser recordado por haber sido muchas las obras benéficas y sociales realizadas en su término por los indianos. Entre ellas, podemos destacar el Asilo de San José, de Bárcena de Carriedo, fundado en 1894, y, desde 1927 a hoy, las escuelas nacionales de Abionzo, dos puentes, carreteras y las escuelas;

de Santibáñez, y el alumbrado público, el parque escolar y el poste repetidor de televisión, en Villacarriedo.

A veces, también, y es importante consignarlo, pues se repite en diversos lugares, los indianos benefactores de una determinada zona son miembros de una misma familia. Sirvanos de ejemplo el Ayuntamiento de Liendo, en el que las importantes obras realizadas en los últimos años del pasado siglo y primeros del actual iban unidas al apellido Avendaño. Así en 1888 Miguel de Avendaño y López costeó el camino que va desde la plaza de Iseca Vieja a la iglesia. En 1889 Peregrino Avendaño y López donó el solar y construyó a su costa las escuelas del valle en el barrio de Hlazas, así como las viviendas para los maestros; en 1890 José Maza de Avendaño y López realizó importantes obras de restauración de la iglesia del valle; y en 1897 Luis María de Avendaño y López donó a Liendo un lámina intransferible de la Deuda Interior Perpétua por valor de quinientas mil pesetas, de aquel tiempo, para que con su renta se aliviasen las cargas del vecindario, y en 1910 Miguel Avendaño Castillo construyó el camino para acortar la comunicación con Laredo.

En la época actual, este Ayuntamiento que nos sirve de ejemplo se ha visto beneficiado por numerosas obras realizadas por Saturnino Candina y Campillo, quien en 1961 crea la fundación que lleva su nombre, dedicada a enseñanzas post-escolares para estudiantes de ambos sexos; en 1962 donó un colegio de niños a la fundación, hizo la plaza de Navedo y la conducción de aguas a su barrio natal de Mollaneda; en 1963 donó un bar y carnicería existentes en la plaza e hizo la conducción de aguas al barrio de Isequilla, así como realizó el suministro domiciliario de agua a todas las viviendas de Mollaneda; en 1965 donó las obras de abastecimiento de aguas a los barrios de Sopena, Rocillo, Mendina, Iseca Nueva y los Llatazos, hizo el camino de Iseca Vieja a la iglesia,

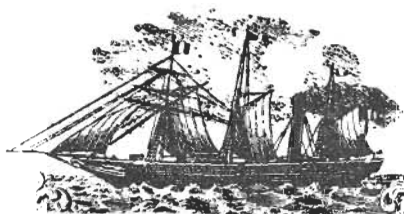


Don Santiago Galas.

donó el matadero municipal, instituyó premios escolares con valores mobiliarios, por importe de medio millón de pesetas, y costeó reparaciones de iglesias, caminos, etc.

Otro ejemplo de interés, de vinculación familiar a las realizaciones sociales, nos lo ofrece, en el Ayuntamiento de Ribamontán al Monte, la familia Falla, pues la escuela de niños de Anerø, con sus viviendas para maestros, fueron costeadas por Laureano Falla; la casa del Concejo fue donada por Ricardo Cervera Falla, quien, también, en unión de Manuel Cervera Falla, Adelaida, Isabel y María Teresa Falla construyeron la escuela de niñas del mismo lugar.

No hemos de olvidar tampoco al indiano cuyas obras benéficas no quedan visibles en la materialidad de una construcción o de una fundación, pero que reflejan el mismo amor a su pueblo y a sus gentes. Sirvanos de ejemplo el santoñés Arsenio Tuero Cubillas, quien desde Méjico, año tras año, durante la Navidad envía a su villa natal cincuenta mil pesetas para que sean distribuidas entre sus paisanos más necesitados. Y para cerrar estas referencias citemos a otro indiano, también santoñés, Gregorio del Amo, que dedicó gran parte de su fortuna al fomento de la cultura, con la fundación que lleva su nombre, y quien construyó a sus expensas el edificio residencia de estudiantes españoles y extranjeros de la Ciudad Universitaria de la capital de España.



HABLAMOS de los indianos, de los emigrantes, y no podemos dejar de mencionar expresamente a la mujer que se hizo también emigrante, que jugó siempre un importante papel en la vida del indiano, compartiendo con él la aventura del alejamiento y la dureza de su labor.

La mujer en América siempre fue colaboradora directa en el quehacer de su marido o de sus allegados y la segura continuadora de sus proyectos y empresas cuando aquéllos faltaron.

El papel de la mujer como compañera del emigrante, que parte en busca de fortuna y trabaja por afianzar su posición, es diferente al que ocupa en su tierra natal, donde se desenvuelve en torno del hogar. En la emigración se anticipa a la evolución que en el orden laboral aún no se vislumbra en la patria, y comparte con el hombre su trabajo en el comercio o en la industria, y con despierto sentido es la que enjuicia y asesora en cuanto se refiere a los intereses comunes.

El emigrante encuentra en ella la colaboración que puede precisar, el apoyo, de plena confianza, que se hace más necesario en la tierra extraña donde se reduce el círculo

de la intimidad, que fuerza a compartir ideas, proyectos y sentimientos, que en la lejana tierra natal, viviendo en un núcleo de parientes y amigos, se contrastaban fácilmente en cualquier momento en las conversaciones habituales o con el buscado consejo del experto en la confianza que brinda la familia o la amistad de siempre.

La emigración de la mujer se inicia también en los tiempos de las conquistas e incluso participan en las descubiertas. Recordemos como ejemplo la expedición que, en 9 de abril de 1595, iniciaron en El Callao cuatro naves de Mendaña hacia los valles de Santa y Trujillo, donde el capitán Lope de Vega había alistado una buena expedición. Lope de Vega viajaba en la nave capitana «Santa Isabel», que se perdió el cinco de agosto, desapareciendo también otras dos naves y llegando a Cavite solamente el «San Jerónimo», el 11 de febrero de 1596, después de haber deseado los supervivientes hundirse de una vez. La circunstancia de que solamente una de las naves lograra rematar con bien el viaje ha hecho llegar a nosotros los nombres de los supervivientes de la aventura y conocer que en el «San Jerónimo» viajaba la esposa del montañés Lope de Vega, Mariana de Castro, también sin duda de su tierra, y con ella doña Isabel, la viuda de Mendaña, y algunas de otros expedicionarios, que compartían con sus maridos la dureza y los riesgos de las fabulosas descubiertas.

Cuando la emigración abre su amplio canal son muchas las mujeres que acompañan a sus hermanos o siguen a sus padres. Y son muchos los montañeses que contraen matrimonio durante sus años de emigrantes, vinculando preferentemente sus apellidos a otros de su tierra natal. Ello prueba sobradamente la presencia de la mujer montañesa en la emigración, realizada al amparo de la familia, como compañera del emigrante y otras hijas de emigrantes de



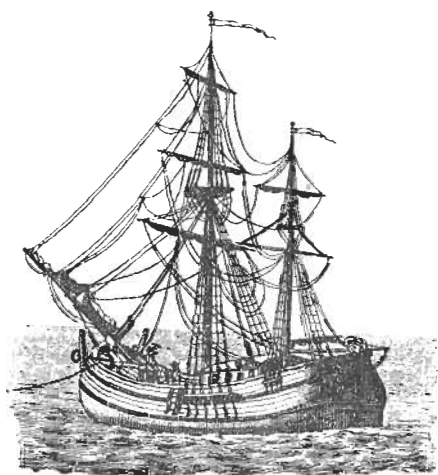
Vista parcial de dormitorios del Preventorio Infantil de la Obra San Martín, fundación de don Santiago Galas.

Cantabria que nacieron ya en tierras de América. El indiano busca para su enlace apellidos de su propia tierra. En las reseñas de indianos que forman la segunda parte de este estudio pueden acusarse estos enlaces de stirpes montañosas. Citemos como ejemplos a José Antonio Pando de la Riva, casado con Teresa Ramírez de Laredo, a Francisco de Carriedo con María de Cossío, a Antonio Campuzano con María de Acevedo, a Ángel de Peredo con Antonia Rasines, a Fernando Riva Agüero con Antonia de la Riva Herrera, a Gaspar de Quijano Velarde y Ceballos casado con Josefina Tagle Bracho, y en nuestros días a tantos como los hermanos Muerza Colina, casados con las hermanas Abascal Ruiz.

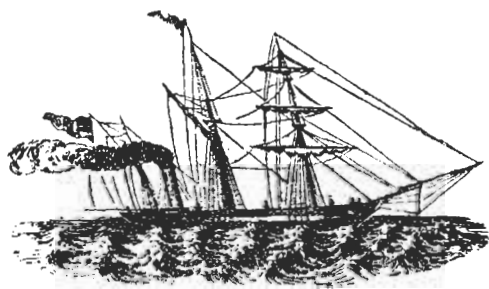
Ello no indica que la mujer montañesa que sigue, antes o después, los destinos de la emigración no se enlace con indianos de otras regiones, pero siempre, en estos casos, la familia queda vinculada a la tierra de donde ella es originaria y en la que va a afianzarse cuando el indiano busca su retiro. Citemos como ejemplo al indiano José Ordieres Pidal, de apellidos acusadamente asturianos, que casó con Dolores Rodríguez y vinculó su familia a Santander al regreso de Méjico en el primer tercio del siglo actual.

Y es así porque la rectoría espiritual de la familia radica principalmente en la mujer. Por ello, detrás de la obra del indiano, cuyo nombre aparece vinculado a la benéfica realización, no hemos de olvidar que casi siempre hay un nombre de mujer que lo hizo posible con su colaboración, con su apoyo o con su aprobación. La mujer del indiano, cuando éste falta, sigue fiel continuadora de la línea que él trazara, siente con análogo espíritu a la tierra natal donde se afirma y acusa la preocupación religiosa que la lleva a ayudar al prójimo, a través de las instituciones benéficas,

o calladamente, en la forma menos ostentosa. Recordemos, por mencionar algunos ejemplos, a Ana Rodríguez de Solórzano, que a mediados del siglo XVI, habiendo enviudado, fundó y fue primera abadesa del colegio de doncellas de Nuestra Señora de la Caridad, en Lima, y en nuestros días, por dar cita del mismo apellido, a Luz de Solórzano, viuda del indiano Manuel Gómez, que laboró en Méjico una importante fortuna.



NOTICIAS DE INDIANOS



COMO complemento a la breve exposición anterior consideramos interesante y oportuno recoger, aunque sea con mínimos datos biográficos, dos centenares de referencias de indianos, de diversas épocas, que destacaron por sus empresas o por sus cargos, que recibieron alguna distinción o título o dejaron, con obras, constancia de su nombre en su tierra natal.

No cabe pensar que esta relación, tan corta, dé cabida a los más destacados indianos de Cantabria, ni siquiera que en ella todos los reseñados sean los más importantes. El tiempo limitado por la preparación de este trabajo nos obliga a no pretender más que rendir en estos dos centenares de nombres el homenaje de Cantabria a cuantos con análogos merecimientos han sido o son acreedores a figurar con ellos.

También hemos prescindido de mencionar, salvo ya justificadas excepciones, a aquellos indianos, nacidos en la Montaña, que viven en la hora actual y de los que podríamos referenciar muy cerca de mil quinientos que, como cabezas de familia, están hoy aportando su esfuerzo en tierras de América, como permanente contribución montañesa a la empresa siempre viva de la Hispanidad.

FRAY PEDRO MATÍAS ABAD

El Padre Matías Abad nació en los primeros años del siglo XVII en el pueblo de Cueto (Santander). Fue hijo de Toribio Abad y Catalina de Higuera.

Fue emigrante y más tarde religioso franciscano, siendo ejecutado por los indios del Anoco hacia el año 1650, cerca del río de San Francisco de Atrato, en el distrito de la ciudad de Antioquía. Emigró a las Indias, donde fue aventurero, minero, buscador de oro, etc., y desengañado de las vanidades del mundo se hizo fraile en 1631.

Sus restos yacen en la capilla mayor del convento de San Francisco, de la ciudad de Cartagena.

DON JUAN MIGUEL DE AGÜERO

Llaguno y Amirola cita a don Juan Miguel de Agüero, maestro arquitecto, que residía en Mérida de Yucatán en 1585, dirigiendo las obras de la Catedral de aquella ciudad y que anteriormente estuvo trabajando en las fortificaciones de La Habana.

DON SEBASTIÁN AJA DEL VALLE COBO
Y ARREDONDO

Nació en Mentera (Ruesga) el 14 de enero de 1659. En 1683 embarcó para las Indias, en el navío «Santiago», sentando plaza de soldado en El Callao. De allí pasó a Valparaíso, y en 1683-5-7 ascendió a alférez y en 14 de agosto del mismo año a capitán de la Infantería española. El mismo año pasó a Tucumán, donde, el 19 de noviembre de 1691, ascendió a sargento mayor del presidio de la ciudad de Talavera, en Madrid. En 1692 ascendió a maestre de campo, y en 1695 se hizo caballero de Santiago.

Tuvo una brillante hoja de servicios, natural en quien en tan pocos años pasó de simple soldado a maestre de campo. Siempre se firmó Aja y Arredondo.

DON DOMINGO JOSÉ ALONSO DE LA JARROTA

Nació en Rozas en marzo de 1701. En 1715 era cadete del Regimiento de Infantería de Málaga, luchando contra los moros en Ceuta durante 9 meses. Formó posteriormente por orden del Rey la Compañía Real de Guardamarinas y estuvo en ella hasta julio de 1718, en que fue trasladado a la fragata Juno, que fue a Sicilia. Asistió al combate el 11 de agosto contra los ingleses, en las costas de Cabo Pájaro, y continuó hasta el 6 de diciembre del año siguiente, en que por orden del marqués de Ledesma, capitán general del ejército de tierra, le nombraron subteniente del Regimiento de Castilla, donde estuvo 6 años. En 1735 desempeñó el cargo de regidor de Rozas y en el 38 el de procurador general. Felipe V, para recompensar sus servicios, en septiembre de 1739, le concedió el Corregimiento de Lipes, en el Virreinato del Perú, que no pudo llegar a ocupar por haberse arruinado las minas. Fue a Buenos Aires en 1742 con su tío el gobernador del Río de la Plata, don Domingo Ortiz de Rozas, y en su compañía

pasó a Chile cuando fue trasladado a este Reino. Otra vez en su cargo de gobernador llegó a España. Regresó a Buenos Aires, donde se avecindó. Fue alcalde de Primer Voto en 1758. El virrey Ceballos le nombró capitán comandante del Regimiento de Caballería de Vecinos, tomando parte como tal en la guerra contra los portugueses y asistiendo a la toma de la colonia de Sacramento. En el año 1774 pidió el Corregimiento de Lariscaja, que no se le concedió. En 1779 un Corregimiento que vacase en el Virreinato, cosa que no llegó a producirse por su fallecimiento. El Rey le concedió una pensión a su viuda.

DON ALONSO DE ALVARADO

Nacido en Secadura, hijo de Juan Sánchez de Alvarado y María González de Agüero, fue caballero de Santiago, mariscal del Perú y capitán general, siendo uno de los conquistadores de aquel reino.

DON JUAN DE ALVARADO

De la casa trasmerana de Alvarado. Con su hermano Hernando, fueron destacados en la conquista. Merecieron ser cantados por Alonso de Ercilla en la Araucana (cantos V y IX).

«Era caudillo y capitán de España
el noble montañés Juan de Alvarado».
«Hernando y Juan, y entrambos de Alvarado».

DON AGUSTÍN ALVARADO Y CASTILLO

Natural de Limpias. Fue arzobispo de Santa Fe de Bogotá y virrey de Nueva Granada en el siglo XVIII.

DON GARCÍA DE ALVARADO
Y HERNANDO DE ALVARADO

Conquistadores del Perú, que después de las campañas pasaron a Chile. Eran naturales de Colindres y Laredo.

DON ALONSO DE ALVARADO MONTOYA
GONZÁLEZ DE CEBALLOS Y MIRANDA

Nació en Secadura, siendo uno de los conquistadores del Perú, adonde llegó acompañado de sus hermanos Hernando y Pedro, El Mozo.

DON GREGORIO DEL AMO

Nacido en Santoña en 1857. Murió en Los Angeles (California) en 1941. Reunió una gran fortuna en América, destinando una gran parte de ella a instituciones culturales, como la Fundación que lleva su nombre, dotada con un capital cuyos intereses se destinan, por medio de becas para estudiantes, a fomentar las relaciones culturales entre España y California. Donó el edificio destinado a residencia de españoles y extranjeros en la Ciudad Universitaria de Madrid.

DON PEDRO DE AMPUERO Y DE AJO

De la casa de Ampuero de Castro. Cruzado caballero de Santiago en 1688. Emigró a América al amparo de Fernando de la Riva Agüero, capitán general de Panamá; pero al llegar a América había muerto Riva Agüero, por lo que volvió a España, embarcando en las Armadas, con las que cruzó seis veces el Atlántico.

DON JUAN ANTONIO DE ARCE Y AMAYA

De la casa de Castañeda. Fue capitán en Méjico, donde se retiró de teniente coronel. Casó en Chiluaba y fundó la casa de su apellido.

DON FELIPE DE ARCO

Natural de Pontones. Fue caballero de Carlos III y miembro del Consejo de Indias.

DON MANUEL DE ARREDONDO

Emigró a América, donde fue regente de la Audiencia de Lima y consejero de S. M. en el siglo XVIII. Fue tío del virrey Nicolás de Arredondo y hermano de Pedro de Arredondo.

DON NICOLÁS DE ARREDONDO Y PELEGRÍN

Virrey de Buenos Aires

Nació en Bárcena de Cicero el 17 de abril de 1726. Ingresó a los 17 años en el Cuerpo de Cadetes de Reales Guardias Españolas, colaborando en las campañas de Italia, donde ascendió, por sus méritos, a capitán de fusileros.

En marzo de 1778 marchó a La Habana encargado de diversas comisiones oficiales y como mayor general de la expedición de don Victorio Navia. Posteriormente fue designado gobernador de Cuba, en época de que se preveían dificultades. De allí pasó a Charcas como presidente, donde destacó en la pacificación y conversión de indios, convirtiendo a más de 1.900 a la religión católica, siendo después nombrado virrey de Buenos Aires, donde hizo numerosas obras y mejoras, modernizando los fuertes, reorganizando los correos, pavimentando la ciudad, etc. A su regreso a España fue nombrado capitán general de Navarra y más tarde de Valencia y Murcia, y presidente de la Real Audiencia.

Fue caballero de Calatrava y comendador de Puertollano.

Su hijo Manuel fue marqués de San Juan de Nepomuceno, famoso en los anales de la historia de la independencia americana.

Sus tíos Pedro y Nicolás de Arredondo y Jerónimo de Pelegrín fueron, respectivamente, regente de la Audiencia de Mallorca e inquisidor, regente de la Audiencia de Lima y consejero de S. M. y secretario del Real Patronato de Castilla.

DON LUIS MARÍA DE AVENDAÑO Y LÓPEZ

Indiano de Liendo. En 1897 donó a Liendo, su pueblo natal, quinientas mil pesetas en papel de la Deuda interior intrasferible para aliviar las cargas del vecindario.

DON NICANOR BALBONTÍN BALBÁS

Indiano de Miengo, que cedió a la Junta Provincial de Beneficencia una finca de más de cien carros para destinar su interés en beneficio de la enseñanza del pueblo de Cudón.

DON MANUEL BÁRCENA

Nació en Santander. Fue sacerdote, emigrante a Méjico, donde, en 1793, se doctoró en Teología. Fue gobernador del Obispado de Mechoacán y formó parte del Consejo de Regencia que presidió Iturbide en 1821. Su firma sellaba el acta de declaración de independencia de Méjico.

Publicó un folleto titulado «Manifiesto al mundo sobre la justificación de la independencia del Estado mejicano».

DON JOSÉ DE LA BÁRCENA Y RESPUELA

Nacido en Prezanes (Santander). Como sus descendientes, marchó a América, estableciéndose en Cartagena de Indias,

donde estaba cuando probó su hidalguía en el año 1757. Se casó allí con doña María Barragán.

DON BLAS CLEMENTE DE BARREDA Y CAMPUZANO

Nació en Santillana del Mar en 1710, descendiendo de las más conocidas casas nortañas. Llegó a ser teniente general de Marina, Gran Cruz y comendador de Poyos y Peñales y caballero de Justicia de la Orden de San Juan.

Fue uno de los más destacados generales de la Marina española del siglo XVIII.

A los 30 años estaba en Cartagena de Indias, donde luchó a las órdenes de don Sebastián de Eslava y don Blas de Lezo contra los ingleses, que perdieron en la empresa 9.000 hombres y gran número de navíos.

El almirante inglés Vernon estaba tan seguro de su triunfo que hizo acuñar medallas en que aparecía Blas de Lezo de rodillas entregándole su espada y con la leyenda: «La soberbia española abatida por el almirante Vernon».

Estuvo también en el combate naval de Cabo Lició, en la Provenza, donde Barreda mandaba el navío «Brillante», y donde los barcos españoles, abandonados por sus aliados los franceses, derrotaron a la armada inglesa, teniendo que luchar en proporción de cinco a uno y a corta distancia.

Fueron muchos los combates en que se distinguió este marino montañés.

DON VICENTE ANTONIO DE BEDOYA

Nació en Potes en 1782, hermano de Francisco Manuel. Fue intendente de Hacienda en el Virreinato de Buenos Aires. Sus hijos fueron: Elías de Bedoya, que fue de 1858 a 1860

ministro de la República Argentina, y Vicente, que fue general de la República, muerto en el campo de batalla.

DON PEDRO MANUEL BERNALES
Y DE LA PIEDRA

Nació en Limpías en 1744, en el barrio de la Espina. Emigró a América, donde fue capitán de milicias disciplinarias de la Infantería española en Lima. Tenía su casa solariega en el barrio de Rivero, en Limpías, junto a la ermita de San Miguel. Se cruzó caballero de Santiago en Lima.

DON FÉLIX BUSTAMANTE Y CEBALLOS

Nació en Alceda en 1635. Marchó muy joven a América, a Chile. Fue, progresivamente, comisario general de caballería ligera, comisario general del reino de Chile y gobernador de Arequipa. Ocupaba estos dos últimos cargos cuando, en 1683, se cruzó caballero de la Orden de Alcántara. Casó con doña María de Quevedo.

DON FRANCISCO DE CAGIGAL DE LA VEGA

Nace en Hoz de Aneró en 1691. Muy joven participó en la guerra contra los austriacos y en Marruecos, Cuba y Portugal, dando pruebas de su heroísmo. En sus ascensos llegó a teniente general de los Reales Ejércitos, consejero de S. M. en el Real y Supremo Consejo de Guerra, gobernador de Santiago de Cuba, gobernador y capitán general de la isla y superintendente de la Santa Cruzada en la isla de Cuba, juez conservador de la Real Compañía y virrey, gobernador y capitán general del Reino en Méjico y presidente de la Real Audiencia.

Participó en cinco batallas campales, en cinco reencuentros generales, en once sitios de plazas fuertes y en multitud de asaltos, defensas y otros hechos de armas.

A los 70 años aún tenía valor para desenvainar la espada, dice Escajedo.

Está enterrado en la capilla de la Concepción de Hoz de Anero.

Perteneció a una familia de ilustres militares. Fueron parientes suyos el teniente general de la Armada Felipe Jado Cagigal, héroe de Trafalgar; su tío Arturo de la Vega, que, como su hijo el marqués de la Vega, fue teniente general; su hermano, el marqués de Casa Cagigal, fue también teniente general; don Gaspar de Cagigal, mariscal de campo-comandante general de Castilla; don Pedro y don Manuel fallecieron en campaña; otros dos hermanos del marqués de Casa Cagigal fueron: uno, coronel del regimiento de Asturias, y el otro, capitán de granaderos, muerto en la batalla de Plasencia; don Fernando de Cagigal, capitán de granaderos, luchó en Cuba contra los ingleses; Juan del Pontón Cagigal, que perdió la vida en la brecha del Castillo del Morro, y el teniente Felipe Jado Cagigal.

DON ANGEL VENTURA CALDERÓN

Marqués de Casa Calderón

Nació en San Martín de Toranzo en 1701.

Marchó a Perú; quizás al amparo de su tío, el mercader de Lima Angel Calderón, hace allí fortuna. Fue caballero de Santiago y regente del Tribunal Mayor de Cuentas de Lima, y Felipe V le otorgó, en 1734, el título de marqués de Casa Calderón. Tuvo grandes aficiones literarias y protegió al gran erudito don Pedro Peralta Barnuevo, imprimiendo a su costa su «Historia de España vindicada». (Lima, 1730).

Su casa fue centro de una importante tertulia literaria.

DON JUAN CALDERÓN

Nace en Santander a principios del S. XVI.

Marchó a América, donde hizo fortuna. Testó en 1587 y, entre sus últimas voluntades, deja 3.000 ducados de Castilla para fundar una capellanía en la iglesia de los Cuerpos Santos de la villa y otras para la iglesia de Santa Cruz de Bezana, de donde era su madre, N.^a S.^a de Consolación, de Santander, y N.^a S.^a del Soto, en Toranzo, más otros bienes para obras pías.

Fue corregidor de la ciudad de Panamá.

DON ANGEL CALDERÓN SANTIBÁÑEZ

Nació en San Martín de Toranzo en 1668.

Marchó a Lima, donde se estableció y desde donde en 1699 se cruza caballero de Calatrava.

En 1725 se asoció con su paisano don José de Tagle, que más tarde sería marqués de Casa Tagle, para formar una compañía de corso, con la protección del virrey marqués de Castelfuerte, y combatir a los navíos corsarios holandeses que habían penetrado en el Pacífico. Esta compañía apresó a uno de los navíos holandeses en las proximidades de Coquimbo y a otro frente a Wazca. El tercero fue derrotado en las costas de Chile y pudo huir por el cabo de Hornos.

DON ANTONIO DE CAMPUZANO Y DE LA RIVA HERRERA

Conde de Mansilla

Nació en Cuchía en 1635. Emigró a Guatemala, donde se dedicó a diversos negocios, haciendo fortuna, y donde se casó con doña María de Acevedo. En 1689, por sus servicios, le fue

otorgado el título de conde de Mansilla. Fue señor de la Villa de Cerezos y caballero de Santiago, en cuya Orden ingresó en 1661. Dejó sucesión de su primer matrimonio.

De regreso a España, ya viudo, casó de nuevo con doña Francisca de Velarde, avecindándose en Santander, donde construyó nueva casa.

DON IGNACIO JAVIER DE LA CÁRCOBA Y RUBALCABA

Nació en Liérganes en 1771. Fue contador de la Armada y tuvo diversos cargos en América, donde contrajo matrimonio.

Entre sus hijos, nacidos en Buenos Aires, tuvo a Tiburcio, que ocupó importantes cargos en España, y a Ernesto Celedonio de la Cárcoba, nacido en 1861, que fue notable pintor y fundador y director de la Academia Nacional de Bellas Artes.

SEÑORES CARRACEDO HERMANOS

Naturales de Bárcena de Pie de Concha y benefactores de dicho lugar. A su cargo se reparó la iglesia y se adquirieron objetos de culto y campanas. Igualmente hicieron el alcantarillado de la plaza, traída de aguas, puentes, acometida de aguas al pueblo de Cobejo. Donaron la finca para la construcción de la casa del médico y todos los años subvencionan las fiestas patronales, que se celebran el 4 de septiembre.

DON FRANCISCO DE CARRIEDO Y PEREDO

Nació en Ganzo en 1690.

Pasó a Filipinas, donde se dedicó al comercio entre estas islas y Nueva España. Se le dio título de general, no mi-

litar, sino comercial. Casó en Manila con doña María de Cossío y Miranda, que murió dos años después.

Murió en Manila en 1743. No dejó descendencia.

Fundó y sostuvo a sus expensas la «Obra del agua», en Manila, para el abastecimiento de esta ciudad.

La «Obra de los pobres», especie de asilo, en evitación de «los muchos pecados y ofensas a Dios que se ocasionan por las calles».

Dejó todas sus riquezas para el sostenimiento de estas y otras fundaciones y para la caridad en España y Filipinas.

DON MAMERTO CASANUEVA BLANCO

Nacido en Hoz. Emigró a Méjico, donde hizo cuantiosa fortuna. Construyó las escuelas de niños y niñas de su pueblo natal, así como las viviendas para maestros, y realizó otras obras, por lo que se le concedió el título de Hijo Predilecto del valle de Hoz.

DON MANUEL DEL CASTILLO TAZÓN Y LLATA

Nació en Soto la Marina, barrio de Murillo. Fue teniente coronel y caballero de Calatrava en 1819. Fue primer conde de Samaniego del Castillo, nombrado el 16 de octubre de 1821. Emigró a Méjico, donde casó con doña Catalina de la Canal y Fernández Jáuregui.

DON ENRIQUE DE CEBALLOS Y CEBALLOS

Nació en Vargas el 20 de abril de 1646. Muy joven, y desde Sevilla, embarcó a las Indias. En 1669 era capitán de infantería española en Chile. De allí pasó al Tucumán para sofocar las revueltas de los indios chaco. Más tarde, llegó a capitán de caballos corazas, y ocupó en 1671 el cargo de alcalde de Córdoba del Tucumán. En 1690 se cruzó caballero de Santiago.

DON JOSÉ GREGORIO CEBALLOS EL CABALLERO

De la Casa de Ceballos el Caballero, en Puente Viesgo, hijo de don Ignacio y doña Isabel. Cruzado de Santiago en 1682. Fue oidor en Charcas, gobernador de Guantauelica y más tarde oidor en Lima. Casó con doña María Venancia Dávalos de Rivera Mendoza, hija única del conde de Sta. Ana de las Torres.

DON PEDRO CEBALLOS DE LA SOTA

Indiano del Ayuntamiento de Cieza, construyó a sus expensas las escuelas de Villasuso.

DON RICARDO CERVERA FALLA

Indiano de Anero, que construyó a sus expensas la Casa Concejo de Anero.

Con sus hermanos y otros miembros de la familia Falla construyó la escuela de niñas de Anero y la traida de aguas a dicha escuela.

DON CASIMIRO DEL COLLADO

Nació en Santander en 1821. Oriundo de Liendo. Estudió en el colegio escolapio de Villacarriedo. Muy joven marchó a América, donde logró una desahogada posición.

Fue nombrado académico de número de la Academia Mejicana y correspondiente de la Española, Fue notable poeta, que cantó al Nuevo Mundo y a los viejos solares montañeses. Entre sus composiciones destaca su «Oda a Méjico». Menéndez Pelayo dice que en su segunda época se puso «al nivel de los primeros líricos españoles y encontró acentos propios y vigorosos para toda idea y toda pasión, colores y formas para todo espectáculo de la naturaleza».

DON BENITO CORTINES GUTIÉRREZ

Indiano del valle de Herrerías, hizo a su costa en 1947 y 1959 la plaza de Bielba y la bolera.

DON JOSÉ MARÍA DE COS

Natural de Terán, en el valle de Cabuérniga, nació en 1838. Fue arzobispo de Santiago de Cuba, de donde pasó a encargarse del Arzobispado de Madrid-Alcalá.

DON FRANCISCO DE COSSÍO Y DOSAL

Primo del conde de la Torre de Cossío, y como él natural de Tudanca. Marchó a Méjico, donde en 6 de julio de 1785 ocupó el cargo de alcalde mayor de Hiuchapan. Casó en Méjico, dejando numerosa descendencia.

DON TORIBIO DE COSSÍO GUTIÉRREZ
DE LA CAMPA SERDIO Y COSSÍO

Nació en Cabrojo, Ríonansa. Emigró a Guatemala, donde fue gobernador y capitán general de las provincias de Guatemala. Fue caballero de Calatrava, hijodalgo de Madrid en 1704. El 27 de agosto de 1714 le fue concedido el título de marqués de Torre Campo.

FRAY PEDRO DE LA COTERA

Natural de Comillas. Fue monje benedictino, y en el año 1742 era prior de la Casa de Montserrat en el Perú.

DON FRANCISCO DE LA COTERA SALMÓN

Natural de Gajano, nacido en 1697, emigró a Méjico, donde casó con doña María de Rivas Cacho, hija de otro montañés, don Manuel Rivas Cacho. Nacido en Peña Castillo.

Fue marqués consorte de Rivas-Cacho. Fundó tres capellanías en Gajano, con 270.000 reales a cada una en censos y 75.000 de dotación. Dejó un capital para sostener una escuela de niños.

DON JUAN DE LA CUESTA MERCADILLO

Capitán de guerra y gobernador de varias provincias de Méjico, adonde emigró en abril de 1675, fecha en que da poder antes de su partida a su hermano Francisco para que en su nombre testase. Regresó a América en 1725 y el 17 de junio testa en Liérganes. Edificó el palacio de los Cuestas y junto a él la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, con su correspondiente capellanía, el 4 de abril de 1726. En la escritura de fundación se dice: «Yo, Juan de la Cuesta Mercadillo, gobernador y capitán de guerra que fui de la villa del nombre de Dios «Sombrerete» y sus fronteras en provincias por orden de Nuestro Señor y de los reinos de Indias de Nueva España, vecino que soy del lugar de Liérganes, declaro haber residido en aquellos reinos de Indias por espacio de más de 40 años, en cuyo tiempo dichos empleos ocupé por su majestad y adquirí medios para volver a estos lugares de Liérganes y vivir con decencia».

DON MANUEL CUETO Y VIERNA

Vecino de Meruelo. Emigró a América, donde en 1800 estaba de capitán de Dragones del Fijo de La Habana.

DON JUAN DE LAS CUEVAS

Compañero en la conquista de Nueva España de Cortés, procedía de Carriedo. Era hijo de Alonso de las Cuevas, oidor de Valladolid.

DON RAMÓN DÍEZ GALLO

Indiano natural del Ayuntamiento de Bárcena de Cicero. En 1961 donó 250.000 pesetas para la restauración del Santuario de Nuestra Señora la Bien Aparecida, de Marrón.

DON MANUEL DE ESCALADA Y BUSTILLO

Nació en Castañeda el 16 de mayo de 1704; murió en Buenos Aires en 1774. Emigró en 1745, estableciéndose en Buenos Aires, en cuya ciudad fue regidor del Cabildo. Casó con una chilena, doña Luisa de Sarriá, y dejó numerosa descendencia, que ocupó cargos importantes en la República Argentina. Su hijo, don Antonio José, estuvo en Castañeda en el solar paterno. Fue regidor de Buenos Aires, formó parte de la Junta Suprema en 1815, de la Argentina, y fue presidente de la Junta Directorio Provisional del Estado Argentino, al que perteneció también su hermano Francisco Antonio. En el Cabildo abierto el 16 de febrero de 1820 fue uno de los doce elegidos representando a Buenos Aires. Junto a él estaba otro montañés, don Isidro López de Santiago, lebaniego.

DON JUAN DE ESCALANTE Y CASTAÑEDA

Natural del valle de Toranzo, hijo de don Pedro Hernández de Escalante y doña Maria Castañeda. Embarcó para América el 2 de junio de 1527.

DON JOSÉ DE ESCANDÓN Y DE LA HELGUERA

Nació en Soto la Marina en marzo de 1700. Emigró a América a los 15 años, y cuando se cruzó caballero de Santiago residía en la ciudad de Santiago de Querétaro, donde había ocupado el cargo de sargento mayor de Infantería y Caballería, más tarde coronel y en aquella fecha capitán

general de Sierragorda. Por Real Cédula del 23 de octubre de 1749 le fue concedido el título de conde de Sierragorda por haber pacificado las tribus bárbaras de Sierragorda, situadas a cien leguas de Méjico, reconociendo la costa del suelo mejicano, fundando gran número de poblaciones que tenían, cuando se cruzó caballero de Carlos III su hijo, más de 30.000 habitantes; las principales fueron Nuevo Santander, Camargo, Nueva Reínoza, Soto la Marina, Laredo, Mier, Bustamante, Hocasitas, Renedo, Liencres, Revilla. etc., que fueron más de 50. Falleció este primer conde el 10 de septiembre de 1770. Casó en Querétaro, tuvo varios hijos, extinguiéndose en ellos la rama.

DON PEDRO DE ESCORZA Y ESCALANTE

Nació en Laredo el 7 de enero de 1667. Emigró a Méjico, donde residía en 1706 cuando se cruzó caballero de Santiago. En Méjico fue amparado por su tío, Manuel de Escalante y Mendoza, casado con doña Isabel de la Torre, mujer de gran fortuna.

DON JUAN DE LA ESPINA CAREAGUA

Nació en Ampuero, emigró al Perú. Preceptor general de la Inquisición de Lima. Casó con doña Jerónima Morales Pimentel. Tuvo varios hijos, que nacieron en Lima, donde se cruzaron caballeros de Santiago dos de ellos.

DON LAUREANO FALLA

Indiano de Anero. Fundó, con sus hijos, la escuela de niños, las viviendas para maestros, la traída de aguas y reparó la iglesia.

DON JUAN MANUEL FERNÁNDEZ
DE AGÜEROS

Nació el 21 de febrero de 1772, en Sobrelapeña. Sacerdote, escritor y filósofo, ejerció su ministerio en Buenos Aires. Sabemos de él que se licenció en Teología en 1801 y se doctoró poco después, graduándose también en leyes.

Fue párroco de Nuestra Señora del Buen Viaje, en Cañada de Morón (Buenos Aires) y que en 1823 tomó posesión de la cátedra de Filosofía en la recientemente creada Universidad. En 1839 desempeñó el magisterio en la cátedra de Economía Política, y suprimida ésta al año siguiente se retiró a la vida privada.

Menéndez Pelayo, en su «Antología de poetas hispano-americanos», le atribuye las obras de otro don Juan Manuel Fernández de Agüeros y Echave, cronológicamente imposible. Lo cierto es que las obras de este Agüeros que nos ocupa eran filosóficas, heterodoxas, y le acarrearón serios disgustos. Las más conocidas, quizá, «Disciplinae Philosophicae», «Principios de Ideología elemental, abstractiva y oratoria».

Manuel Castro López publicó, sobre él, «Un heterodoxo español en el primer claustro universitario de Buenos Aires».

DON JUAN FERNÁNDEZ CAMPERO

Marqués del Valle de Tojo

Nació en Abionzo en 1641.

Marchó al Perú, donde se hallaba en 1689 cuando se cruzó caballero de Calatrava. A su llegada estuvo al servicio del conde de Liencres y ocupó algunos corregimientos. Posteriormente se establece en Tucumán, donde hizo fortuna. Por sus servicios le fue otorgado el título de Castilla de marqués del Valle de Tojo.

DON PASCUAL FERNÁNDEZ DE LINARES

Fue fundador de la casona de Tudanca en 1752, y a quien inmortalizó Pereda en su obra «Peñas Arriba». Emigró a América, donde fue corregidor en el Perú, fundó un patronato de legos el 31 de marzo de 1759. Falleció en Tudanca después de 1772, fecha en que ordena su codicilo testamentario ante don Antonio González de Cossío.

DON ANTONIO FERNÁNDEZ PALAZUELOS

Ingresó este montañés en la Compañía de Jesús en 1748, emigrando a Chile, donde estuvo hasta su expulsión, en 1767. Tradujo al castellano importantes obras de escritores italianos.

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE PAREDES

Nació en Fresno. Era capitán en 1695; se cruzó caballero de Santiago, estando entonces vecindado en Lima; casándose con doña Ana Sánchez de Medrano.

DON MANUEL FERNÁNDEZ DE VELARDE

Nació en Cacicedo en junio de 1672. Emigró a Buenos Aires, donde en 1699, cuando se cruzó caballero de Santiago, era sargento mayor y más tarde maestro de campo. Allí casó con doña Felipa de Estebilla.

DON MANUEL DE LA FUENTE Y ROSILLO

Nació en Laredo en 1675. Emigró de joven al Perú, donde estaba en 1697; de allí pasó a Méjico, y en 1723, cuando se cruzó caballero, era capitán de Infantería española.

DON JOSÉ ANTONIO DE LA FUENTE Y TIJERO

Nació en Guarnizo en septiembre de 1737. Emigró a Buenos Aires, donde se estableció, en la segunda mitad del siglo XVIII, y donde casó con doña Dionisia de Souza.

DON SANTIAGO GALAS ARCE

Indiano natural de Ruiloba y residente en Méjico, donde es considerado como una de las primeras firmas industriales del país. Ilustre benefactor de La Montaña, donde ha realizado numerosas obras de carácter social y benéfico, entre ellas la fundación del Preventorio Infantil que en Santander lleva su nombre y el Hogar del Jubilado en el Asilo Hospital de Torre-lavega. Ha entregado importantes donaciones a instituciones como la Casa de Salud Valdecilla, etc. La Diputación Provincial le otorgó en 1967 la Medalla de Plata de la Provincia.

DON JUAN GARCÍA DE LA HUERTA Y DE LA PORTILLA

Nació en San Martín de Vasallos, en Carriedo. Se acercó a Chile en 1700. Fue capitán de las milicias y comisario de Caballería. Contrajo matrimonio dos veces, una en 1707. Testó en 1741. Fue fundador de un linaje de aquellas tierras y le sucedieron importantes personajes.

DON SERVANDO GÓMEZ DE LA CORTINA

Nacido en Cosgaya (Liébana) en 1739. Joven marchó a Méjico, donde reunió una importante fortuna. En 1783 fue nombrado conde de la Cortina y vizconde de San Servando, y diez años después se ordenó Caballero de Santiago.

Construyó a sus expensas la iglesia de Cosgaya.

Sus familiares eran ya indianos establecidos en Méjico, donde había hecho ya fortuna su tío don José Gómez de la Cor-

tina, del que era sucesor, hacienda que don Servando, con gran inteligencia, acrecentó en forma tal, que sólo las donaciones y gastos hechos al servicio de la patria ascendieron a cantidad que, según la «Historia de Méjico», de Alemán, parecía exceder en lo que fuera posible para un particular.

Tan numerosas y cuantiosas fueron las donaciones y los préstamos a la Corona, que Carlos III le otorgó en 1783 el título de conde de la Cortina, relacionando en el Real Despacho sus generosos servicios.

Fue capitán del Regimiento de Milicias Urbanas de Méjico y caballero del Hábito de Santiago. Casó con doña Paz Bárcena, con quien tuvo una hija, que, después de viuda, llevó a Méjico a las hermanas de la Caridad.

Falleció don Servando en Méjico en 1795.

DON VICENTE GÓMEZ DE LA CORTINA

Hijo del anterior, nacido en Salarzón, Liébana, don Vicente construyó a sus expensas la iglesia de Salarzón y el panteón familiar.

Su hijo Joaquín Gómez de la Cortina nació en Méjico en 1808 y fue primer marqués de Morante. Fue eruditísimo y llegó a tener una biblioteca con 80.000 volúmenes, muchos de ellos rarísimos. Colaboró con Raimundo de Miguel en su diccionario latino-español.

Fue rector de la Universidad Central y consejero de Instrucción Pública. Falleció en 1808.

DON FRANCISCO GÓMEZ OTERO Y COSSÍO

Nació en Turieno, Liébana, en 1640. Fue capitán general, virrey y arzobispo de Nueva Granada.

Construyó a sus expensas la capilla que guarda el Lignum Crucis en el Monasterio de Santo Toribio, de su tierra natal.

DON JUAN MANUEL GONZÁLEZ DE COSSÍO
Y DE LA HERRÁN

Primer conde de la Torre de Cossío

Nació en Santotís, valle de Tudanca, en 1728. De donde partió para Méjico, dedicándose a los negocios, llegando a reunir un importantísimo capital que puso siempre, con su vida, al servicio de la patria y del Rey. Entre sus numerosas obras de generosa ayuda pueden citarse: En 1761, la entrega de 15.000 pesos para uniformar a su costa la Compañía de Milicias de Matepec y la de 50.000 pesos y 4.000 cargas de harina para gastos militares. En 1764 prestó a la Real Hacienda 34.000 pesos. En 1778 donó 30.000 pesos y medicinas y alimentos para remediar la epidemia de viruela de San Francisco. En 1783 donó 12.000 pesos para uniformar tropas y 6.000 para reconstrucción de las torres de Veracruz. También donó 50.000 pesos para la capilla de capuchinas de Guadalupe y 10.000 para la del Santo Cristo de Burgos. Sostuvo a su costa la escuela de Tudanca y a su muerte dejó un legado para asegurar su funcionamiento.

Fue maestro de campo de las Compañías de Milicias de Matepec, coronel del Regimiento Provincial de Infantería de Toluca, alcalde de esta ciudad y cónsul del Tribunal del Consulado. Casó con doña Teresa Arias, de la que dejó sucesión.

Fue caballero de Calatrava desde 1767, y en 1773 Carlos III le otorgó el título de conde de la Torre de Cossío y vizconde de San José de Buena Vista.

DON FELIPE GONZÁLEZ HAEDO

Hijo de unos humildes marineros de Santoña, nacido en 1702, dedicándose de niño a la pesca, empezó a servir como grumete de la Marina española, y quizá fuera —como concreta Mateo Escajedo— el marino español que más viajes hiciera al nuevo mundo y en aguas en que los corsarios ingleses eran más temibles que los temporales.

Luchó con ellos en Cartagena de Indias, en El Callao, en Cabo San Vicente y en el sitio de Gibraltar.

Estudió cuanto pudo y fue por sus méritos nombrado jefe de escuadra; de sus merecimientos dio prueba descubriendo y fijando los límites de la isla de David, a la que bautizó con el nombre de San Carlos. Después de 75 años de servicio activo a la patria, falleció en Cádiz a los 90 años de edad, en 1792.

DON DIEGO GONZÁLEZ DE LAMADRID

Nació en Potes en 1529, hizo la carrera eclesiástica y fue nombrado obispo de Badajoz, de cuya sede pasó a ocupar la silla arzobispal de Lima.

DON JUAN DOMINGO GONZÁLEZ DE LA REGUERA

Nació en Comillas el 21 de junio de 1720. Estudió en Salamanca Filosofía y Teología. Emigró a Lima. En 1740 actúa de secretario del arzobispo de Las Charcas, Gregorio Molleda. Posteriormente ocupó la silla episcopal de Mizque, y en 1781 fue nombrado arzobispo de Lima, donde realizó una gran obra.

DON PEDRO GONZÁLEZ DEL RIVERO

Nació en Sovilla en noviembre de 1678. Fue caballero de Santiago en 1730. Entonces residía en Manila, donde había sido sargento mayor de la gente de mar y tierra del puerto de Cavite, alcalde ordinario y regidor de Manila, alcalde mayor, capitán de guerra de la Alcaicería Parien de los Sangleses, castellano de San Gabriel, justicia mayor del puerto de Cavite, superintendente general de las obras y fortificaciones del puerto de Manila, y más tarde primer conde de Monte Castro y de Llanahermosa. Su hermano Francisco también nació en Sovilla en 1681. Fue familiar y notario de la Inquisición.

DON JUAN ANTONIO GUTIÉRREZ DE LA CONCHA Y MAZÓN

Nació en Esles en 1760. Alférez de fragata a los 17 años, mostró su valor en numerosas batallas, hasta morir fusilado en Argentina, en 1810, defendiendo la soberanía española en América. Fue brigadier de Marina y desempeñó los cargos de gobernador e intendente de Córdoba de Tucumán. Casó con doña Petra Irigoyen de Quintana.

DON BARTOLOMÉ GONZÁLEZ DE SANTALLANA Y ALONSO DE LA JARROTA

Nació en Rozas en 1723. Fue capitán de Infantería de la guarnición del Castillo de Valparaíso, así como gobernador interino. Fue caballero de Santiago en 1762.

DON JUAN DE GRIJUELA Y CASTRO

Natural de la villa de Laredo, capitán, que murió en el puerto de El Callao, en Lima. Estuvo a las órdenes de Antonio de Oquendo. Testó en El Callao en 1635, declarando haber servido a S. M. 17 años en la Armada Real del Mar

Océano, desde la plaza de marinero, artillero, condestable, maestre de jarcia y capitán. Hace donación de todo cuanto se le debe, y que apareciera en los libros reales, al convento de San Francisco de Laredo.

DON JOSÉ ANTONIO DE LA GUERRA Y NORIEGA

Nació en Novales en 1779. Fue cadete de los Reales Ejércitos en 1798 y alférez en 1800. Fue enviado a Monterrey, California, en 1804, donde ocupó el cargo de teniente de la compañía de Santa Bárbara; en 1810, habilitado general de California y posteriormente fue trasladado a Méjico. Cuando estalló la revolución de 1810 fue hecho prisionero, logrando escaparse en el año 21; poco después presentó la dimisión de sus cargos, que no le fue aceptada por el Gobierno republicano; fue capitán y comandante después del presidio de Santa Bárbara hasta el 1828, en que, cansado de su agitada vida, se retiró.

DON ISIDRO GUTIÉRREZ DE COSSÍO Y DÍAZ DE LA REDONDA

Conde de San Isidro

Nació en Novales en 1675. Murió en 1752.

Emigró a América. Vivió en Méjico, Panamá y Perú, sirviendo durante doce años como alférez de la Armada del Mar del Sur. Dedicado al comercio, en lo que se distinguió e hizo fortuna, organizó una compañía de soldados para la defensa de Lima de las expediciones inglesas y mantuvo a su costa los cincuenta hombres que la componían. Por ello, el virrey marqués de Castell dos Ríos le nombró capitán de caballería.

En 1713 fue nombrado prior del Consulado de Lima, máximo honor para quien se dedicaba al comercio. En 1719

fue cruzado caballero de la Orden de Alcántara. Fernando VI le agradeció sus servicios otorgándole el título de Castilla de conde de San Isidro en 1750. En 1726, residiendo en Panamá, envió a su pueblo natal, Novales, 4.000 ducados para la fundación de una escuela, así como importantes alhajas para la parroquia.

La campaña de Filipinas y la guerra de la Independencia acabaron con la fortuna de este montañés.

DON LUIS GUTIÉRREZ DOSAL

Indiano de Casamaria (Herrerías). Hizo a su costa las escuelas de Casamaria y reparó la iglesia, y las de Caban-zón y Merodio en los años 1947-48. Falleció en Méjico.

DON JUAN GUTIÉRREZ DE ROZAS

Sobano, natural de San Pedro, emigró a Méjico, de donde regresó a su lugar natal, imprimiendo en Santander, en 1887, una obra titulada «Mis ideas vertidas en familia», en la que recoge diferentes escritos durante su estancia en América, algunos ya publicados en Méjico, como «El caballero de la Gándara» y «Los dos peregrinos de un templo». Con ellos publica una colección de cartas como diálogo entre el espíritu y la pasión.

Como dice Sainz de los Terreros, quien da cuenta de este sobano, su intento fue el de transcribir al papel los recuerdos de su infancia y el deseo de hablar de la patria chica.

DON MIGUEL GUTIÉRREZ SOLANA

Construyó a sus expensas la iglesia parroquial de Arredondo y su torre, que fue inaugurada el 26 de junio de 1860,

costando 750.000 reales de vellón. Donó el edificio del Ayuntamiento, con dos escuelas de niños y dos de niñas y cinco viviendas para maestros y secretario.

DON JUAN GUTIÉRREZ DE LA SOTA
Y DE LA PUENTE

Comisario general del ejército de Chile en los años 1635 al 85.

DON ISIDORO GUTIÉRREZ TEZANOS

Indiano del Ayuntamiento de Cieza. Construyó a sus expensas las escuelas de Villayué.

DON TORIBIO HERNÁNDEZ DE LLOREDA

Nacido en el valle de Cayón. De joven sirvió en casa de un caballero de Burgos, pasando al servicio en la Corte, siendo nombrado hombre de a caballo de S. M. en la villa de Madrid. Después se asentó con el conde de Monterrey, que pasó a ser virrey de Nuevo Méjico y adonde fue con él. De Méjico, por orden de aquél, pasó con las gentes de guerra como capitán de Infantería a Filipinas, donde murió peleando contra los ingleses desde la nao capitana.

Como testigos de su muerte declararon Toribio de la Hossa, clérigo, cura de Santecilde y San Román, del valle de Cayón y su compañero de escuela, Lope de Castañeda quienes dan relación de su asentamiento.

Testó en Manila el 22 de diciembre de 1600, donde declara su origen, dejando una manda para el hospital de Manila de españoles, y otra el de los nativos. Dice que se haga una corona de oro para Nuestra Señora del Rosario del Puerto de Acapulco, como la de Nuestra Señora de Guía. Otra igual para Nuestra Señora del Soto y un ornato con

frontal y palio. Fundó una Capellanía en la iglesia de Sante-cilde de Cayón, dando 300 pesos para gastos en la iglesia y 200 a la capilla.

Manda 100 ducados para que se haga un humilladero en el sitio que llaman la Peña de Alseda, y se den 100 ducados para él.

Deja treinta ducados para que se pague un maestro que enseñe a los muchachos. Doscientos para que se haga una casa para el capellán junto a la iglesia, con aposentos para escuela, y se compre un campo junto a ella para que jueguen los niños.

DON RAMÓN DE HERRERA Y SANCIBRIÁN

Conde de la Mortera

Nació en las cercanías de Santander, en Mortera, en un hogar pobre. En su infancia tuvo que ayudar a sus padres, cargando escajo para las tejeras y haciendo otros análogos trabajos. De joven marcha a América, donde, tras grandes trabajos, logra imponerse con su constancia e inteligencia, llegando a ser uno de los hombres más importantes de la isla de Cuba, donde su casa y su dinero estaban al servicio de todos los españoles. Durante la insurrección cubana puso su flota al servicio de España y sostuvo durante la campaña y a sus expensas 50 hombres, gastándose en sofocar el levantamiento más de 40.000 pesos de oro. En unión de Pedro Sotolongo, regaló a España el casco del cañonero Cuba Española. Cuando le comunicaron que los insurgentes se habían apoderado de su barco Moctezuma, se limitó a contestar que «antes había caído Moctezuma en mano de los españoles», refiriéndose al caudillo mejicano.

Funda en su lugar natal dos escuelas, en Mortera y Liencres, dotándolas con 16.000 duros para el pago de profesores, y construyó la magnífica iglesia de Mortera, que enton-

ces costó 50.000 duros. Le fue concedido el título de conde de la Mortera, comendador de la Orden de Isabel la Católica y, entre otras distinciones, fue recompensado con las Grandes Cruces del Mérito Militar y Mérito Naval.

DON LUIS FERNANDO DE HOYOS

De la Casa de Hoyos de Peñaniellera, fue rector del viejo San Bartolomé de Salamanca, catedrático de regencia de Artes en la Universidad, canónigo chantre y deán de la Metropolitana de Méjico, comisario general de la Cruzada del Arzobispado y gobernador en ausencia del arzobispo don Alonso Núñez de Haro. Fue inquisidor y calificador del Santo Tribunal de Nueva España y más tarde obispo de Mechoacán, ocupando la silla episcopal el 13 de febrero de 1774. Murió en 1776.

DON MIGUEL DE HORMA Y BALBONTÍN

Nació en Cudón. Emigró al Perú, donde fue capitán del Real Ejército, familiar del Santo Oficio de Riobamba en 1711; casó en Riobamba con doña Estefanía de Gárate y testó en 1682.

DON ALFREDO INCERA CASTILLO

Indiano de Cicero. Construyó a sus expensas, en 1916, las escuelas de niños de su pueblo natal.

DON FRANCISCO LASSO DE LA VEGA

Natural de Secadura.

Caballero de Santiago. Gobernador y capitán general de Chile. Presidente de su Real Audiencia. Fue soldado en Flandes,

a las órdenes de Antonio de Spínola, y por sus méritos alcanzó el cargo de capitán general.

Dejó en su testamento quinientos pesos de a ocho para que se compraran paños azules y cordeles y se remitieran al reino de Chile y repartieran entre los indios amigos de Arauco, Lavanié y San Cristóbal; que se dé por vía de limosna veinte pesos de a ocho a cada pueblo de indios de los que concurrieron con regalos a su paso por tierra de la Concepción de Santiago, y deja mil pesos de a ocho reales como donación y gracia al Rey por vía de servicio a S. M. para los gastos de las guerras que contra los enemigos ha de sostener. Funda también obras pías en la Montaña.

DON ANTONIO DE LA LASTRA
CORTÉS DE LA VEGA

Nacido en Arredondo en enero de 1733, murió en Chile, donde testó el 1 de junio de 1798. Marchó a Indias, en donde había estado en 1760 como regidor por el estado noble en la Capitanía General de Chile y poco después alguacil mayor de la Inquisición de aquel reino. Casó en Chile con doña María Candelaria La Sota y del Aguila. Su hijo fue Francisco de la Lastra y de la Sota Cortés de la Vega del Aguila, nació en Santiago de Chile en 1777; de joven, a los 16 años, fue enviado a España, donde cursó los estudios militares, ingresando como guardia marina en la Real Armada Española, en la que sirvió de 1793 a 1807, fecha en que alcanzó la categoría de alférez de navío. En Chile, en 1811, abrazó la causa de la independencia y fue nombrado capitán del ejército y gobernador político militar de Valparaíso. En el año 1814 fue supremo director de Estado chileno para la toma de Arancagua. Cayó prisionero, sin conseguir la libertad hasta después de la batalla de Chacabuco. En 1833 fue consejero del Estado chileno y un año más tarde ministro de la guerra de la República. En 1841 fue ministro de la Cámara de Apelaciones. Dejó una larga descendencia.

DON DIEGO DE LA LASTRA Y CUESTA

Nació en Cubas el 22 de mayo de 1802.

Muy joven marchó a Méjico, a la ciudad de Altamira, donde se avecindó y fundó una poderosa empresa comercial, bajo la denominación comercial Teja Lastra y Compañía, con cuya representación figura en 1823 en la fundación de Santa Ana de Tampico, donde se avecindó después, construyendo sus casas. En 4 de noviembre de 1853 fue nombrado vicecónsul de España en Tampico y en 1860 comendador de la Orden de Carlos III. Contribuyó espléndidamente al alivio de los soldados heridos en las campañas de Africa.

Casó en 1829 en Tampico con doña Ana Borrás y falleció en La Habana el 2 de noviembre de 1861. Testó en la ciudad mejicana de Santa Ana de Tamaulipas, y por segunda vez el 9 de enero de 1850.

DON LUIS ESTEBAN DOMICIANO DE LA LASTRA Y CUESTA

Nacido en Cubas en diciembre de 1803. Fue cardenal y arzobispo de Sevilla, donde falleció el 5 de mayo de 1876. Testó en dicha ciudad el 22 de agosto de 1865. Fue sepultado en 1876, el 9 de mayo, en el panteón del Sagrario de la Metropolitana de Sevilla, y en 1880, el 27 de abril, trasladados sus restos al sepulcro magnífico que construyó para él en Roma, por encargo de sus sobrinos, el escultor Vélver, sepulcro que se conserva en la capilla de Santa Ana en la Catedral sevillana.

DON JULIÁN LASTRA HUMARA

Indiano. Donó en 1930 al pueblo de Adal-Treto (Ayuntamiento de Bárcena de Cicero) un terreno denominado «La Alameda» para la construcción de las escuelas.

DON ALFREDO LAVÍN MAZAS

Indiano de Anero. Realizó a sus expensas diversas obras de restauración en el convento de monjas de Villaverde de Pontones y regaló un órgano para su iglesia.

DON ARTURO LÓPEZ GARCÍA

Fundó en su pueblo natal, Arredondo, la fundación que lleva su nombre, dedicando 250.000 pesetas para distribuir su intereses entre los pobres del Ayuntamiento. Fue instituida el 11 de junio de 1927.

DON ANTONIO LÓPEZ Y LÓPEZ

Marqués de Comillas

Nació en Comillas, en 1817, hijo de modestos labradores. Huérfano de padre, a los 19 años parte a Jerez de la Frontera para trabajar en el comercio de un pariente. Las dificultades le hacen volver al hogar después de tres años. Marcha a la isla de Cuba, donde entra de dependiente en un comercio de La Habana, donde su actividad y beneficios le permiten ya visitar en 1841 su tierra natal. En Cuba se dedicó, a su regreso, a adquirir mercaderías que vendía por las diferentes ciudades, obteniendo buenos beneficios que le permitieron en 1849 formar una sociedad mercante con su hermano, e iniciar una fructífera relación con los comerciantes y armadores paisanos, que enviaban a su consignación harinas y otros productos. Desde Santiago de Cuba, donde se establece permanentemente, y ya con buena posición económica, inicia su negocio como armador, estableciendo una línea desde dicho puerto a La Habana.

En 1853 regresa a España e inicia desde Barcelona una empresa de barcos de vapor entre Barcelona y Marsella. La sociedad lleva el nombre de A. López y Compañía. De sus buques, el «Príncipe Alfonso» es destinado a correo a La Habana.

Después establece la Compañía Trasatlántica, con servicio a Filipinas, construyendo un dique en Cádiz para servicio de la Compañía.

Por sus méritos le fue concedido en 1864 la Gran Cruz de Isabel la Católica y después la de Carlos III, y Alfonso XII le otorgó el título de marqués de Comillas, y en 1881 el de grandeza de España.

Fue presidente de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, de la Compañía Trasatlántica Española, de la Sociedad de Crédito Mercantil y del Banco Hispano Colonial, y vicepresidente de la Compañía de Ferrocarriles del Norte. En diversas ocasiones fue senador del Reino. Fue uno de los hombres de negocios más importantes de su época. Murió el 7 de enero de 1883.

DON CAYETANO LÓPEZ DE LA PEÑA

Nació en el lugar de Santa María, de Soba, donde tenía su casa fuerte. En la primera mitad del S. XVIII y a los treinta años se hallaba de corregidor en el Virreinato del Perú. Por el 1790 estaba retirado en Istepexí, pueblo cercano a Oajaca, Méjico, dedicado a explotaciones mineras.

Prestó importantes servicios a su patria natal.

DON MANUEL LLAMOSA HERRERA

Natural de Bárcena de Cicero. Indiano, donó en 1890 el terreno destinado a ferial y realizó a su costa obras y mobiliario para la iglesia parroquial.

DON JUAN MADRAZO

Indiano. Construyó en 1880 la Electra de Asón para dotar de alumbrado y fuerza a los municipios de Ruesga y Arredondo.

DON JUAN MANUEL DE MANZANEDO

Marqués de Manzanedo

Nace en un hogar pobre, en Santoña. Huérfano de padre, trabaja de niño durante algún tiempo como aprendiz en una herrería. A los dieciséis años marcha a Cuba, donde se emplea en el comercio de un primo suyo, con el que está once años. Se establece y pronto se distingue por su talento para el comercio, que le convierte en uno de los principales comerciantes de la isla. La suerte le acompaña y sus empresas le llevan a viajar por toda América. Es nombrado miembro de la Junta de Fomento Provincial de la isla, del Tribunal de Comercio y del Ayuntamiento.

En el año 1842 anuncia su regreso a España, adonde llegó el 45; pero antes viaja a Londres y París, donde trata con hombres de negocios y banca. Se establece en Madrid, ocupando la presidencia del Centro Ultramarino, y desde la capital dirige y emprende numerosos negocios. A su consignación se recibe todo el tabaco de la isla. Se hace armador y construye en Galicia buques para el servicio de ultramar. Toma parte en la empresa ferroviaria de Santander-Alar y otros. Construye los muelles de Maliaño de Santander y negocia con la Banca Rosschill y banqueros franceses. Hace numerosas donaciones y presta, sin interés y a reintegrarse el último, dos millones para gastos de la guerra de Africa, además de sostener a su costa en dicha campaña ciento seis hombres pertrechados y con sus jefes.

Apoya económicamente la construcción de la dársena de su villa natal, donde funda el Instituto que lleva su nombre y que era de los mejores de su época. Fundó la Asociación Nacional para la Fundación de Hospitales de Niños en Pinto (Madrid). El Rey le concede por sus méritos el título de marqués de Manzanedo y duque de Santoña con grandeza de España. Fue concejal en Madrid, diputado por Laredo y senador del Reino, de nombramiento real. Falleció en 1883.

DON EUSTAQUIO MARTÍNEZ CONDE RUEDA

Indiano de Corvera de Toranzo, inició las obras de la carretera y puente de Corvera-Santiurde en 1906, costeadas también por Francisco Martínez Conde, Francisco González de Collantes y Quintín, Miguel y Guillermo Gómez Martínez Conde.

DON JUAN DE LA MAZA QUIJANO

Natural de Bárcena de Cicero. Emigró a América, donde fue colegial en el Real de San Martín de los Reyes, en el Perú.

Fundó una capellanía en Bárcena a mediados del siglo XVIII.

DON JOSÉ ANTONIO DEL MAZO MUNAR

Natural de Meruelo, emigró a Méjico, donde hizo testamento en 1804, en el que se titula «vecino distinguido de la ciudad de Santa Fe, y Real de Guanajuato, y dignidad del Noble Cuerpo de Minería de ella».

Fundó la «Escuela Patrística de San José» de San Mamés de Meruelo para niños y la «Escuela Patrística para niñas de Nuestra Señora del Rosario», en la que encargaba se dieran siete horas de clase y se enseñara doctrina cristiana, gramática, aritmética y nociones de álgebra y geometría. Encargando se hiciera colección de máximas sacadas de la Biblia y se emplearan para la lectura las obras de Santa Teresa, Saavedra y Fajardo y Solís.

Fundó un mayorazgo y dio 15.000 reales vellón para redimir censos y cargas que pesaban sobre el pueblo.

DON ANTONIO DE MENDOZA

Primer virrey de Méjico

Fue comendador de Socuéllos, trece de Santiago, caballero de Santiago, hijo del segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar, don Iñigo López de Mendoza, hermano del famoso don Bernardino, capitán general de las galeras de España, y del gran escritor don Diego Hurtado de Mendoza. Se había casado con doña Catalina de Carbajal, dama de Isabel la Católica.

En su virreinato se enfrentó con la sublevación de los indios de Nueva Galicia, 1538, con el cacique Coaxicari. Los españoles en Guadalajara (ciudad) solicitaron ayuda de Méjico y acudió el adelantado de Guatemala, don Pedro de Alvarado, que entró en Guadalajara el 12 de junio de 1541, y en la que murió Alvarado despeñado por su caballo.

El virrey tuvo que acudir y combatir en el valle de Coinaná. Después emprende exploraciones al Reino de Quirivía, situado en la actual Kansas; mejoró las fortificaciones de Méjico, las comunicaciones, llevó plantas y animales aclimatados, levantó fortalezas y fomentó los matrimonios, fundó un colegio en Santiago de Tlatlelolco para Padres Franciscanos, en 1545; en la epidemia de peste demostró su espíritu caritativo, ganando y mereciendo el título de Padre de los Pobres. En 1550 fue nombrado virrey del Perú, fundándose durante su tiempo la Universidad de San Marcos, de Lima. Falleció 1552.

DON FRANCISCO DE MIER Y TORRE

Natural de Liérganes. Fue capitán general del nuevo Reino de León, en Nueva España. Fundó a mediados del siglo XVIII una capellanía en la ermita La Blanca de Liérganes, dotándola con 48.000 reales de capital.

DON GREGORIO MOLLEDA

Montañés, que en la primera mitad del siglo XVIII ocupó la silla arzobispal de Las Charcas, en el Perú.

DON CELEDONIO MOYA PARDO

Natural del Ayuntamiento de Castañeda. Construyó a sus expensas el grupo escolar del pueblo de Socobio, inaugurándose el 3 de marzo de 1923.

DON AGUSTÍN DE OBREGÓN Y DE LA PUEBLA

Nació en Llerana de Carriedo. Emigrante a Indias, se casó en Villa León, Méjico, con doña Antonia Delgado. Su nieto, Antonio de Obregón y Alcocer, nacido en Guanajuato, fue caballero de Carlos III en 1787 y primer conde de la Valenciana, título otorgado el 20 de marzo de 1780. Este fue el hombre más rico de Méjico y, quizá, del mundo de su época. Se dedicó a la minería, y la enorme fortuna que reunió se la proporcionó la famosa mina La Valenciana de Guanajuato. Esta mina la empezó a explotar en 1760, agotando en ella todo su capital durante los seis años en los que no le dio rendimiento alguno. En 1768 empezó a sacar cantidades de plata, y a poco se hizo la mina más productiva del mundo. Su importancia era tal que sólo por impuestos de la mina pagó cuatro millones de pesos. El barón de Humboldt decía, en su ensayo histórico sobre la Nueva España, que el dinero que producen las famosas minas de La Valenciana y San Juan de Rayas fue tanto que inundó la tierra, dando universal celebridad a las vetas de donde saliera y obligando a los audaces, por la codicia, a que vinieran a explotar y conocer la más rica nación del mundo.

DON FRANCISCO DE OBREGÓN Y DE LA PUENTE

Nació en Sierrapando en el año 1641. De niño marchó a Cádiz a casa de su tío, el capitán don Juan de la Puente, y después pasó al servicio del duque de Veragua cuando éste fue virrey de Méjico. Don Francisco marchó con él a Méjico, y poco después de fallecer el duque volvió a España. Se cruzó en el año 1681 caballero de Santiago.

DON SIXTO ORTIZ

Indiano, natural de Arredondo. En 1945 crea la fundación que lleva su nombre, donando para ella la cantidad de 750.000 pesetas. Fundación hoy destinada a colegio de Segunda Enseñanza de Arredondo.

DON JUAN ORTIZ DE MATIENZO

En una declaración dice que es vecino de Pánuco. Es natural de las montañas, hijo de don Diego Bárcena y doña Isabel de Matienzo, que hacía diecinueve años que pasó a esta Nueva España a servir a Su Majestad en la conquista de los valles de Oxitipa, y fue con el marqués a la isla donde perdió un ojo, en que tuvo en encomienda el pueblo de Xaltepec; y que es casado y tuvo en su poder cuatro hijos del primer marido y de su mujer, con la cual ovo los indios que al presente tiene.

DON TOMÁS ORTIZ MIER

Indiano de Soba. Construyó las escuelas de Revilla de Soba y la carretera que conduce al barrio de Helguero.

DON FRANCISCO ORTIZ DE LA PEÑA

De la Casa solariega de La Busta, de Soba. Emigró a Méjico.

De esta Casa fueron los capitanes don José y don Mariano Ortiz de la Peña, que combatieron valerosamente durante la guerra de la Independencia, defendiendo Iguala y Tierra Caliente, en Méjico, en la segunda decena del siglo XIX.

DON DOMINGO ORTIZ DE ROZAS
Y GARCÍA DE VILLASUSO

Primer conde de Poblaciones. Nació en Rozas, donde fue bautizado el 21 de noviembre de 1683. Fue caballero del hábito de Santiago y del Consejo de S. M. Marchó a Chile. En 1737 era brigadier de los Reales Ejércitos. Fue gobernador y capitán general del Reino, presidente de la Real Audiencia y capitán general de las provincias de Río de la Plata. En 13 de abril de 1747 se le nombró teniente general. Dejó recuerdo de su gobierno fundando numerosas poblaciones. Por ello, Fernando VI le concedió el título de conde de Poblaciones en diciembre de 1754. Tuvo un hijo, Ignacio Javier, también caballero de Santiago.

Descendiente del conde fue don Juan Manuel Rosas (Rozas), nacido en Buenos Aires en 1793, que fue presidente dictatorial de la República Argentina.

DON MANUEL ANTONIO PAINO
DE BUSTAMANTE

Nació en Entrambasrestas en 1718. Emigró a Méjico, y en 1764 era regidor del Capítulo de Jueces, inspector del Cabildo de la ciudad de la Purísima Concepción de Selaya. Su hermano, don Francisco Antonio Paino de Bustamante, nacido también en Entrambasrestas en 1732, era en el año 1764 sargento mayor de las islas de Celaya, en Méjico. Ambos dejaron allí ilustre descendencia.

DON FERNANDO DE PALACIO Y DEL COLLADO

Fue cura de Limpias y arcedianiano de Las Charcas en América. Falleció en Valladolid. La estatua yacente, con hábitos corales, labrada en alabastro, se halla en la capilla del Apóstol Santiago en la iglesia parroquial de Limpias, donde ejercía su ministerio.

DON JUAN DE PALACIO Y GUTIÉRREZ
DE HELGUERA

Nació en Liendo en 1603. Emigrante a Indias, donde fue soldado. En 1651 había ascendido a capitán; en esta fecha se cruzó caballero de Santiago, puesto que aun cuando le habian concedido el hábito seis años antes, hasta entonces no hizo las pruebas por no tener dinero, empleando en ello los sueldos que le pagaron en 1651 por su cargo en la milicia.

DON JOSÉ DE PALACIO Y VILLEGAS

Nació en Limpias. Emigró al Perú, recorriendo todo el país solicitando limosnas para la reconstrucción del Santuario de la Bien Aparecida, en Marrón. Falleció en Cuzco en el año 1704.

DON JOSÉ ANTONIO DE PANDO DE LA RIVA
Y FERNÁNDEZ DE LIENGRES

Nació en Selaya en 1785. Era caballero de Carlos III, primer administrador de Correos en el Perú y primer conde de Casa Pando. Casó con doña Teresa Ramírez de Laredo y Escalada; tuvieron por hijo a don José María Pando de la Riva y Ramírez de Laredo, que fue ministro de Estado español en 1822 y 23 y varias veces diputado. Fue ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores en el Perú independiente. Fue director del Segundo Mercurio Peruano, autor de unos

pensamientos sobre moral y política, que publicó en Cádiz en 1837, y fue apreciable poeta, autor de la «Epístola a Próspero», publicada en Linia en 1826. Fue uno de los fundadores del primitivo partido conservador del Perú.

DON JOSÉ ANTONIO DE LA PEDREGUERA
Y OBREGÓN

Nació en Santa María de Cayón en abril de 1768. Emigró a Méjico, donde fue coronel de las milicias provinciales de Jalapa, en Puebla de los Angeles, donde casó con doña María Josefa de Morales y Ayala. Su hijo, don José Manuel de la Pedreguera y Morales, nació en Jalapa, fue guardia de corps, caballero de Alcántara en 1804, leal y heroico defensor de Madrid y fue consejero de Estado, etc.

DON JUAN ANTONIO DE LA PEDROSA

Trasmerano. Fallecido en 1739, fue enterrado en el convento de San Francisco de Santander. Estuvo por dos veces en América y fue administrador de las islas Canarias.

Fundó una escuela en Nuestra Señora de Latas para los niños del Concejo de Somio y Loredó, dotándola con 43.000 reales.

Además fundó un estudio de gramática, que debía establecerse en la ermita de San Ibón, para que estudiaran jóvenes de Somio, Loredó, Suesa, Castanedo, Carriazo, Galizano y Langre, con un preceptor designado por oposición.

DON RAMÓN PELAYO DE LA TORRIENTE

Marqués de Valdecilla

Nació en Valdecilla el 24 de octubre de 1850, falleciendo en el mismo pueblo el 26 de marzo de 1932. Emigró a Cuba a los 14 años, donde con gran trabajo, realizado con

enorme talento, llegó a reunir una cuantiosa fortuna, que la gastó a manos llenas en obras de enseñanza, de educación y de cultura, invirtiendo en ellas más de treinta millones de pesetas.

Entre otras obras hizo las escuelas de Valdecilla, Orejo, Elechas, Setién, Pontejos, Santiago de Heras y San Salvador, y cooperó con importantes donativos para las de Puente Viesgo, Mentero, Asón, Ramales, Lastras, Barruelo, Penagos, Carriazo, Tresviso, Cabárceno, Navajeda, Praves, Miera, Pesaguero, Barreda, Caloca y Hazas. Construyó las viviendas para maestros de Valdecilla, Orejo, Elechas y Setién, y las traídas de aguas de Valdecilla, Solares, Heras, Orejo y Pontejos. Hizo carreteras como la de Solares a Liérganes, San Vitores a Anaz, La Calvita a Santiago de Heras. Construyó las casas-cuarteles de la Guardia Civil de Valdecilla y Liérganes. Creó una mutualidad escolar en Valdecilla y comedor-cantina escolar, un mercado en Solares, reparó iglesias y costeó la conservación de los caminos y edificios por él relizados.

Su obra principal fue la Casa de Salud Valdecilla, que en su tiempo era una de las más importantes y adelantadas de Europa.

Por concesión real fue grande de España y marqués de Valdecilla.

DON ROQUE DE LA PEÑA

Nacido en Cañedo, de Soba, fue coronel de las milicias disciplinarias de Méjico antes de la independencia. Fundó y dotó una escuela de primera enseñanza en Cañedo.

DON FRANCISCO DE LA PEÑA Y SALCINES

Nació en Muriedas en 1640. Se cruzó caballero de Calatrava en 1688. Emigró a Méjico llamado por su tío, don Juan

Salcines y Sancifrián, a quien heredó. Casó con doña Josefa de la Rueda. Logró reunir una gran fortuna en haciendas y ganado.

DON JUAN ANTONIO DE PEREDO Y RASINES

Hijo de don Angel de Peredo y Villa, nació en Quevedo en 1642, emigrando a Lima a los 20 años, trasladándose a Chile con una compañía de soldados peruanos para participar en la guerra que su padre mantenía contra los lerujanos. Fue caballero de Calatrava en 1659.

DON ANGEL DE PEREDO Y VILLA

Nació en Quevedo en 1623. Fue hermano de fray Diego de Peredo, prior del Monasterio de Monte Corbán y uno de los hijos más ilustres de la Orden de Jerónimos. Casó en 1641 con doña Antonia de Urrutia, de la que al año siguiente tuvo un hijo, don Angel, y al siguiente año marchó, dedicándose a la vida de milicia y sin volver a regresar a su casa. Peredo sentó plaza en el ejército de Cataluña en 1643, haciendo todas las campañas de su tiempo en la península contra los catalanes y portugueses. Fue capitán de Caballos Corazas, cargo que desempeñó durante diez años, participando en cien combates. En 1660 fue gobernador de Jaén de Brajamoros, en el Perú, y a poco de llegar allí, en 1661, fue nombrado capitán general y gobernador de Chile, en circunstancias difíciles por las insurrecciones de los indios, desempeñando este cargo desde el 22 de mayo de 1662 hasta 1668, en que le dieron un gobierno en el Perú, y al poco tiempo gobernador de Tucumán. Falleció en Córdoba de Tucumán en 1677, a los 54 años de edad.

Sobre él existía un manuscrito, que conoció Escajedo, que se titulaba «De las virtudes en grado heroico de Peredo, el militar que de soldado raso llegó a los primeros puestos de la milicia».

DON ANGEL FRANCISCO PÉREZ

Natural de Meruelo. En 24 de enero de 1801 juró el cargo de teniente de Dragones del Fijo de La Habana, a las órdenes de su paisano el capitán Cueto.

DON DOMINGO PÉREZ INCLÁN
Y GUTIÉRREZ DE CAVIEDES

Nació en Viesgo en 1671. Emigró al Perú, donde regentó varios gobiernos. Se cruzó caballero de Calatrava en 1728, fecha en que estaba en América.

DON GONZALO PÉREZ DE LA MAZA

Natural y señor de Ogarrio y fundador de ilustres linajes en el Perú. Fue padrino y protector de la niña nacida en Lima que la Iglesia conoce por Santa Rosa de Lima, primera santa que dio América, y fue en su casa donde después encontró amparo y murió Santa Rosa.

DON JERÓNIMO PÉREZ SAINZ DE LA MAZA

Indiano natural de Soba, que edificó a sus expensas la Casa Consistorial y el colegio de San Pedro de Soba, las escuelas de Veguilla y las de Asón.

DON FRANCISCO ANTONIO PÉREZ DE SOÑANES

Conde de la Contramina

Nació en La Abadilla de Cayón en 1741.

Marchó a Méjico en 1778, donde fue corregidor de Moravatio, Xacona y Zamura y teniente alcalde mayor de Estaquaco.

En viaje de regreso a España, al hacer escala en Cuba, oyó hablar de un fracasado intento de encontrar minas de plata en Méjico y, conociendo el lugar y pensando en la posibilidad de hacer él un intento, regresó a Méjico, donde dio con los yacimientos que en pocos años le permitieron tener una de las fortunas más impresionantes de Nueva España.

Espléndido y patriota, dedicó parte de su capital a obras diversas que le hicieron merecedor del título de conde de la Contramina, que le otorgó Carlos IV en 1793.

Casó dos veces, la primera con doña Clara Campero y Esles, de Abionzo, de la que dejó sucesión.

Murió en el año 1799.

DON IGNACIO PÉREZ DE SOTO

Nació en Ajo (Soba) en el último tercio de S. XVIII.

Pasó su juventud en Panamá, trasladándose a Madrid, donde estableció una casa de Banca. Casó con una señorita de los Santos Regate, y Toba, de Soba y Ruesga, respectivamente, y murió en Madrid en 1859.

En Soba, por las muchas obras piadosas que hicieron, son considerados como principales bienhechores, según Saiz de los Terreros.

DON JUAN MANUEL PÉREZ DE TAGLE Y GÓMEZ DE LA SIERRA

Marqués de Salinas

Nació en Villapresente. Marchó a Filipinas, donde, en 1718, estaba de alférez de Infantería española. En 1719 era capitán de Mar y Guerra de la nao capitana Nuestra Señora del Carmen, en servicio desde Filipinas a Lima, siendo nombrado en este mismo año gobernador y justicia mayor de la

Alcaicería de Pariam; más tarde alcaide y castellano de San Gabriel y su frontera. En 1720, sargento mayor y gobernador del tercio y ejército de dichas islas, y después, y hasta el 13 de mayo de 1733, gobernador de Manila.

Sostuvo a su costa numerosos hombres de armas y dio cuantiosos donativos a Manila. Por sus hechos de armas y servicios, Felipe V, en 20 de octubre de 1733, le otorgó el título de marqués de Salinas.

DON JUAN DE LA PEZONA Y CEBALLOS

Hijo del primer marqués de Viluma. Nació en Lima en 1810. Fue capitán de Caballería a los 19 años; al terminar la guerra carlista era general y conde de Chestre, por la derrota que causó a las huestes de don Carlos en la inmediación de Chestre. Fue mariscal de campo en 1843, teniente general en el 46 y capitán general en 1867. Fue académico de la Española y durante años presidente de ésta.

DON JUAN MANUEL DE LA PEZONA Y MUÑOZ DE ISLA

Nació en Entrambasaguas en 1733. Era caballero de Santiago en 1755 y alférez del regimiento de Guardia de Infantería española, ascendiendo a teniente general. Casó con doña María Sánchez de Capay. Su hijo, Joaquín de la Pezona y Sánchez Capay, nació en 1761; estuvo en el asedio de Gibraltar en 1783 y en las campañas de Guipúzcoa y Navarra contra los franceses en 1793. Coronel de Artillería, marchó al Perú en 1805. Fue brigadier en 1811, y en 1813 asumió el mando de la fuerza del Alto Perú, venciendo al ejército argentino de Belgrano, en Vilacampujio y en Allohuma, ascendiendo a mariscal de campo. En 1815 derrotó nuevamente en Viluma a los argentinos y recuperó Cochabamba, Cochisaca y Potosí. Al año siguiente fue ascendido a teniente general, encar-

gándose del gobierno del Perú, y dejó el Virreinato el 29 de enero de 1821. Fue designado primer marqués de Viluma y tuvo once hijos, entre ellos Joaquín y Martín: el primero, capitán de Artillería, y el segundo, teniente de Caballería, que murieron en campaña. Don Juan Manuel, que fue caballero de Calatrava, comendador general de Aragón, capitán de Artillería, que fue el segundo marqués. Una de sus hijas, doña Carmen, casó en Lima con don Rafael Ceballos Escalera, coronel del Regimiento de Cantabria, Regimiento en que servían otros dos hermanos, el teniente Ceballos de Escalera, que en 1819 contribuyó a la pacificación de la provincia de Huaraz, y otro, que fue teniente coronel y subdelegado en Canta. Don Rafael llegó a teniente general y luchó en la guerra carlista, muriendo gloriosamente en Miranda de Ebro.

DON FLORENTINO PINO PASCUA

Indiano de Oreña, emigrado a Méjico. Costeó el monumento a Cristo Rey erigido en «Cueto Santo», en Oreña, en diciembre de 1964.

FRAY JUAN DE POLANCO

De la Casa de Polanco y Santillana. Fue procurador de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas y electo obispo de Nueva Cáceres. Profesó en la Orden de Santo Domingo en San Pablo de Valladolid, fue colegial y profesor de Teología en San Gregorio, pasó a Filipinas en 1654 y aprendió las lenguas indígenas; pasó a China, donde estuvo tres años y donde padeció persecución estando preso en varias ocasiones. Estuvo en Roma y Méjico y fue uno de los hombres que viajara más en su tiempo.

DON LUIS DEL POMAR Y DE LA CUESTA

Nacido en 1778 en Arnauero. Marchó a Chile a principios del siglo XIX y fue oficial de milicia de Infantería de Valparaíso, 1807. Casó en dicha ciudad con doña Isidra Bár-

bara de Monterola en 1809, hija del dueño de la hacienda de Viña del Mar. Fue dueño de las haciendas de Oroza, cerca de Casa Blanca.

DON ANTONIO DEL POMAR Y PÉREZ
DE LA CANAL

Casado con doña Manuela de la Gaviria. Marchó al Perú, donde vivió hasta 1881, fecha en que debió fallecer.

Otra familia peruana de apellido Pomar la fundó don Antonio Luis de Pomar y de la Canal. Su hijo fue Manuel de Pomar, que ocupó el cargo de ministro de Justicia en la administración de Pardo. Casó con doña María Salaverry de la Flor, hija del general Salaverry, presidente del Perú.

DON JOSÉ DE LA PORTILLA

Natural de Vejeorís de Toranzo. Sirvió desde 1781 a 1787 la Secretaría general del Virreinato del Perú; en ella acumuló la Auditoria de Guerra y la Asesoría General, que ejercía desde 1781. Empleó su influencia en salvar de persecuciones a los discípulos de los enciclopedistas amigos suyos, entre ellos a fray Diego Cisneros, llamado en Lima el padre Jerónimo. Propagador de todo género de heterodoxas teorías. Al decir de Mateo Escajedo Salmón, fue nombrado Portilla oidor de Lima y fue primer presidente de la recién creada Audiencia cuzqueña. Tuvo el mando político interino de la provincia hasta 1791 y continuó como regente judicial hasta 1800, en que murió.

DON JUAN DE LA PORTILLA Y AGÜERO

Emigrante a Potosí, donde perteneció al grupo literario Alto Peruano de Charcas. Fue natural de Vejeorís de Toranzo. La poetisa anónima en la introducción al Parnaso

Antártico lo cita elogiosamente. Puede verse una composición suya en el libro «Defensa de Danias» en octava rima de Diego Davalos y Figueroa, inserta en los preliminares, impreso en Lima en el año 1603.

DON LORENZO DE LA PUENTE Y DE LA CALERA

Natural de Trucíos, nacido en 1664. Emigrante a Lima, donde residía en 1713, año en que se cruzó caballero de la Orden de Alcántara. Fue colegial mayor del arzobispo de Salamanca, fiscal y oidor en Lima, donde casó con doña María Antonia de Castro, tercera marquesa de Villa Fuerte. Era muy aficionado a la poesía y mantuvo en Lima una academia literaria al mismo tiempo de la del marqués de Casa Calderón y Peralta. Dejó numerosa descendencia.

DON JOSÉ DE LA PUENTE Y PEÑA

Marqués de Villapresente de la Peña

Nació en Muriedas el 21 de marzo de 1660.

Fue caballero de Santiago en 1696 y primer marqués de Villapresente de la Peña. Marchó a California, donde reunió cuantiosa fortuna, siendo tenido por el más insigne de los bienhechores que contribuyeron a su colonización. En el año 1720 había fundado nueve misiones y gastado en ellas más de 167.000 pesos.

Entre las muchas obras en que empleó su hacienda pueden citarse: La iglesia de Muriedas. Gastó en Africa grandes sumas para redención de cautivos y fundó en Argel un hospicio de franciscanos. En América redimió innumerables cautivos y gastó más de cien mil pesos en atender misioneros e iglesias. En Macao fundó una casa cuna de misericordia. En la India edificó la iglesia de Pondicchievi. En Jerusalén envió gran cantidad de dinero para seguridad y adorno de los San-

tos Lugares, y para análogos fines remitió crecidas sumas a los Reinos de Travancor, Ternate, Maduré, Cormanchel, etc.

En América gasta más de ochenta mil pesos en la construcción del convento iglesia franciscana de San José Tacubaya. En la Pimeria fundó las misiones de Busanie y Sonoydad. Contribuyó con 10.000 pesos en la fundación del colegio de Caracas, con más de 10.000 en el de La Habana, con cantidad análoga en una casa de ejercicios en Méjico y con otras para misiones de Mayarit, Moqui y Nuevo Méjico.

Costeó las informaciones para la beatificación del venerable Luis de la Puente. Reedificó y dotó el colegio de jesuitas de Santander. Fabricó el colegio e iglesia de Manresa e inició la fundación del colegio de misioneros en el castillo de Javier, Navarra.

Sirvió a Felipe V manteniendo a su costa quinientos sesenta hombres armados por más de año y medio, por cuyo servicio el Monarca le ofreció el Virreinato de Méjico, que Villapresente rehusó.

En sus últimos años peregrinó, vestido de grueso paño, desde Méjico a la casa de Nazaret y ciudad de Loreto. Partió para Roma y en la casa jesuítica hizo ejercicios. De regreso a España ofreció preseas importantes al templo e imagen de Nuestra Señora del Pilar, y en Madrid se quedó en el colegio de jesuitas, donde, después de dar cuanto llevaba de limosna, pidió ser admitido en la Compañía, haciendo los votos religiosos.

DON FELIPE DE LA PUENTE Y DE LA RIGADA

Nacido en Agüera en 1612. Emigró a América, donde en 1652, fecha en que se cruza caballero de Alcántara, estaba de contador mayor del Tribunal de Cuentas en Lima, en cuya ciudad falleció el 2 de julio de 1677.

DON JUAN DE QUEVEDO Y DE LA PORTILLA

Primo de Ruy Díaz de la Portilla y Quevedo, fue primer obispo de Santa María La Antigua, hoy Panamá.

DON JUAN DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Tío de don Francisco de Quevedo y Villegas. Era natural de Vejeris. A mediados del siglo XVII marchó a Indias, donde se estableció. Casó en Coro con doña Catalina Manzanedo y tuvo varios hijos. Uno de ellos, Agustín de Quevedo y Villegas, casó con doña Beatriz Bracho Barrada, de apellidos netamente montañeses, de la que tuvo a Agustín de Quevedo y Villegas, franciscano, doctor en Teología, que fue definidor de su provincia, censor del Obispado de Caracas y del Arzobispado de Santo Domingo. Imprimió en Madrid de 1752 a 1756, «Comentarios a los Libros de las Sentencias», de Escol, en cuatro tomos, con título de «Opera Teológica». El primer tomo se lo dedicó a su hermano, el doctor don Antonio de Quevedo y Villegas, abogado de la Audiencia de Santo Domingo, censor de sus Arzobispados, canónigo magistral de aquella Catedral y comisario de la Cruzada. El segundo, al sargento mayor don Juan de la Colina y Peredo, también de origen montañés, alcalde de la ciudad de Coro, familiar del Santo Oficio y teniente gobernador de dicha ciudad de Coro, en la provincia de Venezuela, en las Indias Occidentales. Este señor, el más acaudalado de su época en aquella región, era hijo de un hidalgo, también montañés, que llegó a Coro durante el último cuarto del siglo XVII. El tercero está dedicado a Sainz Matías de Velasco y a don Alejandro Antonio de Quevedo y Villegas, cuñado del autor, regidor perpetuo y alcalde ordinario de Coro, casado con doña Rosa Quevedo, hermana del doctor, viuda de don Diego de Laguna. El cuarto le dedicó a su hermano don Juan de Quevedo y Villegas, secretario de Cámara de la Real Audiencia y Chancillería de Santo Domingo, en las Indias Occidentales. De esta misma

familia fue también José Liberto García y Quevedo, nacido en Coro en la segunda década del siglo XIX, que fue uno de los más populares escritores venezolanos de su época.

DON GASPAR DE QUILIANO VELARDE Y CEBALLOS

Conde de Torre Velarde

Nació en Somahoz, valle de Buelna, en 1713.

Emigró a Perú, estableciéndose como comerciante en Lima, donde logró una importantísima fortuna y gozó de gran prestigio, siendo nombrado en 1747 alcalde de la ciudad de Lima, donde vivía con ostentoso rumbo. En el Museo Nacional de Perú se conserva la carroza dorada de gala que usaba este montañés.

Sirvió a España en 1739 con el grado de capitán de mar y guerra de la Armada, cargo que desempeñó sin sueldo y gastando a su costa más de ochenta mil pesos en carenar el barco en que servía. Le fue concedido el título de conde de Torre Velarde en 1744, contribuyendo con veinte mil pesos para tal concesión.

En el año 1749 recibe la merced del hábito de Caballería en Calatrava.

Casó don doña Josefina Tagle Bracho, hija del marqués de Torre Tagle, de la que tuvo dos hijos.

DON DIEGO DE REBOLLAR

Indiano. Fundó una escuela de niños para los pueblos de Ornedo y Riaño a fines del siglo XVIII.

DON VICENTE RIAÑO

Indiano de Camijanes, que en unión de sus hermanos hizo la escuela y traída de aguas de su pueblo natal.

DON ANTONIO DE RIAÑO Y DE LA BÁRCENA

Nació en Liérganes en 1757. Marchó a Méjico, donde era coronel de los Reales Ejércitos, residente en Guanajuato en 1797, fecha en que se cruzó caballero de Calatrava. Su hijo, el intendente Riaño, fue un militar que defendió valerosamente la bandera española cuando las tropas de Hidalgo atacaron a Guanajuato.

DON JUAN BAUTISTA DE LA RIGADA

Natural de Anero. Ingresó de joven en el ejército, participando en las luchas de Galicia y Flandes, donde fue maestro de campo de Infantería española. Emigró a América, donde ocupó varios cargos de gobierno en diversas regiones.

Se cruzó caballero de Santiago en 1688, estando en El Callao de general gobernador, y desde el Perú se ofrece a la Merindad de Trasmiera, de donde fue anteriormente, en 1681, diputado.

DON JUAN DEL RÍO

Natural de Heras.

Familiar del Santo Oficio de la Inquisición, vecino que fue de las minas de Pachuca, en Nueva España, testó en 1620, dejando bienes y fundaciones a las iglesias de Socabarga y San Miguel de Heras. Manda comprar 100 ducados de renta perpetua para enseñar e industrial un estudiante, deudo suyo más cercano, en la Facultad de Cánones y Leyes.

DON FERNANDO DE LA RIVA AGÜERO

Nacido y descendiente de la famosa Casa Riva Agüero, de Gajano.

Fue este ilustre montañés caballero de la Orden de Santiago, capitán general de Panamá en el siglo XVII, maestro de campo, capitán general de la isla de Puerto Rico, de donde fue trasladado, con el mismo cargo y como gobernador, a Cartagena de Indias.

En Cartagena de Indias reedificó la plaza y fortaleza de San Juan de Puerto Rico, sin que pasara costo a la Real Hacienda, y poniendo junto a las armas reales las de su casa, que después fueron quitadas. Su sucesor en Puerto Rico, don Diego de Aguilera y Gamboa, intentó desprestigiarle denunciando sus acciones, estando él de gobernador y capitán general de Tierra Firme, lo que dio oportunidad a Riva Agüero para escribir dos interesantes folletos en su defensa, que contienen curiosísimas noticias históricas. El Consejo de Indias absolvió a Riva Agüero con todos los pronunciamientos a su favor. Estuvo casado con doña Antonia de la Riva Herrera. Falleció sin sucesión en 1663.

En la capilla de la Casa Riva Agüero hay un nicho sepulcral con lápida que dice «Aquí yace el maestro de campo don Fernando de la Riva Agüero, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad, presidente y gobernador y capitán general que fue del Reino de tierra firme en Indias. Murió el 30 de noviembre del año 1663».

DON MARTÍN DE LA RIVA HERRERA Y DE LA RIVA

Nacido en Gajano en 1616. Marchó, huérfano de padre; de temprana edad se alistó en el ejército, asistiendo a la batalla del Rosellón. En 1642 era capitán, cruzándose caballero de Santiago, fue maestro de campo; después, en América, fue corregidor de Gajamarca, en el Perú. A mediados del siglo XVII, después de servir en este cargo algunos años, obtuvo el descubrimiento y conquista de las regiones de Mainas y Eldorado. Descubrió los ríos Santiago Morona,

Napo y Pastafa. Fundó, entre otras, las ciudades de Lamas, Ambazas, Santiago de las Montañas y Santander de Nueva Montaña. Después de largos pleitos con los jesuitas abandonó esta conquista, y en compensación por sus gastos le dieron el Corregimiento de la ciudad de Cuzco.

DON ANTONIO DE LA RIVA Y DEL MAZO

Nació en Renedo. En 1765 era arzobispo de Santa Fe de Bogotá, en el Reino de Nueva Granada.

DON FRANCISCO ANTONIO DE LA RIVA Y DEL MAZO

Nacido en Renedo. Fue colegial mayor de San Bartolomé de Salamanca en 1753, doctoral de Coria en 1754, y en 1765 fue designado arzobispo de Santa Fe de Bogotá, de Nueva Granada.

DON MANUEL DE RIVAS CACHO

Nacido en Peña Castillo en 1685. Fue brigadier en Méjico y primer marqués de Rivas Cacho en 1764. Se casó en Méjico en 1720.

DON DIEGO RODILLO Y ARCE

Nació en San Vicente de la Barquera en 1614. Emigró a Cartagena de Indias, donde en 1669, fecha en que se cruza caballero de Santiago, era capitán de Infantería y veedor y factor de aquella ciudad.

DON FRANCISCO DE ROZAS Y FERNÁNDEZ DE SANTALLANA

Nació en San Bartolomé, Santallana de Soba, en 1561. Marchó a Cádiz de joven, donde vivió en casa de un pariente; desde allí se trasladó a las Indias, haciendo varios viajes y

estableciéndose en el Perú. Se cruzó caballero de Alcántara. En 1671, cuando testó su madre, era capitán, más tarde maestre de campo y superintendente en el Perú, donde contrajo matrimonio con doña Luisa Meléndez de Gama.

DON JUAN ANTONIO RUIZ DE BUSTAMANTE

Nació en Santillana en 1640. Marchó de joven a Indias, donde fue capitán de Infantería, maestre de campo de Caballería e Infantería, alcalde mayor y teniente de capitán general de las provincias de Verapaz, San Salvador, Zopoligan y San Antonio de Sutiचेpeque. En 1721 se cruzó caballero de Santiago, siendo entonces maestre de campo.

DON BENEDICTO RUIZ CAMPO

Indiano natural de Ajo. Hizo dos escuelas y viviendas para maestros, el alumbrado público al pueblo de Ajo, el camino de la iglesia y el abastecimiento de aguas, obra esta en ejecución, en 1965.

DON ALVARO RUIZ DE NAVAMUEL Y DE LOS RÍOS

De Naveda. Desempeñó la Secretaría de Cámara de la Audiencia y la general del Virreinato. En los sucesivos períodos de López García Castro, don Francisco de Toledo, don Martín Enríquez, el conde de Villar, don Pardo, don García, marqués de Cañete y don Luis de Velasco, o sea, cerca de 40 años continuos, fue capitán. Murió en Lima el 27 de junio de 1713.

DON FRANCISCO RUIZ DE NAVAMUEL Y DE LOS RÍOS

Hermano de don Alvaro, con quien fue al Perú. Fue uno de los que capturaron al último inca Tupaj Amar. Le fue con-

cedida la encomienda de Characato y el corregimiento de Canas y Canchis. Se casó en Lima en 1578 con doña Juana de Aliaga, hija única y heredera del conquistador Jerónimo de Aliaga.

DON BERNARDO RUIZ DE TAGLE

Hermano de don Francisco Antonio Ruiz de Tagle. Nació en Ruiloba, fue corregidor de Oruzo, en el Alto Perú. Se casó en Lima con doña María Josefa de Torquemada. Falleció en 1767, dejando larga descendencia, entre ella a don Manuel Ruiz de Tagle y Torquemada, capitán del regimiento de milicias del Rey, que se casó con doña Rosario Portales y tuvo por hijo a Francisco Ruiz de Tagle y Portales, que heredó los mayorazgos. Fue un prócer de la independencia, presidente de la Junta de Gobierno de Chile, senador y ministro, y murió el 23 de mayo de 1860.

DON FRANCISCO ANTONIO RUIZ DE TAGLE

Nacido en Ruiloba en septiembre de 1727. Emigró a Chile, fundando en Santiago de Chile un mayorazgo sobre sus casas. Casando en dicha ciudad, en 1773, con una hija de su hermano don Bernardo Ruiz de Tagle.

DON DOMINGO RUIZ DE TAGLE Y GARCÍA Y SÁNCHEZ DE TAGLE

De Santillana. Sirvió 85 meses de alférez. Ascendió a capitán en 1693 y al año siguiente pasó a Filipinas, sirviendo durante 85 meses en la armada de Barlobento. En 1696 llegó con su compañía de guarnición a Filipinas, estando allí hasta septiembre de 1699, en que fue nombrado general de la Nao de Nuestra Señora, San Francisco Javier y Santa Rosa, para hacer viaje al Reino de Nueva España y puerto de Acapulco. El 1 de octubre de 1708 se le concedió el título de Castilla marqués de Sierra Nevada.

DON MIGUEL FERNANDO DE SALCEDO
Y SIERRALTA DE RADO Y BEDIA

Nacido en Castro. Fue coronel y cleeto gobernador de Buenos Aires. Se cruzó caballero de Santiago en el año 1732.

DON ROMÁN SÁNCHEZ GÓMEZ

Indiano del Ayuntamiento de Alfoz de Lloredo. Fundó en 1939 el Asilo de Nuestra Señora de la Misericordia en Novales, dotándole con un capital en valores de medio millón de pesetas. Falleció en dicho año.

DON ANSELMO SÁNCHEZ DE TAGLE

Nacido en Santillana. Fue colegial mayor del viejo en Salamanca. El 21 de julio de 1719 ingresó; en 1729 fue fiscal de la Inquisición de Méjico; más tarde, inquisidor mayor, y en 1746, decimoquinto obispo de Durango, de donde pasó, en 1758, a Micra de Michoacan, Nuevo Valladolid. Su hermano don Andrés se cruzó caballero de Calatrava en 1729; se casó en Zacateca, en 1719, con doña Ildefonsa de la Campa, natural de Méjico; ésta era hija de don Fernando de la Campa Cos, nacido en Cabezón de la Sal, que fue el conde de San Mateo, de Valparaiso.

DON LUIS SÁNCHEZ DE TAGLE

Nació en Santillana en 1642. Marchó a Méjico de joven, fue caballero de Alcántara en 1690, maestre de campo, prior del consulado de Méjico, primer marqués de Altamira en 1704. Casó en Méjico con doña Damiana de Dávila y Rojas. Fue bienhechor de Santillana y de su Colegiata.

DON FRANCISCO MANUEL SÁNCHEZ
DE TAGLE Y VALDIVIELSO

Nació en Santillana en 1799. Emigró a Méjico, donde llegó a obtener la categoría de general. Casó dos veces, la primera en Méjico. Fue hermano y testamentario de Andrés Sánchez de Tagle, gobernador del Campo de Manila.

DON TORIBIO SANCHUELO GUTIÉRREZ
DE LA CAMPA DE SERDIO Y COSSÍO

Nació en Cabrojo en 1650, En 1687 emigró a las Indias, a la ciudad de Chiapa, yendo en la flota en que iba como general de ella don José Fernández de Santillana. Fue a recoger la herencia que le dejó su tío don Fernando Gutiérrez de la Campa Cossío. Se cruzó caballero de Calatrava en 1694.

DON PEDRO DE SAN JUAN

Nacido en La Revilla, Valdáliga. Fue capitán en Méjico. Siendo vecino de dicha ciudad, testó el 2 de junio de 1682, nombrando albaceas a su tío, capitán Benito Gutiérrez del Hoyo, al capitán don Luis Sánchez de Tagle y a don Felipe González, vecinos de Méjico. Para fundar una capellanía dejó 2.000 pesos. Estos tres albaceas eran también montañeses emigrados a las Indias.

DON JUAN DE SANTELICES

Primer marqués de Santa María de Olavi

Nace en Escalante.

Emigró al Perú, avecindándose en Potosí, donde se dedicó a negocios de minería, en los que logró un importante capital. Destacó en Potosí, ocupando en dicha villa los cargos de capitán de milicias y alcalde ordinario.

Contribuyó varias veces a los gastos ocasionados en la guerra contra los ingleses, con más de veintidós mil pesos. Fue propietario de importantes minas de plata. Felipe V otorgó, a través de su virrey en el Perú, cuatro títulos a quienes contribuyeron a la reconstrucción de Panamá, destruida por un incendio en 1737, correspondiendo a Santelices, que donó 30.250 pesos, el de marqués de Santa María de Otaví.

Casó con doña Josefa Alvarez de Quirós, sin sucesión.

DON VENTURA SANTELICES Y VENERO

Nacido en Escalante. En 1723 era colegial mayor del viejo; en 1730, provisor de Cuenca, y en 1741, profesor de Salamanca.

Fue nombrado gobernador de Potosí y visitador e intendente de la Casa de la Moneda de dicha ciudad. En 1760, estando en Lima, le nombraron del Consejo de Indias, cargo del que se posesionó en Madrid el 24 de octubre de 1763. Falleció, dos meses después, el 20 de diciembre.

DON PEDRO SANTIAGO CONCHA

Nació en Heras en 1618. Emigró a América, donde ocupó el cargo de proveedor general de las Reales Armadas del Mar del Sur y presidio del puerto de El Callao. Murió en Lima.

Casado con una limeña, tuvo entre sus hijos, nacidos en Lima, a Pablo, que fue capitán en las campañas de Italia y Portugal, en el siglo XVIII, y autor de la obra «De praefectos militares annonae»; Gregorio, que fue corregidor de la provincia de Ampa (Perú); Tomás, capuchino, predicador de Carlos II, del Emperador Leopoldo, en Viena, y del duque de Baviera; y José de la Concha Colmenares, primer marqués de Casa Concha, oidor decano de Lima, escritor, capitán general de Chile y fundador de la villa de Quillota.

Fundó con 3.000 ducados, en 22 de marzo de 1678, una escuela de niños en Heras, la cual, perdido el capital, fue restablecida por sus hijos en 1696.

DON MIGUEL FERNANDO DE SIERRALTA Y RADO
HURTADO DE SALCEDO MENDOZA Y RADO

Nació en Castro Urdiales el 29 de septiembre de 1689. Fue mariscal de campo, gobernador y capitán general de la provincia de Río de la Plata y ciudad de Buenos Aires. Regresó a España como gobernador de Ciudad Rodrigo y de Málaga, ciudad en que falleció el 14 de octubre de 1765. Fue caballero de Santiago y de San Juan.

DON JUAN DE SOBREMAZAS

Natural de Heras, testó en 15 de marzo de 1579 en Cartagena de Indias. Hizo varias fundaciones en su pueblo natal, entre ellas una de 1.000 ducados para casar diez huérfanas y doncellas de su familia y dos becas de Cánones y Teología.

DON JUAN DE SOLANO Y TAGLE DE AYALA

Nacido en Meruelo en el siglo XVI. Fue uno de los conquistadores de Costa Rica, según consta en la probanza de Francisco del Campo, que cita León Fernández en su colección de documentos para la historia de Costa Rica.

DON FERNANDO DE LA SOTA

Nació a fines del siglo XVII. Marchó a América, donde fue vicario general. Fue nombrado arzobispo de Córdoba de Tucumán, en la Argentina, entre 1740 y 1744. No aceptó el cargo, continuando como canónigo en Lima hasta que murió.

RAMÓN DE LA SOTA Y LASTRA AGÜERO

Nació en Santander el 8 de diciembre de 1832. Estudió Medicina en Cádiz, donde se licenció en 1856, revalidando el título en Méjico en 1857, donde residió algún tiempo. Regresó a España y se estableció en Sevilla, siendo uno de los fundadores de la Escuela libre de Medicina sevillana, y después de doctorarse, en 1870, explicó en ella durante seis años la especialidad de Dermatología y posteriormente, al tomar el Centro carácter oficial, la de Patología quirúrgica, que desempeñó hasta su jubilación.

Se dedicó con entusiasmo a su especialidad, y principalmente a la de Laringolog'ía, que en unión del doctor Ariza introdujo en España. Fue el primero que llevó a cabo en Europa (31 de mayo de 1887) la intubación de la laringe, y en España, después del doctor Rubio, la extirpación total de la misma.

Sus brillantes estudios sobre afecciones laríngeas y nasales de la lepra, y otros, le dieron gran fama en el extranjero, donde nadie —según el doctor Botey— podía considerarse más competente en dicha materia.

Presentó trabajos en los principales congresos europeos. Fue miembro de la Academia de Medicina de Madrid y del The American Laringological Assotiation.

Al jubilarse en 1909, después de 32 años de cátedra, la revista médica de Sevilla pidió para él la Gran Cruz de Alfonso XII, que le fue impuesta al año siguiente.

Fundó la revista profesional «Historias Clínicas y Noticias Médicas». Sus trabajos más importantes fueron «Tratado de Dermatología y enfermedades de la nariz, boca y garganta», que según algunos hombres constituye una verdadera joya de la cultura médica española.

Fue además doctor en Filosofía y Letras, director de la Real Academia sevillana de Buenas Letras, académico de número de la Real de Medicina de Sevilla, caballero del mérito militar, con distintivo blanco (1891) y caballero de Carlos III (1868).

Casó durante su estancia en Méjico, en Tampico, con su prima doña Brígida de la Lastra y Cuesta.

DON PÍO JOSÉ DE LA SOTA Y LASTRA
AGÜERO Y DE LA CUESTA

Primer conde de la Sota y Lastra. Nació en Cubas, en el barrio de Horna, en mayo de 1819 y murió en Madrid el 22 de diciembre de 1893. Estudió en los Escolapios de Villacarriedo, y Leyes y Cánones en Valladolid y Valencia. En 1839 era oficial del Gobierno político de Soria, en el que cesó por sus guías moderadas, dedicándose en Madrid al ejercicio de la abogacía, que tuvo que abandonar por sostener públicamente, en defensa de un reo, en movimiento político contra el general Espartero, era legal. En 1843 fue nombrado oficial del Gobierno en la provincia de Santander, después desempeñó la promotoría fiscal en varias provincias, y en 1851 se le nombró fiscal de imprenta en la de Madrid con la categoría de fiscal de Audiencia. En 1852 fue abogado fiscal de la Real Cámara Eclesiástica, más tarde fiscal de las Audiencias de Navarra y Valladolid, presidente de Sala de Pamplona, luego tuvo un alto cargo en el Ministerio de Gracia y Justicia hasta septiembre de 1868, en que dimitió por no estar conforme con el movimiento revolucionario. Viajó por Francia y por Italia, residiendo en Roma, con importantes encargos de los Reyes, interviniendo notablemente en los trabajos de concordancia entre la Santa Sede y la República de Honduras, cuyo Presidente le nombró Caballero Gran Cruz de la Orden de Santa Rosa. En 1870 regresó a España, en el 75 fue nombrado magistrado de la

Audiencia de Madrid, ascendiendo dos años después a magistrado del Tribunal Supremo, hasta la hora de jubilarse. Numerosos periódicos, incluso en el diccionario genográfico histórico estadístico de Madoz, en que la enciclopedia de Valladolid publicó diversas obras jurídicas y otra de tipo religioso. Fue condecorado con la Gran Cruz de Jerusalén, en 1850 con la de Carlos III, fue jefe de la administración civil, tuvo la Gran Cruz de Isabel la Católica. En 1870, en Jerusalén, fue nombrado caballero del Santo Sepulcro y Pío Nono le nombró caballero Gran Cruz de San Gregorio el Magno en 1872, y le concedió en 1876 el título de conde, que le fue autorizado en noviembre del mismo año, pero sólo en España, con la denominación de su apellido, conde de Sota y Lastra. Su nieto, Francisco Antonio de la Sota y Sierra, nacido en Santiago de Chile en 1777, fue alférez de Navío al servicio de la Armada española desde 1793 hasta 1807. En 1811 abrazó la causa de la independencia chilena.

DON FERNANDO DE LA SOTA RIVA HERRERA

Nacido en Heras sobre 1723. Marchó a Méjico, concediéndosele el 19 de enero de 1878 el título de alcalde mayor de Tenango del Valle, en Méjico, donde contrajo matrimonio con doña María Teresa del Llano, en febrero de 1759. Su hijo, don Manuel de la Sota Riva y Llano nació en Méjico en 1 de octubre de 1764, fue alférez en 1779; en 1813, brigadier de los Reales Ejércitos españoles, siendo condecorado con la Cruz de primera clase de San Fernando y con la Placa de San Hermenegildo. Fue comandante general de la provincia de Valladolid, en Méjico. En las luchas de la independencia siguió al partido mejicano, fue vocal de la Junta Suprema de Gobernación, firmando el acta de la independencia en 1821. En este mismo mes fue nombrado inspector general de Infantería; el 12 de octubre, mariscal de campo; el 1 de junio de 1822, ministro de Mar y Guerra, y el 13 de

junio del mismo año le fue concedida la Gran Cruz de la Orden Imperial de Guadalupe por el Emperador Iturbide. El 8 de diciembre de 1822, teniente general. Se casó el 4 de noviembre de 1807 con doña María Teresa de Merina y Miranda, dama de la Emperatriz Iturbide y hermana de don Antonio de Merina y Miranda, marino de la escuadra española que luchó en Trafalgar, siendo teniente de Navío, y más tarde primer ministro de Guerra y Marina en Méjico independiente y después ministro de Hacienda. Su hijo, don Manuel de la Sota Riva y Merina, fue gobernador del Estado de Méjico desde 1859 al 1860. Nació en Jalapa el 25 de agosto de 1810. Casó en Méjico el 3 de marzo de 1840. Tuvo por hijos a José, profesor de Toluca; al doctor don Francisco, director del Hospital de Tucubaya, regidor de esta ciudad, profesor del Colegio Militar y fundador del mismo.

DON FRANCISCO DE LA SOTA Y SANTIAGO

Nacido en Heras en octubre de 1661. Emigró a Lima en 1675 y se cruzó caballero de Calatrava en 1695. En unión de sus primos, don Gregorio y don José Santiago Concha, fundó en Heras una escuela en 1703.

DON FRANCISCO ANTONIO DE LA SOTA Y SIERRA

Nació en Arce el 18 de enero de 1699. Emigró a América, donde fue tesorero de la Real Hacienda en el Virreinato de Chile. Celebró sus capitulaciones matrimoniales en Santiago de Chile, en marzo de 1736, con doña Rosa del Aguila.

DON JUAN ANTONIO DE TAGLE BRACHO

Natural de Cigüenza. En el año 1742 mandó construir una iglesia parroquial. En ella, en un retrato, se lee bajo su nombre «Caballero de la Orden de Calatrava, prior que fue del Consulado de la ciudad de Lima en los Reinos del Perú,

donde obtuvo el empleo de sargento mayor del comercio; fue primer conde de Casa Tagle de Trassierra.

DON JOSÉ DE TAGLE-BRACHO Y PÉREZ DE LA RIVA

Marqués de Torre Tagle. Vizconde de Bracho

Nació en Ruiloba en 1684.

Marchó en busca de fortuna al Virreinato del Perú, al amparo de su tío el primer conde de Casa Tagle en Trassierra, prior del Consulado de Lima. En Lima ejerció el comercio en gran escala y llegó a hacer una importante fortuna. En 1730 le fue otorgado por Felipe V los títulos de marqués de Torre-Tagle y vizconde de Bracho, por la captura de tres navíos holandeses armados, que habían penetrado en el Pacífico. Fue designado gobernador del fuerte de Puyán. Edificó en Lima un magnífico palacio. Casó con su prima doña Juliana Sánchez de Tagle. Su nieto, José Bracho de Tagle y Portocarrero, fue gran mariscal del ejército peruano y primer Presidente de la República del Perú.

Testó en 1734. Dejó descendencia.

DON MANUEL TOCA FERNÁNDEZ

Nacido en San Martín de Quevedo en 1870. Emigró a Cuba a los 11 años, estableciéndose en el comercio a los 18. Se alistó como voluntario en la guerra de Cuba, ascendiendo por sus méritos al grado de teniente coronel. Se retiró a Santander, donde fue concejal de su Ayuntamiento. Murió en 1916.

DON JUAN DE LA TORRE

Juan de la Torre, natural de Ampuero (no se olvidó en la hora de su muerte del solar materno). Murió el 28 de enero de 1590, pero testó el 9-1-89.

Fundó una capellanía en la iglesia de Ampuero, en la capilla de San Juan, para la que «mandó», para ello, mil ducados de Castilla, otros mil ducados mandados a la justicia y regimiento de Ampuero para hacer en una casa que fue de su padre, Diego Sáenz de la Torre, un depósito de trigo para los vecinos pobres necesitados. Dice que si moría en Méjico se sepultase su cuerpo en la iglesia del Monasterio de Santo Domingo, de esta ciudad, en la capilla de los montañeses.

DON FERNANDO DE LA TORRE Y HERAS

Nació en Novales.

Hijo de don Fernando de la Torre Gutiérrez de Cosío. Después de estudiar latinidad y retórica marchó a Perú, junto a sus parientes, los condes de San Isidro. Cursó Filosofía en el colegio de San Ildefonso de Lima y ambos Derechos en el seminario de San Carlos. Fue vicerrector de éste, catedrático en las dos Facultades. Se graduó en Cánones por la Universidad de San Marcos, en enero de 1812. Se doctoró en ambos Derechos en 1815 en la de San Felipe de Chile, que revalidó después en la de Lima.

Fue abogado de la Real Audiencia de Chile, desde febrero de 1816, e incorporado en la de Lima en octubre del 17. Fue auxiliar del Presidente de Chile, secretario del Real Tribunal de aquel Consulado en junio de 1817. El 9 de abril de 1817 fue nombrado asesor general del asesor del Virreinato y a consulta de la Cámara de Indias. En 1818 se le expidió este título.

DON DOMINGO TRUEBA BARQUÍN

Indiano. Fundó en Bustablado (Arredondo), su pueblo natal, la institución benéfica «Casa de Salud de Bustablado». En 1907, en unión de su paisano Manuel Pardo, fundó la escuela de niños y niñas de Bustablado y la traída de aguas de dicho pueblo. También fue patrocinador Francisco Maza.

DON ARSENIO TUERO CUBILLAS

Natural de Santoña. Residente en Méjico, donde es propietario de varias cadenas de emisoras de dicha ciudad. Desde hace años envía a su villa natal 50.000 pesetas para que en la campaña de Navidad sean repartidas entre los necesitados de la villa.

Donó en 1964 cien mil pesetas para la reconstrucción del Colegio del Sagrado Corazón, destruido por un incendio.

DON FRANCISCO DE VALDIVIELSO Y MIER

Conde de San Pedro del Alamo

Nació en Santillana el 9 de marzo de 1683.

Como segundón, de joven, marchó a Méjico, donde se dedicó al comercio, llegando a adquirir una considerable fortuna.

Durante la guerra de Sucesión donó este montañés al Monarca Felipe V cuatro millones de reales y le prestó sin interés otros trece millones. Felipe V premió su patriotismo concediéndole en 1731 el título de conde de San Pedro del Alamo y le hizo mariscal de campo con derecho de sucesión a su hijo, a quien otorgó el grado de coronel.

Murió el 25 de junio de 1749. Estuvo casado dos veces: la primera, con doña Luisa Sánchez de Tagle, hija de la marquesa de Altamira, y la segunda, con doña María Josefa Echevarría Espinal, marquesa de San Miguel de Aguayo.

DON FERNANDO VELARDE Y DEL CAMPO HERRERA

Nació en Hinojedo en 1823.

Marchó de niño a América, a la isla de Cuba, donde a los 22 años era secretario del Gobierno Civil de Santa Clara. Allí destacó como gran poeta, al que algunos han llamado el

Lord Byron montañés y del que escribía Alcalá Galiano que bien merecía figurar entre los mejores poetas líricos contemporáneos. Fue conocido a través de sus publicaciones poéticas en los periódicos y fue el cantor del Nuevo Mundo. Su vida fue una continua lucha contra la adversidad. En 1848 publicó en Lima su libro «Flores del Desierto» y en 1860, en New York, los «Cánticos del Nuevo Mundo». En Torrelavega, en 1878, «La poesía a la Montaña», y en 1878 publicó otra obra en Barcelona. En Lima fundó un colegio, para el que escribió sus textos, en que se educaba la gente más conocida. Vivió como periodista en Méjico y New York. Murió en Londres en 1880.

DON DIONISIO JOSÉ DE VELASCO
Y GUTIÉRREZ DEL VALLE

Nació en Santayana de Soba el 8 de octubre de 1795.

Se estableció en Veracruz (Méjico), fundando una importante casa de comercio. Fue durante muchos años vicecónsul de España en dicha ciudad y era llamado padre de los españoles porque en su casa acogía a cualquier español que, necesitado de ayuda, se lo solicitase.

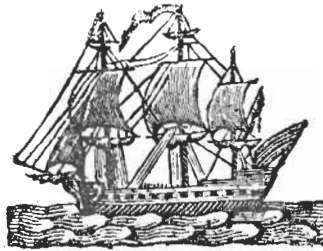
Hizo varias obras y mejoras en su pueblo natal. Don Dionisio murió en La Habana el 29 de noviembre de 1861.

Tuvo dos hermanos: don Francisco, que fue comerciante y senador del reino en Madrid, y don José, coronel de Guardias de Corps, también en la capital de España, donde residían.

DON JUAN VÉLEZ DE LAS CUEVAS

Natural de Roiz. Emigró a Méjico, desde donde otorgó poder a su hermano Domingo, que era cura párroco de Roiz, para que fundara una capellanía, para la cual entregaba 3.000 pesos, en la capilla que había edificado éste bajo la

advocación de Nuestra Señora de los Remedios, inmediata a la casa familiar, en el año 1693. La fundación se llevó a efecto el 8 de enero de 1705. El 2 de agosto de 1707 hace otro poder don Juan Vélez de las Cuevas, desde Méjico, a favor de sus sobrinos, para que fundaran en su nombre una escuela de primeras letras en Roiz, escuela que fue fundada en 1718. Don Juan falleció en San Luis de Potosí en el año 1714.



INDICE

	Págs.
PRIMERA PARTE	
Prólogo	7
Antecedente histórico	11
Iniciación de la emigración	15
América y el emigrante de Cantabria	19
El indiano y la tierra natal	23
El indiano y su dedicación	31
La meta del indiano y sus estirpes	43
Presencia del indiano en la provincia montañesa	51
El indiano actual y su labor en Cantabria	55
La mujer emigrante	65
SEGUNDA PARTE	
Noticias de indianos	71
Introducción	73
Papeletas de indianos de diversas épocas por orden alfabético	75

Obras consultadas

M. BALLESTEROS BERTTA: "La Marina Cántabra y Juan de la Cosa".

J. MARTIN MINGUEZ: "De Cantabria".

G. M. ABAD: "El Seminario Pontificio de Comillas".

T. MAZA SOLANO: "Los montañeses en el descubrimiento de América",
"Manifestaciones de la economía montañesa desde el siglo XV al XVIII,
en aportaciones al estudio de la historia económica de la Montaña.
Banco de Santander".

M. ESCAJEDO SALMON: "Solares Montañeses", "El Real Valle de Cabuérniga".

M. DE ASUA CAMPOS: "Montañeses que vistieron hábitos religiosos".

F. BARREDA Y FERRER DE LA VEGA: "Motivos artísticos en documentos
mercantiles del siglo XIX".

Víñetas de los siglos XVIII y XIX.

Erratas principales de la primera parte

Página	Línea	Dice	Debe decir
21	23	Alfonso VIII	Alfonso X.
28	3	Marlínz	Marlínz.
43	19	nostalgia	nostálgica.
44	9	indestruible	indestructible.
55	15	ante relación	ante la relación.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
DE «INDIANOS DE CANTABRIA» EL DÍA
DOS DE JULIO DE MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y OCHO, EN LA IMPRENTA
PROVINCIAL DE SANTANDER

Obras del mismo autor

- 1 *Bartolomé de Bustamante Herrera*. Col. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. 1950. *
- 2 *Rodrigo Gil de Hontañón*. Col. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. 1951. *
- 3 *Artistas montañeses en la villa de Becerril de Campos*. 1951. *
- 4 *Anotaciones para el estudio de la flora montañesa*. 1952. *
- 5 *Santillana del Mar y Altamira*. Col. "Esta es la Montaña". 1952-1956.
- 6 *Documentos y noticias inéditos de artífices en la Montaña*. 1953.*
- 7 *Juan de Nates*. Col. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. 1953. *
- 8 *Santander y su provincia*. Col. "Esta es la Montaña". 1953. *
- 9 *Francisco Díaz del Rivero*. Col. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. 1954. *
- 10 *Miscelánea Histórico-Artística*. 1954. *
- 11 *Los monumentos regionales*. 1954. *
- 12 *Alejandro Gargollo*. Col. Antología de Escritores y Artistas Montañeses. 1955. *

- 13 *Torrelavega y su partido. Noticias históricas.* Col. Centro Coordinador de Bibliotecas. 1956. *
- 14 *M-8.634. El Laberinto.* Premio Plaza. 1957. *
- 15 *Poemas del mar y de la tierra.* 1957. *
- 16 *La Riqueza Histórico-Artística y su defensa.* 1958. *
- 17 *Tutela del Patrimonio Artístico Provincial.* Centro Coordinador de Bibliotecas. 1958. *
- 18 *Romances del agua amarga.* 1962.
- 19 *Sucursal en Calcuta.* 1963.
- 20 *La riqueza turística al margen de la obra artística.* 1964.
- 21 *Santander. Guía turística.* 1964.
- 22 *Santillana. Guía turística.* 1964.
- 23 *Carlos e Irene.* 1964.
- 24 *Problemas actuales y soluciones legislables.* 1964.

* Agotadas.

